

19287  
18867  
147

INFLUENCIA DEL CATOLICISMO

EN LAS

CIENCIAS Y EN LAS ARTES,

ó

ARTÍCULOS FILOSÓFICOS Y MORALES

EN CONTRA DE LOS INCRÉDULOS,

POR EL DOCTOR

D. ANDRÉS DE SALAS Y GILAVERT,

PRESBITERO, CABALLERO HOSPITALARIO DE SAN  
JUAN DE JERUSALEN, QUIRITE ROMANO,  
ETC., ETC.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

=====  
MADRID

IMPRENTA DE FRANCISCO NOZAL Y CUENCA

Calle de las Huertas, número 70

1877.

7183



L47-2370

# INFLUENCIA DEL CATOLICISMO

EN LAS

CIENCIAS Y EN LAS ARTES,

ó

## ARTÍCULOS FILOSÓFICOS Y MORALES

EN CONTRA DE LOS INCRÉDULOS,

POR EL DOCTOR

D. ANDRÉS DE SALAS Y GILAVERT,

PRESBITERO, CABALLERO HOSPITALARIO DE SAN JUAN  
DE JERUSALEN, QUIRITE ROMANO,  
ETC., ETC.

4723

MADRID: 1877.

IMPRENTA DE FRANCISCO NOZAL Y CUENCA.  
*Calle de las Huertas, 70.*



INSTITUTO DE CATOLICISMO

Y EN LAS ARTES

Es propiedad de su autor, que se reserva todos sus derechos.

D. ANTONIO DE SAAGU Y GILVANDIA

IMPRESOR EN LA CIUDAD DE MADRID

MADRID 1877

IMPRESA DE D. ANTONIO DE SAAGU Y GILVANDIA  
CALLE DE LAS ARTES, 70

AL EXCMO SR. D. NARCISO DE HEREDIA Y PERALTA,

CONDE DE DOÑA MARINA.

*¿A quién mejor que á Vd., mi querido padrino, puedo consagrar estos débiles artículos?*

*Por las repetidas señales de afecto con que Vd. me distingue, estoy muy persuadido de la gran benevolencia con que Vd. los acojerá.*

*Reciba Vd. esta pequeña ofrenda, pues me animo á dedicársela como testimonio de reconocimiento, y de la verdadera amistad y alta consideracion que inspira á su afectísimo ahijado S. S. y Capellan Q. B. S. M.*

EL AUTOR.

## EXÁMEN Y CENSURA DE LIBROS.

---

NOS EL LICENCIADO DON FULGENCIO GUTIERREZ Y COLOMER, PRESBITERO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA Y VICARIO ECLESIASTICO DE ESTA M. H. VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el folleto titulado: INFLUENCIA DEL CATOLICISMO EN LAS CIENCIAS Y EN LAS ARTES, escrito por el Presbítero Doctor D. Andrés de Salas y Gilavert, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y Setiembre veinte y siete de mil ochocientos setenta y siete.—Licenciado Gutierrez.—Por mandado de Su Excelencia, Licenciado Juan Moreno Gonzalez.—(Hay un sello.)

## PRÓLOGO. (1)

Parece increíble, que en pleno siglo XIX, haya quien pretenda sostener, que el Catolicismo es hostil á la ciencias y á las artes. Es necesario cerrar los ojos á la historia, para dirigirnos tan injusta y tan calumniosa acusacion. Apoyados los modernos filósofos en algunos textos, falsamente interpretados, de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, repiten cada dia con una superioridad insultante: «¿No es evidente que la Religion católica es contraria al desenvolvimiento de la inteligencia?»

(1) Varios de estos artículos han sido publicados por el autor con algunas modificaciones en una Revista Católica.

El ataque no puede ser más rudo ni más insidioso. El tiempo ha desmentido esta absurda acusacion: casi todos los sábios consideran hoy á nuestra santa Religion, como superior á todas las que la han precedido, tanto por las esplendentes luces con las que ha iluminado al mundo, quanto por el extraordinario é incontestable progreso que brillantemente ha realizado en la razon humana. Examinaré esa horrible calumnia de los filósofos racionalistas, demostrando su ningun fundamento, porque ninguno que sea católico, puede pasar por alto tan solemne injuria.

Cuando el Verbo divino encarnó en las purísimas entrañas de la Reina de los Angeles y de los hombres, revistiéndose, por consiguiente, de nuestra enferma y miserable humanidad, el santo objeto de su altísima mision era el de rescatar al mundo; pero no podia restablecer entre el Criador y la criatura las estrechas relaciones, que habia destruido el pecado, sin restaurar todas las cosas, segun la enérgica expresion del grande Apóstol. Puso, pues, so-

bre la tierra el gérmen de todos los conocimientos, llenos siempre de solidez y de verdad.

Quando plantó el árbol precioso de la ciencia, que, más tarde, debia, bajo la gran influencia del Catolicismo, tomar inmensos desenvolvimientos, extender sus hermosas ramas en las diferentes partes del mundo, y llamar á los hombres para que saboreasen sus sabrosos y saludables frutos; este árbol, entónces, no era sino una semilla imperceptible. Y en efecto, ¿qué era en aquella época nuestra divina Religion? Una cruz elevada en la cima del Calvario; el hijo de un pobre carpintero espirando sobre esta cruz; unas cuantas mujeres llorando y pidiendo misericordia á sus piés; algunos discípulos sin conviccion embargados, sin valor, huyendo cobardemente de la menor persecucion; tal fué el primer espectáculo que presentó al mundo la sociedad cristiana.

Muy pronto el humilde Redentor de los hombres sale glorioso del sepulcro. Pastor lleno de bondad, reúne á su amado rebaño,

que se hallaba disperso. Se interesa por convencer de la verdad de su triunfante resurreccion, sus Apóstoles, aun vacilantes; ilustra más y más sus toscas inteligencias; purifica sus corazones carnales, y sube al Cielo, bendiciéndoles y anunciándoles el Espíritu Santo. La divina promesa del Hijo de Dios no tardó en tener su debido cumplimiento. El Espíritu de inteligencia y de fortaleza descendió sobre los Apóstoles. Estos hombres ignorantes y tímidos hasta entónces, sintiendo un fuego divino, que los alumbraba y los trasportaba, se dividen el mundo para convertirlo á la santa doctrina de Jesucristo. Los discípulos tienen necesariamente la misma suerte que su Maestro: sucumben todos como Él, en el horroroso seno de tantas y tan crueles persecuciones. Pero sobre la sangre aún humeante de aquellos heróicos adalides del Cristianismo, otros se levantan en gran número, penetrados del mismo espíritu, y propagan el Evangelio por todo el órbe. Espantadas de los rápidos progresos de aquella nueva Religion, las potestades

de todo el mundo se ligaron, para sofocarla en su nacimiento. La persecucion brotó de todas partes. Los fieles fueron obligados á celebrar sus grandes y sublimes misterios en la oscuridad de las catacumbas, no aparecian en público, sinó para servir de pasto á las feroces bestias, ó de cruel presa á los tirános, más feroces aún. Tal fué la segunda fase, que ofreció al mundo la sociedad cristiana.

En este instante, hubo indudablemente un cambio extraordinario en la inteligencia humana. Desde que el divino Jesús predicó su excelentísima y santísima doctrina en la Judea, ¿no se hacia oír allí la más alta sabiduría? Y si no queremos hablar del Maestro, cuya superioridad es incontestable, ¿eran hombres sin elocuencia los Apóstoles, á cuya sábia é imponente palabra se sometian á millares judíos y gentiles? ¿Carecian de talento aquellos Evangelistas tan admirables, que nos han dejado libros de una sublimidad y elevacion, que ningun entendimiento humano ha podido alcanzar, de una fuerza tal que ni el ojo más

perspicaz ha podido encontrar ni la más pequeña mancha? ¿Eran hombres oscuros y sin pensamiento los primeros sucesores de los Apóstoles, que también convertían á los más profundos dógmas y á la moral más austera á pueblos enteros, acostumbrados á una Religion fácil y sensual?

Si nuestra sacrosanta Religion tiene casi diez y nueve siglos de existencia; si ha vencido todas las potestades del mundo; si ha dominado los más rebeldes espíritus; si ha derramado refulgentes y abundantes luces aún en las clases ménos elevadas de la sociedad; si ha cubierto á la Europa, á la tierra entera de notabilísimos monumentos; atreverse con tan insolente descaro á sostener, que es contraria al desenvolvimiento de la inteligencia, es atreverse á contradecir la evidencia, es lo mismo que querer confundir la verdad con el error, la luz con las tinieblas, á Cristo con Belial.

Para demostrar más y más la falsedad de tan infundada acusacion, recordémos esa multitud innumerable de grandes y privilegiados génios, que se han formado en el

seno de nuestra Religion divina. ¡Qué magnífica continuacion de ilustres personajes se presentan á mi consideracion en los seis primeros siglos de la Iglesia católica! S. Justino, filósofo platónico, admirable y digno de todo encomio, por su saber y por la belleza de su inteligencia, arroja al pié de la Cruz la vana sabiduría de las escuelas, abraza el santo Evangelio, se hace su gran apologista, y concluye por ser su verdadero mártir. Tertuliano, nacido en el seno del paganismo, inteligencia varonil y fecunda, muy versado en la jurisprudencia, en las antigüedades fabulosas y en los principios de todas las sectas filosóficas. S. Clemente de Alejandría, que poseido de un inmenso deseo de saber, recorre la Grecia, el Asia, la Siria, el Egipto; visita en estos puntos á los hombres más hábiles y más profundos en todas las creencias, y termina sus sábias excursiones en Alejandría. Allí se dedicó al estudio de la Religion, y fué Presidente de la Academia cristiana, establecida en esta ciudad; escuela célebre en donde se sucedieron, se-

gun S. Jerónimo, una continuacion no interrumpida de maestros, llenos de saber y de virtud, igualmente versados en las sagradas letras y en la literatura profana. Aquí fué donde S. Clemente compuso sus grandes obras, entre otras sus *Advertencias á los Gentiles*, que se han apresurado á repartirse los historiadores de todas las edades y de todos los pueblos, los filósofos de todas las sectas, los poetas de todos los idiomas. Orígenes, que á los 18 años era un sábio distinguido, la primera lumbrera de su siglo, y la admiracion de los filósofos paganos. S. Jerónimo nos enseña, que el ilustre y célebre Orígenes estaba muy versado en la dialéctica, la geometría, la gramática, la retórica y en la filosofía de todas las escuelas.

A estos grandes sábios, defensores de la única Religion santa, será necesario añadir otros, para que se convenzan esos nuevos sofistas, de la verdad de lo que demuestro. Teófilo de Antioquía, Arnobio, Lactancio, renombrado el Ciceron cristiano; Minutius Félix, que brilló en Roma por su

elocuencia, y después de abrazar el cristianismo, compuso para su defensa un precioso diálogo, que aun se conserva con gran esmero. Recordar á San Ireneo, S. Cipriano, S. Basilio, S. Atanasio, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Ambrosio, S. Hilario, S. Agustin, S. Gregorio el Grande y otros, es recordar á hombres eminentísimos, cuyas excelentes obras, como sus heróicas virtudes, están consagradas á la veneracion de los siglos.

Pudiéra aun detenerme en los justísimos y muy bien merecidos elogios de aquéllos grandes y excelentes hombres, que tanto han ilustrado al mundo, en los primeros siglos de la Iglesia católica; pero considero difícil y hasta innecesario, desenvolver en las estrechas columnas de este pequeño libro un asunto que tan brillantemente tratado se encuentra en todas las apologías, las que recomiendo á tan tenaces adversarios, para que otra vez más se convenzan de la falsedad de su atrevida acusacion. Que no digan que tan insignes varones eran ya célebres en las letras y en la filosofía, an-

tes de pertenecer al Cristianismo: consta por documentos más claros que la luz del sol, que la mayor parte de tan ilustres sábios se han formado en su glorioso seno. Reconozco, ha habido algunos que adquirieron celebridad, antes de ser hijos adoptivos de Jesucristo; pero ¿podrán negaresos miserables esclavos de la *diosa razon*, que se han engrandecido muchísimo más, despues de su conversion, y que encargados de defender la santa fé católica, (¡Foco de luz divina!) se han elevado á una altura, y han alcanzado un nombre que fuera de la Religion les hubiera sido imposible alcanzar? Por no ocuparme sino de los más renombrados ¿qué hubiera sido S. Justino, si á su título de filósofo no hubiera estrechamente unido el de cristiano? ¿Qué hubiera sido Tertuliano, si con su génio peregrino no hubiese defendido la santa causa de nuestra Religion divina? Un jurisconsulto hábil, cuya reputacion apenas hubiera pasado de su país y de su siglo. ¿Que hubiera sido S. Ambrosio, si su extraordinario talento y su gran elocuencia no hubiesen

brillado en la cátedra cristiana? Un íntegro magistrado cuyo nombre no hubiera llegado hasta nosotros. Aquella esplendente lumbrera de la Iglesia, aquella gloria de la humanidad, el más célebre de todos los padres, el ilustre S. Agustín ¿qué hubierasido, sinó hubiese interpretado fielmente las Sagradas Escrituras, si no hubiese escrito tan admirablemente la *Ciudad de Dios*, y si no hubiese revelado al mundo su ardiente corazón trasformado completamente por la fé católica?

La elocuencia y las letras dieron á esta memorable época un vivísimo brillo en la sociedad cristiana. Sin embargo, el imperio romano se hundia por todas partes, y con él el mundo civilizado que encerraba en su seno. No habia posibilidad de cultivar las ciencias y las artes; el cetro del mundo estaba en las temibles manos de la fuerza ignorante y bruta; la civilizacion nueva que el Catolicismo presentó á la tierra, apenas la habia iluminado con su luz brillante, cuando desapareció de pronto, dejándola sepultada en las mas horrendas tinieblas.

¿Qué podía hacer nuestra Religion Santa en aquellos dias de triste recordacion? Ocultar, conservar el fuego sagrado de la ciencia, al mismo tiempo que el de la fé en sus inviolables asilos; impulsar á sus dignísimos Ministros, á sus muy amados hijos, al asiduo estudio, lejos del tumulto de las armas y de las pasiones; cultivar las ruinas y groseras costumbres de los Bárbaros, acostumarlos á una vida de orden y de paz, enseñarles á respetar como cosas santas el doble depósito del pensamiento divino y del pensamiento humano, los venerables objetos del culto y de la ciencia, que aquellas pavorosas catervas de malvados se complacian en destruir. Mientras que un estúpido vencedor arrasaba con mano sacrílega las magníficas obras de la Religion y de la ciencia, aquellos admirables *Atletas*, siempre verdaderos amantes de nuestra Dios y Señor, las conservaban preciosamente en los templos y en los monasterios.

Todo el que haya saludado siquiera la historia, no negará que los hombres más notables de la Edad Media se han formado

todos bajo la influencia inmediata de la Religion Católica; y que tan insignes hombres son muy superiores á la raquítica idea que los sofistas se han forjado allá en su imaginacion extraviada. ¿No es un hombre superior aquel Bernardo ilustre, que desde el fondo de su retiro trastornó, por decirlo así, al mundo entero con el poder de su elocuente palabra? ¿No es un hombre superior y digno de todo encomio aquel simpático y profundo autor de la *Imitacion*, cuya modestia ha superado á su ciencia; pues que desdeñando la vanagloria tan ardientemente buscada, ha dejado á la posteridad pensamientos sublimes é inimitables, sin poner su nombre? Y aquellos fundadores célebres que, solos á los piés de un *Crucifijo*, han trazado Constituciones, que no han podido superar, ni aun igualar nuestras Constituciones públicas, largamente elaboradas por nuestros más brillantes hombres de Estado; y aquellos teólogos, aquellos jurisconsultos, que han tratado fundamentalmente grandes cuestiones religiosas y sociales, que apenas han

desflorado nuestros más distinguidos publicistas ¿no son hombres muy notables? Desde que se restableció el orden, desde que la paz se afianzó en aquella tierra trastornada y corrompida por las pasiones; ¿no nos admira á todos ver salir del purísimo seno de la Iglesia los primeros rayos de esta refulgente luz, que disipó las tinieblas esparcidas sobre la faz del globo, colmando de gloria y esplendor á toda la Europa?

¡Qué fecundos y extraordinarios génius han aparecido en la sociedad cristiana, á partir de esta época hasta nuestros dias! En las ciencias intelectuales y las metafísicas, en la mas alta filosofía ¡qué hombres tan insignes como Bacon, Descartes, Pascal, Malebranch y Leibniz! ¡qué hombres tan profundos en todos los conocimientos humanos como Erasmo, Usserius, Baronius, Mabillon, Petau, Bochart, Vossius y Fleury! ¡Qué fondo de doctrinas en aquellos publicistas, jurisconsultos y majistrados, tales como Thomas Morus, Talon, Grotius y Domat! ¡Qué génius tan peregrinos, qué raras inteligencias, qué poetas, qué

oradores y escritores, como Tasso, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon y La Fontaine! En las ciencias naturales, físicas, y matemáticas ¡qué hombres tan brillantes como Copérnico, Galileo, Newton, Reaumur y Euler! Si hubiera de recordar todos los grandes políticos, todos los excelentes artistas y todos los grandes sábios, que han sido cristianos y hasta muy piadosos ¡qué preciosa lista de ilustres nombres presentaría, en descrédito de tan insidiosos adversarios! Pero ¿cómo dejar de recordar los timbres de gloria y santidad que alcanzaron aquellos grandes génios españoles, que tanto se han distinguido por su saber, y que tanto honran á nuestra pátria? ¿Y cómo lanzar al viento los dulces recuerdos, que nos ha legado el inmortal Juan de la Cruz, aquel Santo español, que llenó de esplendor á todo un siglo? Y cómo olvidar á santa Teresa de Jesús, que un eminente orador de nuestros dias la llama «orgullo sin segundo de nuestra pátria, casta azucena que ha embalsamado nuestros campos, virgen peregrina, que ha comunicado á las

letras la eficacia más noble que puede concebir el génio, la eficacia de la santidad, la eficacia del arrobamiento y del éxtasis, la eficacia de la elevacion asombrosa y del amor sin medida?» A la consideracion de esos modernos racionalistas, y de esos falsos acusadores sin Dios, pongo las excelentes obras de aquel humilde manco de Lepanto, de aquel literato ilustre y filósofo cristiano, de nuestro inmortal Cervantes, que con su natural sencillez y extraordinaria elocuencia nos decia: *Nuestras obras no han de salir del limite que nos tiene puesto la religion cristiana.*

Dignísimos de todo elogio son tambien los Listas, Saavedras y Gallegos, grandes defensores de la fé y excelentes literatos, cuyas obras, como sus virtudes llenan de verdadero entusiasmo los nobles corazones de los fieles amantes del Catolicismo.

No son ménos célebres en la literatura española aquellos insignes hombres, que nuestra sacrosanta Religion abrigó en su precioso seno; tales fueron Suarez, Cano, Victoria, Luis Vives, Sepúlveda, Soto, Mal-

donado, y aquel memorable Lope de Vega, que tanta gloria y prez ha dado á la ciencia y á la fé. Con justísima razon le llamaba el célebre político y literato Fajardo «el *Fénix* de los ingénios.»

¡Católicos! cuando tenemos delante de nosotros todo lo más grande y lo más sublime, que bajo la influencia del Cristianismo, ha producido la inteligencia humana ¿Por qué nos ha de conturbar el brusco é insolente murmullo de esos impíos sofistas, acusándonos de antagonistas á las ciencias y á las artes? Sepan, aunque mal les pese, *que para entender bien el precio de las letras españolas, para admirar su síntesis perfecta y su más rara hermosura, es preciso alzar la vista á los altares.* A sí lo dice un sábio y elocuente orador extranjero. (1)

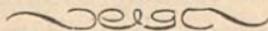
Necesitaria indudablemente, para desarrollar en debida forma, este importantísimo asunto, volúmenes muy extensos. No obstante; puede bastar lo dicho para confundir á los incrédulos y hacerles ver, que muy

---

(1) Confs. P. Félix 1858.

léjos de ser nuestra Religion santa hostil á la ciencia y las artes, les presta y siempre les ha prestado su poderosa influencia. Cuando sentimos en nuestra inteligencia ese precioso rayo de luz que brota del pensamiento divino ¡con qué rapidez nos elevamos hasta los Cielos!

Afirmo, por último, con el célebre Pinard, que de todas las religiones, la Religion cristiana es la más poética, la más humana, la más favorable á la libertad bien entendida, á las artes y á las letras; que el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospitales hasta los templos erigidos por Miguel Angel y decorados por Rafael.



## ARTÍCULO PRIMERO.

---

### CIENCIA.

**Teología en general.—Su definición y división.—Argumentos en pró de la divina autoridad de la Iglesia.**

¿Qué es ciencia? La ciencia, dice un eminente escritor, (1) es el conjunto de las relaciones que constituyen y encadenan á todos los séres, desde Dios hasta el átomo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande. Cada grado, segun esta vasta escala, aclara al grado que le precede y al grado que le sigue, porque toda relacion penetrada, de cualquier modo que tenga lugar esta penetracion, de abajo arriba, ó viceversa, es una revelacion de *Aquel* que es. O en otros términos, el efec-

---

(1) Lacordaire. *Memoria para el restablecimiento en Francia de los hermanos predicadores.*

to indica la causa, por ser la imagen de esta; la causa explica el efecto, por ser el principio de éste. Sin embargo, esta reciprocidad no es igual; porque mientras la verdadera luz descende de arriba, aquí bajo no tenemos más que un simple reflejo. *Ahora, dice San Pablo, vemos en reflejo y en enigma, un día veremos cara á cara.* La ciencia, en nuestro estado presente, es pues, necesariamente imperfecta, porque no vemos *cara á cara* el punto de partida y el punto de vuelta, que es Dios. Pero por muy descubierto que esté á nuestra vista, ya no es posible conocerle, sino por el reflejo que se contiene en los seres inferiores. Antes que Dios apareciese, dijo su nombre. La aceptación voluntaria de esta palabra soberana se llama fé. La fé hace al cristiano. Cuando el cristiano está en posesion de este nuevo elemento de conocimiento, de este punto de vista de lo alto, puede descender hasta las extremidades del universo, interpretar por las relaciones que constituyen la esencia divina, las que constituyen la esencia del hombre y de la

naturaleza; despues, con el auxilio de un movimiento contrario, verifica por las leyes de los séres finit os lasleyes del Sér infinito. Esta comparacion de los dos mundos; la iluminacion del segundo, que es el efecto, por el primero que es la causa; y la realizacion del primero que es la causa, por el segundo que es el efecto; este flujo y reflujo de luces, esta maréa que vá del Océano á la ribera y de la ribera al Océano; la fé en la ciencia y la ciencia en la fé, este es el cristiano que ha venido á ser teólogo.» Es indudable, que este precioso pasaje acerca de la ciencia es de los mas bellos y más profundos que puede producir la inteligencia humana, y abre al hombre un inmenso campo, para comprender toda la extension que abraza la Teología, que es la ciencia por excelencia.

¿Qué es Teología? Teología, segun la etimología de la palabra, es lo mismo que *tratado de Dios*; es, pues, una voz que se deriva de la griega *Théos*, que significa Dios, y *logos*, que significa tratado ó discnrso. Más, en un sentido lato, podemos afir-

mar con todos los sábios del mundo, que la Teología es la ciencia de las ciencias, la que *en rigor* abraza ó encierra á todas las demás, la que derrama sobre todas cierto reflejo de la divina naturaleza. Por esta razon se llama con toda propiedad la *ciencia de Dios*, porque Dios es el Sér por excelencia, el Sér de los séres, El que los abarca á todos en su inmensidad, El que comunica á todos una parte de las infinitas perfecciones de su Sér Soberano y Todopoderoso, superior á todo cuanto existe y pueda existir.

«La Teología, dice el célebre Maret, (1) es la ciencia de Dios, del hombre y de la naturaleza, en sus relaciones más profundas y más misteriosas. Llevada sobre las alas de la fé, y guiada por la antorcha de la divina palabra, la Teología se eleva hácia el mundo divino, para allí contemplar á la naturaleza divina. Como Moisés sobre el Sináí, ella contempla, bajo los velos de los misterios, las leyes mismas del Sér di-

---

(1) *Theodicée chrétienne.*

vino. Iluminada por el celestial rayo, bajo la escala de la creacion, alumbrada con la luz, que ha tomado de su foco eterno, las diversas esferas que le componen. Sobre esta ruta descendente, encuentra, en primer término, al mundo de los espíritus puros, de las inteligencias celestiales. A la extremidad opuesta de ese mundo, se encuentra la de los cuerpos con sus leyes, sus fuerzas, los millares de seres que encierra, pálidos reflejos, pero reflejos llevando la eterna belleza. Entre estos dos mundos, es el de la humanidad el que participa del uno y del otro. Estos tres mundos están ligados unos con otros, y con su causa suprema por una infinidad de relaciones. Estas relaciones constituyen dos órdenes esencialmente diferentes, los que no obstante, están unidos entre sí, y corresponden en una magnífica unidad, el orden natural y el orden sobrenatural. Despues, nace de la obra de Dios la obra del hombre. Entonces se desenvuelve esta mezcla de verdad y de error, de bien y de mal, que es la que constituye la historia huma-

na. Pero el mal no existe sobre la tierra, ni en la humanidad, sino á condicion de ser combatido y reparado. Solo Dios puede curarle; y para llegar á este fin, instituye una série de medios, que forma una creacion nueva en el seno de la primera. Entonces todo se complica; pero todo se engrandece. Hé aquí el vasto campo de la Teología: en él se encuentra á Dios y al átomo.

Del mismo modo que el hombre necesita conocer al sér creado, porque este sér es él mismo y todos los séres que con él tienen relacion, del mismo modo, repito, necesita conocer al Sér perfectísimo, al Sér increado, á su infinito Hacedor, porque sin éste conocimiento, no sabe de donde viene, ni á donde vá, ni cual sea su alta mision en este miserable destierro. Extraviado, de cierta manera, en el vasto seno de la creacion, llevado, acá y allá, por la ola siempre creciente de las generaciones, como un buque sin piloto en la gran extension del Océano, no sabrá, nó, á donde se dirige, ni de que playa ha salido. Ya se compren-

de perfectamente, porque á nuestro Dios y Señor plugo grabar, y en efecto, gravó en nuestros corazones un insaciable y vivísimo deseo de conocerle.

En general se divide la Teología en dogmática y moral, ambas necesarias para la justificación del hombre; porqué así como la Teología dogmática enseña las verdades por Dios reveladas, las que estamos obligados á creer, si queremos salvarnos, así también la Teología moral enseña deberes sagrados, sin cuyo cumplimiento no podremos alcanzar el fin último para él que fuimos creados, la gloria eterna, ó la bienaventuranza final. No damos ni un solo paso sobre la tierra, sin que la conciencia nos recuerde muchos y diversos deberes; pero estos no podremos verdaderamente cumplirlos, si no creemos con gran firmeza en el magnífico depósito de la santa y sublime doctrina que Dios confió á su Iglesia, á cuya infalible autoridad debemos prestar siempre su misión completa, si no queremos estar separados, como ramas desgajadas del árbol precioso de la vida,

Jesucristo, nuestro Redentor, que murió por salvar á toda la humanidad.

Es de todo punto imposible, haya una razon sana, que no se conforme con las incontestables é incóncusas pruebas de la divina autoridad de la Iglesia; porque estas proceden, en su mayor parte, de hechos resplandecientes y sensibles, conocidos por todos, hasta por el más ignorante.

¿No son hechos claros y evidentes tantos y tantos milagros obrados por toda la tierra, á la luz de los Cielos? ¿No es un hecho palpable el exacto y admirable cumplimiento de las profecias? ¿No prueban de la manera más terminante la divina autoridad de la Iglesia católica, la infinita multitud de sus mártires, el gran prodigio de su establecimiento, y el prodigio aun mucho más grande de su conservacion, en medio de tantas ruinas amontonadas sobre su paso; la pureza, la santidad, la sublimidad de su doctrina, y la celestial vida de todos aquellos que le están obedientes con la excelente sinceridad de sus generosos y nobles corazones?..

La divina Reina de las inteligencias, la Iglesia católica, reúne en torno suyo, á las criaturas que se le han confiado, y en una mano las Sagradas Escrituras y en otra las Santas Tradiciones, les dice con tanta firmeza como dulzura: «Tengo que anunciaros verdades saludables que no podreis conocer, si no os hubiesen sido reveladas. Escuchad dócilmente todos: Hay un Dios Eterno, Todopoderoso, que posee la plenitud del sér. En El hay tres personas distintas, siendo un solo Dios, poseyendo la misma naturaleza, que se comunica á cada una, sin que haya la más mínima alteracion, ni distincion. Estas son el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo. El Padre es el principio de la Trinidad, el Hijo es engendrado por el Padre, y el Espíritu-Santo procede del Padre y del Hijo; es el amor infinito que el Padre profesa al Hijo y el Hijo al Padre; es su union recíproca, su comun efusion. Una es la persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu-Santo; una es la Divinidad, igual la gloria, coeterna la majestad. Increado el Padre, increado el

Hijo, increado el Espíritu-Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu-Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo y eterno el Espíritu-Santo. Y sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno. Así como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Del mismo modo, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo y Omnipotente el Espíritu-Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes; sinó un solo omnipotente. Así, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu-Santo. Y sin embargo, no son tres Dioses, sinó un solo Dios. Así, Señor el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu-Santo. Y sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor. El Padre por nadie ha sido hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo procede del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu-Santo es del Padre y del Hijo; no hecho ni creado, sino procedente. Uno es el Padre, no tres Padres; uno es el Hijo, no tres Hijos; uno es el Espíritu-Santo, no tres Espíritus-Santos. Y en esta Trinidad nada

hay antes, ni despues, ni mayor, ni menor: sino todas tres personas son para sí coeternas, é iguales. Así, sobre todas las cosas, se ha de venerar la unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad. El que quiera salvarse, así ha de sentir de la Trinidad. Pero es necesario que fielmente crea tambien, para su eterna salvacion, en la Encarnacion de nuestro Señor Jesucristo. Es, pues, recta fé, que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre verdadero. Es Dios engendrado, antes de los siglos, de la sustancia del Padre; y hombre nacido en el tiempo de la sustancia de madre. Perfecto Dios, perfecto hombre, subsistiendo de alma racional, y de carne humana. Igual al Padre segun la divinidad; menor que el Padre segun la humanidad. El que, aunque sea Dios y hombre, no son dos, sinó un solo Cristo. Uno tambien, no por la conversion de la divinidad en carne, sinó por la asuncion de la humanidad en Dios. Absolutamente uno, no por la confusion de la sustancia, sinó por la unidad de perso-

na. Pues así como por el alma racional y la carne es solo hombre, así Dios y hombre es solo Cristo. El que padeció por nuestra salvacion; descendió á los infiernos; al tercero dia, resucitó de entre los muertos; subió á los Cielos, está sentado á la diestra de Dios Padre Omnipotente; desde allí vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Para cuya venida, todos los hombres tienen que resucitar con sus cuerpos, y han de dar razon de sus propios hechos. Y los que obren el bien, irán á la vida eterna; y los que obren el mal, irán al fuego eterno. Esta es la fé católica, en la que si alguno no creyese fiel y firmemente, no podrá salvarse (1).»

En el principio crió Dios el Cielo y la tierra (2). El dijo, y todo fué magníficamente hecho. Nosotros tambien somos del número de esas criaturas, que de Dios han recibido la existencia, y las que renuevan, á cada momento, en su seno, su vida, la que

---

(1) *Symbolum S. Athanasii.*

(2) *Gen., cap. 1.º, v. 1.º*

se debilita incesantemente. Aunque no nos ha concedido más que una parte imperceptible, por decirlo así, del espacio y del tiempo, somos realmente grandes, porque hemos sido creados á imágen de Dios, (1) y nuestra vida será continuada en la eternidad. Allí está reservada para nosotros la fuente inagotable de toda felicidad, porque la misericordia infinita de Dios se ha hecho superior á la malicia de los hombres; porque su divino Hijo se ha encarnado, ha cargado con nuestras debilidades y ha muerto en una afrentosa cruz, satisfaciendo plenamente á la justicia divina. ¡Mueran, mueran el ódio y la desesperacion, porque con la muerte de Jesús nos han venido dulces y melodiosos cantos de esperanza y de amor!

Recordad, sofistas modernos, esta parte de la Teología católica. Recordad á aquellos pobres pescadores ¡Santos Apóstoles! y á todos los que nuestro Señor Jesucristo

---

(1) *Ad imaginem et similitudinem nostram.*—Génesis Capítulo 1.º

envió á propagar la luz divina de su Evangelio por todo el mundo, entónces sumergido en las tinieblas de la ignorancia, de la idolatría y de la barbárie. Recordad á aquellos hombres tan grandes, tan sábios y tan extraordinarios, los que, por su ciencia y por sus acrisoladas virtudes, han justamente merecido el renombrado y glorioso título de Padres de la Iglesia de Dios. ¡Qué pensamientos tan santos y tan grandes encontrareis en todas sus obras! ¡Qué sublimidad, qué magnificencia, qué fuerza de razonamientos, qué elocuencia en Santo Tomás de Aquino, resplandeciente lumbrera del Catolicismo! ¡Qué buen sentido, siempre tan imparcial, siempre tan tranquilo, siempre tan unido á lo verdadero, encontrareis en esa *Suma teológica*, cuya unidad la compara un célebre escritor (1) «con un magestuoso árbol saliendo del sol, elevando sus tallos, estendiendo sus ramas, desenvolviendo sus hojas, sus flores y sus frutos!» El lenguaje de aque-

---

(1) Maret, *vida de Santo Tomás de Aquino*.

llos grandes hombres no puede compararse con el lenguaje de los demás, porque hablan con la autoridad que han recibido de su divino Maestro. Poco importan tantas y tan furiosas persecuciones, que la sangre de sus hermanos, y la de ellos mismos se derramen sobre la tierra, porque henchidos sus heróicos corazones de un fuego divino y santo, intrépidos y más fuertes que las persecuciones y que la misma muerte, levantan con serenidad la cabeza por encima de tantas ruinas, y hacen oír sus nobles y saludables palabras, destinadas á consolar y civilizar á todas las generaciones.

## ARTÍCULO II.

**Conformidad de la razon con la fé.**

Hay algunos hombres que se precian de ser verdaderamente cristianos, y si á cada uno se le pide cuenta de su fé, suele responder: «Yo no ratiocino, pero quiero creer.» Excelente lenguaje, si bien se comprende; pero, en un sentido ordinario, indica muy poca fé, y una oculta disposicion á la incredulidad; porque ¿qué quiere decir: Yo no ratiocino? Si este pretendido cristiano supiese desenvolver bien los verdaderos sentimientos de su alma, ó los quisiera manifestar francamente, reconocería que esto equivaldría á decir: «Yo no ratiocino, porque si ratiocinase, nada creería;

yo no raciocino, porque si raciocinase, nada encontraria mi razon que la determinase á creer; yo no raciocino, porque si raciocinase, mi razon me presentaria infinidad de dificultades, que me impedirian creer.»

Los que así piensan ¿podrán asegurar sin temor de errar, que tienen realmente fé? ¡Nó, y mil veces nó! Porque la fé cristiana no es solamente un puro asentimiento ni una simple sumision del espíritu; sinó un asentimiento y una sumision razonables. Y ¿cómo han de ser razonables este asentimiento y esta sumision, sinó toma parte la razon?

Es conveniente y hasta necesario raciocinar; pero hasta cierto punto. [Es necesario examinar; pero sin ir más allá de los límites que el Santo Apóstol en su carta á los Romanos (1) señala á los primeros fieles, cuando les dice: «Hermanos míos, en virtud de la gracia que me ha sido concedida, yo os advierto de no llevar demasiado lejos vuestras investigaciones en las

---

(1) Rom. 13.

materias de la fé, sinó de usarlas con gran moderacion, y de no tocarlas sinó muy sóbriamente.» Esta es la ejemplar conducta que debemos seguir; esta es la sublime enseñanza que debemos estudiar con mucho cuidado; aquí es donde tenemos que usar de nuestra razon, no siéndonos jamás permitido decir: «Yo no ratiocino.» Porque sin este exámen, sin esta discusion exacta, nunca podríamos tener, sinó una fé vaga é incierta, sin principios y sin consistencia. «Por eso debemos estar siempre dispuestos á satisfacer á todos los que nos pidan razon de lo que creemos y de lo que esperamos,» como nos enseña y nos ordena el Príncipe de los Apóstoles. (1)

Pero ¿cuál es el fondo de estos grandes misterios, que la Religion nos revela y que nos son anunciados en el Evangelio? ¿En qué consisten? ¿Cómo se realizan? Aquí es donde la razon debe hacer alto, aquí es donde debe humillarse y reprimir su curiosidad natural, diciendo: «Yo no ratiocino, yo

---

(1) Petr. 3.

creo.» En efecto, seríamos irrazonables y hasta criminales, sinó creyésemos todo lo que enseña nuestra sacrosanta y divina Religion, cuyos fuertes razonamientos y evidentes argumentos nos hacen conocer verdades tan incontestables y tan inconcusas, que por ningun concepto pueden rebatirse.

Tal es la conformidad que debe haber entre la razon y la Religion. La razon dá, digámoslo así, los primeros pasos, convenciéndonos y persuadiéndonos, que la Religion viene de Dios; que todos los articulos que contiene, han sido revelados por este Supremo Señor, ora en las Escrituras, ora en la Tradicion explicada y propuesta por nuestra santa Iglesia; que no siendo Dios susceptible de error, se deduce lógicamente, que todo lo que nos ha anunciado, es indefectiblemente verdadero; que la Religion, en fin, no enseñándonos sinó la palabra de Dios y su excelente nombre, es igualmente verdadera é indefectible, y con justísimos é incomparables motivos pide una perfecta adhesion de nuestro espíritu

y de nuestro corazon. Hé aquí donde la razon obra, y lo que descubrimos á favor de sus bellas y esplendentes luces.

Sentado este principio en general, la Religion se sobrepone inmediatamente á la razon, le expone sus verdades, y por muy ocultas que sean, la somete á ellas, sin dejarla penetrar sus profundos y misteriosos dogmas. Si la razon por su indocilidad y por su orgullo las rechaza, entonces la Religion con su legítima é infalible autoridad la pone bajo su yugo, haciéndole ver, que no debe dudar absolutamente nada de lo que le proponga, segun las reglas que marca la prudencia, conteniéndola en sus justos límites, de los que no debe salir, para no extraviarse, entregándose á tanta diversidad de doctrinas, que la hundiria, sin duda, en el caos más profundo.

Así, nuestra fé católica es más firme, sin perder nada de su misterio; y es más misteriosa, sin perder absolutamente nada de su firmeza.

Hay momentos en la vida, en que un alma, por muy católica y fiel cristiana que

sea, es interiormente agitada en contra de la fé, como lo fué el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, cuando estando sobre las aguas del mar, le dijo nuestro Redentor: (1) «Hombre de poca fé ¿porqué has dudado?» Sin embargo, no se duda en realidad, se cree, pero de una manera vaga y confusa, y la impresion es tan fuerte en tales casos, que parece no creerse enteramente nada. ¡Prueba difícil de sostener, pero que Dios la permite para más perfeccionar nuestra fé santa, y grabarla más y más en nuestros corazones! Si alguna vez, lo que Dios no quiera, nos vemos asediados de tan horribles tentaciones, imploremos la asistencia divina, y á imitacion del Príncipe de los Apóstoles, debemos exclamar: «¡Señor, salvadnos, porque de otro modo vamos á perecer!» (2) Llamemos en nuestro auxilio á la Religion y á la razon, y estos dos poderosos elementos, íntimamente uni-

---

que hablan en el momento: así varían las  
de estaciones que por revoluciones tan

(1) Mat., c. III: v. 14. constantes y maravillosas y seguras en

(2) Luth., 14. cosas y dividen perfectam.

dos, influirán, y nos darán la mano, por decirlo así, para calmar nuestras inquietudes.

Nuestra misma razon nos recuerda esos grandes y excelentes motivos, que siempre nos han impulsado á creer, y que nos han parecido los más propios para afirmarnos más y más en la fé cristiana, que afortunadamente profesamos. En efecto, á nuestra razon se presenta ese vastísimo universo, y la gran multitud de séres que le componen, llenándonos de admiracion y asombro su diversidad, su inmensa extension, su belleza, su órden perfecto, su mútua dependencia, su utilidad, su duracion despues de tantos siglos, y su perpetuidad. Nuestra razon nos hace contemplar los cielos, cuyos rápidos movimientos son siempre tan precisos y tan bien arreglados: esos astros que nos alumbran y ese prodigioso número de estrellas, que brillan en el firmamento; esa variedad de estaciones, que por revoluciones tan constantes y maravillosas se suceden unas á otras, y dividen perfectamente el curso

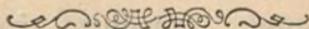
de los tiempos. ¿Quién sinó ese precioso y rico destello de la Divinidad nos hace recorrer con el pensamiento más velozmente que con la vista, esos extensos espacios de tierras y mares, que son como el mundo inferior debajo del mundo celeste? ¡Qué fecundidad, qué producciones tan diferentes apercibimos, en esta magnífica obra de la creacion divina!

Discurriendo segun las reglas que marca la prudencia y el comun sentido, muy pronto observamos, que todo cuanto nos rodea, no es, ni puede ser efecto de la vana é insignificante palabra llamada *casualidad*, como aun pretenden sostener con tenáz é inútil empeño algunos impíos. ¡Insensatos! Nada absolutamente puede existir, sin que una inteligencia suprema le haya dado el principio de su sér. Esta inteligencia suprema, este poder primitivo, superior á todas las criaturas, esencial, independiente por sí, el Soberano Autor de tantas y tan extraordinarias bellezas, es nuestro Dios y Señor, á quien debemos amar y adorar con toda nuestra alma y con todo

nuestro corazon. Porque, ¿qué hay más natural y razonable, que el Criador espere y exija de sus criaturas los justisimos homenajes que le pertenecen? ¿Qué hay más natural y razonable, que las criaturas adoren y glorifiquen al que deben su existencia, crean en sus dogmas, se conformen con su voluntad, practiquen su santa ley, y se dediquen plenamente á su servicio? En esto consiste nuestra sacrosanta y divina Religion, cuyas excelentes verdades ninguna razon sana las puede rechazar, ni aun poner en duda.

Mas si algun audaz nos preguntase, en qué consista el misterio de un Dios hecho Hombre, sin dejar de ser Dios, mortal é inmortal, reuniendo en una misma persona todo el esplendor y toda la gloria de la Divinidad; en qué consista el misterio de un Dios en tres personas y tres personas en un solo Dios, qué sea, en fin, el dogma de un Dios-Hombre realmente presente, bajo las bellisimas y misteriosas especies de pan y vino en el sacramento de nuestros altares, por nosotros le respondería

nuestra santa fé católica, lo que el Omnipotente dijo con poderosa voz al violento y agitado mar: «Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante, y ahí se estrellará la hinchazon de tu orgullo.» (1).



---

(1) Job. cap. 38, v. 11. *Usque huc venies, et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos.*

## ARTÍCULO III.

**Esterilidad de la fé sin las obras.**

Aun hay, por desgracia, muchos desventurados, los que siguiendo las tristes y pérfidas huellas del soberbio Lutero, procuran sostener, (aunque inútilmente), «que no necesitamos para salvarnos el bien obrar, puesto que la fé sola justifica, y es muy bastante, para alcanzar la vida eterna.» ¡Qué error tan grosero, y que insensatez tan crasa! ¿Qué entenderán estos hombres tan obcecados por fé divina? En qué fundarán su *firme y sólida* creencia, como incesantemente afirman? ¿Es en las Sagradas Escrituras, en donde tienen la *inquebrantable* base de sus fútiles argumentos? Pues veámos lo que nos dicen estos libros divinos.

El apóstol Santiago nos dice, en primer lugar, «que la fé, si no vá acompañada de las buenas obras, está muerta en sí misma» (1). En otros lugares, continúa el Santo Apóstol, diciendo (2): «¿Veis cómo el hombre se justifica por las obras, y nó por la fé sola? Pues así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así tambien la fé sin las obras está muerta. Practicad mi palabra, y no sed solamente auditores» (3). Estas bellisimas palabras de Jesucristo, marcadas en las brillantes páginas del nuevo Testamento, no pueden ser más claras ni más terminantes. Pero, por si aun no están satisfechos los nuevos secuaces del gran apóstata del siglo diez y seis, les recordaré otros testimonios, que no son menos evidentes que los anteriores. Sigue el mismo Apóstol Santiago: (4) «¿De qué ser-

(1) *Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa. Jacob. cap. 2. v. 15.*

(2) *¿Videlis quoniam ex operibus justificatur homo, et non ex fide tantum etc., etc. Jacob. Caput 2.*

(3) *Ibid. Cap. 1.*

(4) *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat. ¿Numquid poterit etcétera, etc. Jacob, 2.*

virá, hermanos míos, si alguno dice que tiene fé, y no tiene obras? ¿Podrá la fé salvarle?»—Tambien el Apóstol en su carta á los de Efeso, capítulo primero, nos refiere: «qué antes de la creacion del mundo nos eligió Dios en Jesucristo, para que nos hiciésemos santos y sin tacha ante sus ojos.» Santiago en su carta, capítulo primero, versículo 12, nos dice á propósito estas saludables y encantadoras palabras: «Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque cuando fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le aman.»—Jesucristo en San Juan Apóstol, capítulo 5.º, versículo 4º, dice: «Las cosas que yo hago, dan testimonio de mí; si no creéis en mis palabras, creed en mis obras.» Todo el Evangelio de San Juan está lleno de estas excelentes máximas y de estos magníficos principios, los que Jesucristo, nuestro Salvador practicó, antes de enseñárnoslos, para que nos sirviesen del más grande y más santo ejemplo.

¡Protestantes modernos! Ya veis lo que

nos dicen las Sagradas Escrituras, sobre las que plantais arbitraria y atrevidamente la base de vuestros quiméricos sofismas. ¿Pensais, aun, que la fé sola os vá á justificar? Ante todo, dispensadme que os pregunte: ¿Profesais vosotros, por ventura, la verdadera fé? Decidme, si os place: ¿Es posible, que abrigueis en vuestros corazones esa pura, viva y ardiente fé, que convierte á los verdaderos fieles de Jesús en grandes héroes, y los eleva hasta el Cielo, llevando estampadas sobre sus frentes la palma del martirio y de la santidad, si odiais y rechazais con furioso encono las verdades por Dios reveladas y propuestas por su santa y católica Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion?

No pueden tener, nó, una firme y sólida fé, los que entregados á todo género de vicios, desprecian con altiva arrogancia la ley santa del Señor de cielos y tierra. Es una fé muy incierta y debilísima la de los que, envueltos en el grosero y repugnante sudario de la disolucion del mundo, se resisten á recibir la refulgente luz, con que

Dios alumbra constante mente á todas las criaturas; que le obedecen y le aman con sincero y puro corazon. El mismo Jesucristo nos esplica esta verdad de la manera más terminante: (5) *Todo el que obra mal, odia la luz, y no viene á la luz; pero el que practica la verdad, viene á la luz, para que se manifesten sus obras, porque están hechas en Dios.* Estas grandes y magnificas verdades nos han sido reveladas por nuestro Salvador divino, para que nos apartemos completamente del mal, y sigamos el precioso y seguro camino de la virtud; porque si Dios por su infinita bondad nos comunica, á cada instante, su hermosa y divina luz, que no es otra cosa sinó la fé católica, no nos la comunica solamente como regla de lo que hemos de creer, sinó tambien como regla de lo que debemos obrar, ajustando nuestra conducta á los limites marcados por sus sábios y santos preceptos.

(5) *Omnis enim qui male agit, odit lucem et non venit ad lucem. Qui autem facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta.*—Joann. Caput 38, vs. 20 y 21.

De entusiasta admiracion nos llenan aquellas tan saludables lecciones, aquellas tan tiernas y tan dulces exortaciones de los Apóstoles, cuando sin cesar instruian á los fieles, hablándoles, ante todo, de las buenas obras, recomendándoles siempre las buenas obras, y reprendiéndoles viva y enérgicamente su negligencia en las buenas obras! En vista de tantos y de tan irrefragables argumentos y de tantos y tan fuertes testimonios, que nadie, á no tener los ojos completamente cerrados á la divina luz, puede ponerlos en duda. ¿Sereis todavía tan insensatos, que insistais en vuestra quimérica ilusion, de que solo la fé puede salvaros? Ya veis que esto es imposible; por que si bien la fé es el fundamento de la santidad cristiana, las buenas obras tienen que ser precisamente su complemento; y si os atreveis á separarlas, me autorizais, al mismo tiempo, para deciros, que no tenéis absolutamente fé, porque este precioso don divino, no puede existir sin las buenas obras, así como estas no pueden existir en rigor sin la fé, de la que son sus in-

separables compañeras; pues, como dice el Apóstol Santiago, hacedme ver vuestras obras, y por ellas, juzgaré yo de vuestra fé: (1)

Me direis, tal vez, que Abraham y otros Patriarcas y Profetas se hicieron muy recomendables por su grande y extraordinaria fé á nuestro Dios y Señor. Es verdad; confieso, que en este punto teneis muchísima razon. San Pablo mismo lo dice; pero consultad el capítulo undécimo de la epístola de este mismo grande Apóstol á los hebreos: ¡con qué elocuencia tan bella y tan divina describe lo que la fé inspira de más heróico á aquellos hombres tan santos! Abraham creyó; pero no se limitó á creer, porque creyó de la manera más viva y más eficaz; creyó, pero con una fé perfecta, porque, cuando Dios se lo ordenó, dejó á su patria querida, abandonó á sus parientes, más queridos aun; ofreció en holocausto á su muy amado hijo Isáac, poniéndose en el deber de sacrificarle, y ayunó, para rendir al Dios de Israel los más justos homenajes,

---

(1) Jacob., cap. II.

y para darle testimonio de su incomparable obediencia.—Moisés creyó, pero con una fé enteramente práctica, porque renunció á todas las esperanzas humanas, sacrificó en la córte del rey Faraon los más pomposos y ostentosos títulos, y la más rica fortuna; se redujo á un estado de sufrimientos, considerándose más dichoso de ser afligido con el pueblo de Dios, que de gozar las falsas dulzuras del crimen entre los enemigos del Cielo! Y ¿qué os diré de la fé, y nó solamente de la fé, sinó de las obras de aquel gran Gedeon, de aquel heróico Jephthé, de aquel santo rey David y de tantos otros, no menos gloriosos santos, que florecieron en la antigua ley? Abrid el viejo Testamento, y en sus brillantes páginas encontrareis las más rudas, las más crueles, y las más insoportables pruebas porque pasaron aquellos hombres tan extraordinarios, henchidos sus valientes corazones de la más ardiente fé. Unos tratados con el mayor rigor, perecian al cruel filo de la espada; otros separados del mundo, confinados en horrorosos desiertos,

ocultos en sombrías y tenebrosas cavernas, sufrían todo género de tormentos. ¡Gloriosos hombres, que llegaron á ser excelsos y santos por sus grandes, heróicas y acrisoladas virtudes!

Si hubiera de referir aquí, no solamente la fé, sino las grandes y excelentes obras que, á la fé confirman, como son todas las vigiliás, todos los trabajos, todos los ayunos, todas las abstinencias, y todas las innumerables mortificaciones de los Santos de la ley nueva, me haria demasiado extenso, poniéndome, por consiguiente, fuera de los límites marcados por la índole de esta reducida publicacion. Sin embargo, haré algunas brevisimas observaciones sobre este vastísimo asunto, por si quieren convencerse los luteranos de la falsedad de su creencia.

Si la fé santifica independientemente de las obras, ¿por qué todos los Santos de nuestra sacrosanta Religion, (única que tiene y puede tener Santos), rechazaban todos los placeres de los sentidos, y hacian la más cruel guerra á las pasiones desor-

denadas? ¿Por qué sufrían con la más humilde resignacion tantas persecuciones, tan duras penalidades, tantas maceraciones y martirios tan atroces?

Si nuestro Redentor Jesús derramó su preciosa sangre, para salvar á la humanidad, caida por el pecado; si sus discipulos, á ejemplo de su divino Maestro, la derramaron tambien, fué, acaso, por algun interés mundano? ¡Nó, y mil veces nó! Esto es absolutamente imposible; esto nadie lo puede siquiera sospechar, á no ser un insensato, que, aunque tiene oidos, no oye, ojos, y no vé, como dice el Apóstol. Si aquellos grandes Athetas del Cristianismo derramaron su fértil sangre sobre la tierra, era por el profundo convencimiento, que en sus puros y ardientes corazones abrigaban, de la imprescindible necesidad de las buenas obras, para dar al Cielo un firme testimonio de su fé; de esa fé, sí, tan saludable y perfecta, que es la única, que, segun el mismo Dios, nos puede justificar, cuando nos presentemos ante el tribunal de su infinita Justicia. Entonces, el Soberano Juez,

no solamente nos pedirá cuenta de nuestra fé, sino de las obras que la hayan acompañado, como terminantemente asegura el grande Apóstol con estas magnificas palabras: «*Nosotros apareceremos todos ante el tribunal de Jesucristo, á fin de que cada uno reciba segun el bien que haya practicado, y segun el mal que haya cometido* (1).» No pueden ser más claras las palabras del Apóstol.

En otro lugar del nuevo Testamento encontramos la sentencia, ya de salvacion, ya de condenacion, que el Hijo de nuestro Padre celestial pronunciará en favor de los justos, ó en contra de los réprobos, segun sus buenas ó malas obras. A unos dirá estas palabras tan llenas de verdadero consuelo: «*Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo; porque he tenido hambre, y me habeis dado de comer; he tenido sed, y me habeis dado de beber.*» A otros dirá estas terribles y desconsolantes palabras: «*Apartáos, malditos, é id al fuego eterno,*

(1) *Epist. 2.—Corint. 5.*

*porque he tenido hambre, y no me habeis dado de comer; he tenido sed, y no me habeis dado de beber» (1).*

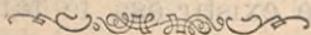
Jesucristo en las anteriores palabras no hace mencion de la fé, por más que la supongamos en ellas incluida; sinó que se dirige especialmente á los que hayan practicado ú omitido las obras de misericordia, comprendiendo, en general, todas las demás.

Despues de examinados estos fuertes testimonios, y otros muchos que pudiera citar en descrédito de esos hijos de Satanás, que todo lo trastornan y corrompen, ¿habrá alguno tan audaz, que aun pretenda sostener que la fé sola justifica? ¿Cómo, sin las obras, puede existir esa fé tan decantada por los enemigos de nuestra sacrosanta Religion? ¿Si la fundarán en sus liviandades? ¿Si pensarán que pueden tener verdadera fé todos esos hombres disolutos, que están completamente entregados al fraude, al robo, á la injusticia, á la violencia, á la ira,

---

(1) *Epist. 2.—Corin. 5.*

á la venganza, á la calumnia y á todo género de vicios? ¿Podrá decirse en verdad, que tienen una pura y firme fé esos ambiciosos, egoistas y soberbios, que desprecian la caridad, la humildad, la paciencia y todas las virtudes, para dar rienda suelta á sus pasiones brutales? ¡No, esto no puede ser! Y puesto que la fé está muerta en sus impuros corazones, porque de todo dudan, y en nada creen, exclamaré con el Evangelista San Juan: *¡Tienen aun la apariencia de hombres vivientes, pero en realidad están muertos!* (1)



(1) *Scio opera tua, quia nomen habes—quod vivas; et mortuus es. (Apoc. cap. 3. Ebr. 2.—Corin. 1.)*

## ARTÍCULO IV.

**Reforma protestante.—Su origen.—Sus fines  
—Sus consecuencias.—Ella lleva en sí un  
gérmen de muerte.**

Hay algunos, que ignorando, sin duda, la triste historia del Protestantismo, procuran sostener, que es una division del Catolicismo, como si la esencia de nuestra Religion divina, que es, puede decirse, Dios mismo, pudiera dividirse en partes. ¡Qué absurdo, Cielo santo! Si estos desgraciados conociesen, siquiera ligeramente, la reforma protestante en su origen, sus fines y sus consecuencias, no se atreverian, (á no estar locos,) á proferir semejante error. El Protestantismo no es, nó, ni puede ser una parte del Catolicismo; es, sí,

su extremo opuesto, porque el Catolicismo tiene por sólido y firme fundamento la *humildad*, que es la madre y maestra de todas las demás virtudes cristianas; mientras que el Protestantismo tiene por base y por único origen la *soberbia*, que es la madre de todos los vicios. ¡Pecado horrible el de la soberbia! El hizo caer á Luzbel y á sus secuaces desde lo más alto de los Cielos hasta lo más profundo de los abismos infernales! ¡El desterró á nuestros primeros padres de un paraíso henchido de gracia, de santidad y de todo género de delicias! ¡El ha degradado hasta el extremo á la naturaleza humana! ¡Triste de la humanidad, si nuestro Redentor Jesús no la hubiese levantado de la inmunda prostración, en que la pusiera su soberbia!

El Catolicismo está fundado en Dios, que es infinito, que es eterno, y por eso vive y vivirá hasta la consumación de los siglos; mientras que el Protestantismo está muerto en su origen, porque este no fué más que una disputa entre dos órdenes religiosos, una fuerte rivalidad por conseguir al-

gunas ventajas materiales, la soberbia, el orgullo herido de un monge alemán (1).

El Protestantismo está muerto en sus fines, que no fueron otros que la *ambicion*, el deseo de despojar los conventos y los hospitales, y de apoderarse de todos los bienes del clero; el quitar el freno á sus pasiones, para lanzarse á todos los excesos de la lujuria, que es lo que hay de más bajo y más degradante en el hombre. Un historiador inglés, Hume, dice: «Que el verdadero fundamento de la reforma protestante fué el *vivo deseo de robar á las iglesias*. El mismo fundador de la reforma, Lutero, decia exclamando: «¡Los hermosos resplandores de los *copones de oro* han hecho más conversiones que todos nuestros sermones!» «Si reducis, decia Federico II, á sus causas más sencillas el resultado de la reforma, vereis que, en Alemania, ha nacido de la *ambicion*, y en Inglaterra, de la lujuria.» Con razon, decia Bossuet:

---

(1) *El que desee adquirir más detalles sobre el origen de la reforma protestante, puede leer la vida de Lutero por J. M. Audin, que es, ciertamente, muy recomendable.*

«Si los protestantes supiesen á fondo, cómo se ha formado su religion, no les inspiraría más que desprecio.»

Aquella gran revolucion, aquella rápida trasformacion, aquel repentino cambio de doctrina, no fué, nó, cuestion de conciencia; fué, si, cuestion de propiedad y de despojo. Los reformadores habian usurpado todos los bienes de la Iglesia católica, y era para ellos necesario que la Religion del Divino Jesús y Redentor nuestro desapareciese. No tardaron en reducir á la práctica este impío é infame proyecto; <sup>de</sup> pues, en Inglaterra, para que los usurpadores protestantes tuviesen completa seguridad, se hizo necesario lanzar á Jaime II. Esta fué la verdadera causa de la revolucion de 1688; y á esta causa, se puede decir, que está reducida la historia de todas las revoluciones.

Todos los historiadores datan el comienzo de la revolucion en el siglo XVI, y es porque en esta época apareció la reforma protestante. Porque ¿qué es la reforma, sino una revolucion contra Dios? Ella des-

truye con mano sacrilega los estrechos lazos, que unen íntimamente al hombre con su Supremo Creador. Ella proclama la independenciam absoluta del hombre, y sacude, por consiguiente, el yugo de Dios. El espíritu de revolucion, que habia estado, por largo tiempo, reducido al más profundo silencio, en un dia del siglo XVI, (¡dia de triste recordacion!) se presenta de pronto en medio de la Europa. Una turba de hombres prostituidos se separan del Cristianismo, para hacerle la guerra más cruel, y lanzan al viento furiosos gritos de libertad, de independenciam, de soberanía, de ódio contra todo lo bueno.

El llamamiento á la revolucion de los cristianos contra el Papa se tradujo instantáneamente en llamamiento á la revolucion contra los reyes. (1) Los hombres que habian destruido un sistema apoyado sobre todo lo que puede inspirar respeto, no se dejaban imponer por ninguna autoridad. (2) La *reforma* animaba al espíritu

---

(1) Ventura.

(2) Robertson.

de audacia y de innovacion. Los ingleses, de raza dura y positiva, pidieron la reforma política, derrumbaron el trono, persiguieron á su rey, le trataron como á una bestia feroz y le cortaron la cabeza. Los holandeses se establecieron en república. Los alemanes proclamaron con estrepitoso escándalo: *¡La comunidad de bienes, la reparticion de tierras, la comunidad de mujeres!* Estos eran los horrendos gritos, que lanzaba aquel pueblo salvaje.

En ningun punto del mundo se ha ejercido tan libremente como en Alemania esa pretendida soberanía de la razon. ¡En cuántos errores, en cuántos excesos ha caido, Dios Santo! Aun para los que se llaman cristianos, no es la inspiracion de las Sagradas Escrituras más que un despreciable mito, negando, por consiguiente, el verdadero nacimiento del Hijo de Dios, su passion y muerte, su resurreccion gloriosa, su ascension á los Cielos, su divinidad!... ¡Insensatos! ¿Hasta dónde van á llegar los incalificables estravíos de vuestra razon insana? Un paso más, y reducís nuestra

sacrosanta y divina Religion á una ínfima parte de la mitología pagana, que hace sonreír hasta las inteligencias más limitadas.

La pluma se me cae de las dedos, negándose á insertar sobre el papel los horrores, las abominaciones, las lamentables desgracias que ha producido esa doctrina tan disolvente y tan corruptora. El testimonio de los mismos reformadores es el que me sirve principalmente de argumento, para probar sus aberraciones y sus desvaríos sin fin.

La disolucion en la Alemania protestante es general, manifiesta, escandalosa. De la capital ha pasado á las ciudades, y aun á los lugares más pequeños, en donde ha resonado un espantoso grito de desbordamiento inmoral, que se ha hecho oír hasta en los confines de toda la Europa. Todos los hombres, que en Alemania abrigan algunos principios de la antigua honestidad, se han levantado, implorando suplicantes á la autoridad soberana, ponga coto á tanta desmoralizacion, para salvar á ese

pueblo infeliz de una ruina inminente y desastrosa. La gangrena, dicen, ha penetrado en todo el cuerpo social, hasta el punto de parecer imposible su curacion. La corrupcion es una lepra que corróe á la gigantesca Prusia. (1)

No es solo Erasmo el que escribia: «Yo no he visto á nadie entrar en la Reforma, que no se haya vuelto más malo, en vez de haberse vuelto mejor;» sinó que los mismos predicadores de la *reforma* decian: «A medida que se ha predicado la doctrina nueva, las antiguas costumbres se han desvanecido, y se han extendido mayores vicios, es una vida depravada, brutal.» Y el fundador de la *reforma*, Lutero, aun más enérgicamente decia: «Después de la predicacion del puro Evangelio, el mundo viene á ser siempre más *perverso*; los hombres están poseidos de siete demonios, mientras que antes no estaban poseidos

---

(1) El que désese más detalles sobre este punto, puede consultar la obra de M. Leouzon—Ledouc intitulada: *Les odeurs de Berlin*.

más que de uno. En nada creen, viven como brutos, y mueren como brutos.»

Y en otra ocasión, el mismo Lutero se llenaba de terror, al observar los abominables efectos, que producía su *reforma*. «¡Cómo! decía, apenas hemos predicado nuestro Evangelio, cuando vemos una espantosa revolución, y la ruina completa de la moral y de la honestidad!» «Todas las pasiones se han desencadenado, le decían sus discípulos, no solamente la lujuria, la intemperancia, la avaricia, la blasfemia, las muertes, los asesinatos, los desórdenes más espantosos, y las más abominables pasiones; sino otros nuevos crímenes, los suicidios multiplicados, calamidad que antes no se conocía, la cobardía ante el peligro; en las epidemias, lo que jamás se ha visto, huyen, dejando en el más completo abandono á los desgraciados enfermos; proyectos de trastorno general; no se piensa, sino en la repartición de las fortunas y bienes, en la destrucción del orden social.» Este mismo espanto, este mismo terror se halla aun estendido por todas partes.

Confieso, que no se me ocurren palabras bastante fuertes, para calificar la infamia y la perversidad de estos impíos reformadores. Es una funestísima turba de hombres inícuos, es un inmenso diluvio de los más horrorosos y más groseros crímenes, es un salvagismo inaudito, es una barbárie gigantesca, es... ¡El infierno no tiene más vicios que añadir á los que han invadido al mundo!! ¡Perdon, grande y misericordioso Dios, perdon para tantos desventurados! ¡Iluminad, Señor, con un rayo de vuestra divina luz sus extraviadas inteligencias, y moved sus corrompidos corazones, para que vuelvan al seguro, firme y precioso camino de la verdad!.....

Más no paran aquí las fatales consecuencias del protestantismo. Porque no solamente se ha hecho amigo íntimo de la revolución; no solo ha relajado la moral, y se ha hecho su gran perseguidor; sinó que ha perdido la primera y la más noble virtud del Catolicismo: *¡La Caridad!* Esa bella y generosa virtud, que únicamente se en-

cuentra en los magnánimos y excelentes corazones de los verdaderos amantes de nuestra Religión divina.

La *reforma* habia destruido los monasterios, los hospitales y casi todas las obras maestras de las artes; y los *grandes Señores*, y todos los que habian podido, se apoderaron de los bienes de los católicos; y aunque se encontraban muy satisfechos, por haberse enriquecido tan fácilmente, despreciaban con soberbio desden á los pobres. Hé aquí el *gran* argumento que los ricos protestantes hacian á los infelices mendigos, que antes se alimentaban con las abundantes limosnas de los católicos: «Los monjes, los religiosos, han sido lanzados por ser inútiles y nocivos. ¿Qué hay de más inútil, en efecto, que esas limosnas á millares de pobres? ¡Guardémonos de imitarles; ¡Atrás, mendigos! Sabedlo, no más recursos, no más limosnas! En adelante, nada tendreis!»

Insistiendo en mi propósito de usar de los testimonios de los protestantes, para probar los funestísimos efectos, que ha

producido su impía doctrina, cito, en este punto, al mismo Lutero, que decía: «Otras veces, las gentes eran caritativas; ahora, en vez de dar, se despojan los unos á los otros.» «Éran los cristianos, añade uno de sus discípulos, los que de tal modo amaban á los pobres, que los llamaban *sus hijos*; ahora, los arrojan ignominiosamente de las ciudades, como á réprobos y á enemigos públicos.» Los pobres estaban acostumbrados, en Inglaterra, á alimentarse en los monasterios, y apenas apareció la infernal *reforma*, cuando, de pronto, se encontraron sin recursos, aun los más precisos, para cubrir las primeras necesidades de la vida. «Entonces comienza, dice un célebre historiador protestante, (1) esa miseria, esa mendicidad, esa desnudez, esa hambre, ese odio eterno,, que ensordece nuestros oídos, á cada paso, en vez de la *abundancia*, de la *armonía* y de la *caridad* cristiana, que tan plenamente, y durante tantos

---

(1) *William Cobbet.*

siglos, poseyeron nuestros *padres católicos.*»

No solo en Prusia, (2) sino en la Inglaterra protestante, han perdido los pobres el sentimiento de la dignidad humana. Más, para probar este triste y verdadero hecho, citaré al gran apologista católico y profundo filósofo cristiano, al erudito Augusto Nicolás, porque sus muy elocuentes palabras superan mucho á cuanto yo pudiera referir sobre este asunto. «El gran crimen de Inglaterra, dice, consiste en haber perdido el sentimiento de la dignidad humana; el pobre no la conoce, y cierto que no puede aprenderla del rico, porque este no dá pruebas de respetarla en aquel; y es no menos cierto, que mal puede sentirla en sí mismo, quien no la respeta en los demás. No olvidemos, que apesar de la miseria y abyeccion del pobre, ó mejor dicho, por

---

(2) *El sentimiento de la dignidad humana no se encuentra ni aun en gérmen en los chirititiles de la capital del reino unido. Carta de Mon. Eugenio Rendu al ministro de Prusia.*

razon de ellas este sentimiento de la dignidad humana, es el sentimiento por excelencia, el cual nos obliga á ver, á honrar y á servir en los pobres á la misma persona de Jesucristo, que tan singular amor y predileccion les mostró: *Evangelizare pauperibus misit me*, (1) pudiendo compendiarse todo su Evangelio á estas dos palabras: *Beati pauperes! Beati misericordes!* La Iglesia católica ha correspondido fielmente en esto, como en todo, á su mision divina, pues no ha cesado de emplearse por medio de sus Apóstoles y discípulos en el servicio de los pobres, inflamada de grande caridad, viendo y respetando en ellos lo que con admirable elocuencia llamaba Bossuet, en presencia de la córte de Luis XIV, *la eminente dignidad de los pobres*, en quienes reside, segun la espresion del ilustre Prelado, la majestad del reino de Jesucristo, de cuya resplandeciente corona se deriva el fulgor que los circunda, como

(1) *Luc 4, 18.*

á los que más se le parecen, á sus compañeros de pobreza, tesoreros y recaudadores generales de Dios en la tierra. ¡Oh! Si fuera juzgada la reforma protestante por estas máximas de verdadero Cristianismo, por la luz del puro Evangelio, ¿tendría valor para seguirse llamando cristiana y evangélica, despues de haber descendido hasta el nivel del antiguo paganismo, y aun á la mayor vileza? Ciertó, la esclavitud antigua no es comparable por lo abyecta con la innoble mescolanza de la indignidad, bajeza y embrutecimiento, á cuyo abismo arroja á los pobres la riqueza protestante, creyendo haber cumplido con el Evangelio y la naturaleza, porque ha pagado la tasa.

«Si el Divino autor del Cristianismo vi-  
niese por las naciones católicas, hallaría  
ciertamente muchas almas caritativas, que  
imitan con obras de misericordia su ternu-  
ra para con los pobres, á las cuales po-  
dría decir, viéndolas animadas de su divi-  
no espíritu: *Venid, benditos de mi Padre,  
porque tuve hambre y me disteis de comer;*

*tuve sed y me disteis de beber; anduve desnudo, y me vestisteis, y siendo peregrino, me disteis posada.* Más, si el Señor fuese luego por las calles de Lóndres, ó por los barrios de Saint Gilles, de White-Chapel, de Cethal-Green, de Spitalfieds, ¡oh Dios del cielo! ¡qué terrible *Vae* proferiria contra todas las sociedades bíblicas, que no dejan de la boca la pabra Evangelio, cuya letra propagan hasta con furor por mar y tierra, para ganar prosélitos á la heregia, hollándola al mismo tiempo con las plantas en los pobres, donde está aquella, no ya escrita, sino viva y animada! Estas mismas imprecaciones del Evangelio, invocado por los protestantes, volveria á oirse de lábios del divino Rey de los pobres: *¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! porque rodeais la mar y la tierra, para hacer un prosélito, y despues de haberle hecho, le haceis dos veces más digno del infierno que vosotros (1).* *¡Ay de vosotros, Fariseos, que*

---

(1) Math, 23, 15.

*diezmais la yerba buena y la ruda, y toda hortaliza, y traspasais la justicia, y el amor de Dios! (1) ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres y dentro están llenos de huesos de muertos, y de toda suciedad. (2)*

«Esta última imágen pinta muy bien el estado de Inglaterra, porque realmente su deslumbradora prosperidad encubre la podredumbre de la miseria, del embrutecimiento y de la torpeza, en que ha venido á dar ese pueblo infeliz. Y lo que más agrava su desdicha y su culpa, es que no las conoce; que sin el asombro y la indignacion que nos causan, no llegaria á notarlas, aunque de tal modo las nota, que no las comprende. De esta ignorancia se alimenta esa nacion; esta abyeccion de su pueblo es además la condicion de su ségu-

---

(1) Luc. 11, 42.

(2) Math. 23, 27.

ridad y de su riqueza. Si en el corazón de la desdichada multitud despertara el noble sentimiento de la dignidad, *que ni aun en germen se encierra allí*, la fermentación y explosión físicas que nacerían de él, serían poderosas á quebrantar y desmoronar á Inglaterra, á modo de un barco seco y viejo, que cruje al hacerse astillas. ¿Pero es razón, por ventura, dice M. Rendu, que una nación funde su existencia en el horrible estado de las almas, de donde han salido los sentimientos propios del hombre, dejando lugar exclusivamente á los que son propios de los brutos?» (1)

Otro de los abominables resultados, que ha producido el protestantismo, es el haber contrariado á la naturaleza humana. El protestantismo ha proclamado el *servicio*, sin el culto, pretendiendo probar que este

---

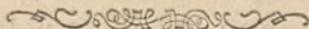
(1) Este pasaje, muy notable por cierto, es de la obra del P. Deschamps, que se titula; *Le libre examen et la vérité de la foi*, en donde también se encuentra insertada la carta de M. Rendu al ministro de Prusia

es una pura idolatría; lo cual está desmentido por todos los historiadores, por todos los idiomas y por todos los pueblos del mundo, porque todos han tenido y tienen un *culto*. ¡Tan natural es al hombre el dar culto á su Creador! Y si es natural al hombre, ¿á quién vá éste á dar culto sinó á Dios? Y si á este gran Señor y Padre nuestro se lo niegan los reformadores, ¿ignoran esos miserables esclavos de la soberbia, que no solamente insultan á Dios mismo, al usurparle lo que justamente le debemos, y que *El* por tantos y tantos derechos nos exige, sinó que hieren á la vez al hombre en lo mas profundo de su sér, por privarle de todo cuanto puede elevar el alma, mortificar las pasiones, despertar la inspiracion y mover el sentimiento? Hé aquí por qué el protestantismo no merece siquiera el nombre de religion, porque esta no puede existir sin culto; porque religion significa lazo que une á los hombres con Dios, y el protestantismo está dividido completamente en infinidad de sectas; pues unos son Luteranos, otros Calvinistas,

otros Presbiterianos, otros Armenios, otros Episcopales, otros Anabtistas, otros Husitas, otros Escoceses, otros Jansenistas reformados, otros Apostólicos, otros Evangélicos, otros Anglicanos, otros Universales, otros Puseistas, otros Walones, otros Cuákeros, otros Puritanos, y no recuerdo mas. (1) Por esta razón, al protestantismo se le llama generalmente secta, y *en rigor* es el nombre que le es propio, porque secta, según la fuerza de la palabra, significa instrumento que corta, y por consiguiente, que restringe, en vez de extender, que disminuye en vez de agrandar, y debe morir, en vez de fortificarse. Así sucederá, porque el protestantismo, al tener

(2) No hace mucho, conté en un periódico que se publica en Inglaterra hasta más de 70 sectas, cuyos nombres no cito por no recordar en este momento, más que los que arriba he indicado. Esto solo basta para probar la falta de unidad de la *reforma* protestante. Nuestra Religión divina es la única que se distingue de todas las demás, por las cuatro notas que le son propias, á saber: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad.

por fundamento la *razon* sola no tiene si-  
quiera la *razon* de ser. No hay necesidad  
de combatirle, puesto que está muerto en  
su base; y esto lo van reconociendo ya  
muchos protestantes. No está lejano el  
dia en el que desaparecerán completamen-  
te todas las falsas religiones, quedando  
únicamente la Religion cristiana. El que no  
sea católico, será exclusivamente ateo.



**ARTÍCULO V.****Observaciones sobre el tema anterior.**

De las consecuencias tan funestas, tan perturbadoras y tan desastrosas que el protestantismo produce en todos los países que invade, podemos inferir lógicamente los males que amenazan á nuestra desventurada España, si el Omnipotente no emplea en ella su infinita misericordia. Desde que una revolucion impía atacó por su base con mano soberbia á la única Religión verdadera, rompiendo atrevidamente su hermosa unidad, á la que debemos tantas grandezas y tantos timbres de gloria, é introduciendo, por consiguiente, en nuestro suelo, eminentemente católico, todas esas sectas disidentes y falsas, las que llevando por divisa el error, ningún bien pueden producir, sinó por el

contrario, hacen el daño, que les es posible, á la Iglesia de Dios, á quien ofenden gravemente; perturban y debilitan el estado; establecen la discordia en las familias cristianas y corrompen á la juventud; desde entonces, repito, no solo estamos privados de paz y de ventura, sinó que aumentan progresivamente todos los errores en contra de la fe y de las sanas costumbres. No son los gobiernos, nó, los que hundirán á España, y quizá á la Europa entera, en el caos más profundo; es la incredulidad, es la corrupcion, es la ambicion, es la soberbia, es la impiedad de sus habitantes, es la maligna *xizaña*, que diseminan por todas partes esos sofistas sin Dios, es el desbordamiento espantoso de la mayor parte de los pueblos. Los gobiernos, sí, están obligados á exterminar tantos desenfrenos; pero ya que estos se muestran débiles ante ese *gigante*, debemos unirnos todos los católicos, como un solo hombre, para impedir siquiera la ruina inminente de nuestro país.

La época no puede ser más oportuna;

aunque no hemos sabido aprovechar otras no menos oportunas, para haber lanzado de nuestro pátrio suelo, que no sin razon se ha llamado, durante tantos siglos, católico por excelencia, esa degradante y corruptora libertad de cultos. Parece mentira, pero es una verdad tristísima, y esto lo digo con el corazon lleno de gran desconuelo! parece mentira, que muchos que se titulan católicos, que algunos que ostentan la honrosa, brillante y gloriosa *Cruz*, que en otro tiempo, por defender la unidad de nuestra Religion santa, fueron tan justamente condecorados los Grandes Maestros de Montesa, de Alcántara, de Santiago y de Calatrava, hoy se hayan hecho partidarios de esa funestísima tolerancia religiosa, poniéndose en abierta contradiccion con sus principios, y faltando gravemente al solemne juramento que prestaron.

A estos *Grandes Señores*, mal llamados católicos, podria yo dirigirles las preguntas siguientes: ¿Hay, acaso, eleccion posible entre la verdad y el error, entre la muerte y la vida? ¿Es lo mismo fomentar

el mal y practicarlo, que fomentar y practicar el bien? ¿Es, por ventura, lo mismo defender la unidad de nuestra santa Iglesia, *fuera de la cual no hay salvacion*, que contribuir al injusto rompimiento de esta misma unidad, para establecer libremente esas falsas sectas, que en sí llevan un in-mundo gérmen de disolucion y de ruina? ¿Puede el hombre alcanzar la eterna salud igualmente en la única Religion verdadera, que es la católica, apostólica, romana, que en cualquier otra falsa secta?

Puesto que decis con altiva arrogancia, «que sois tan cristianos como el primero, que sois tan católicos como el Papa, que defendeis lo que él defiende, y que acatais con completa sumision todos sus infalibles decretos,» aquí, teneis, pues, uno dado por Su Santidad Pío IX, en donde encontrareis las categóricas respuestas, que debéis dar á mis anteriores preguntas. El Romano Pontífice, á quien todos los católicos estamos obligados á respetar, conformándonos completamente con todo cuanto nos proponga acerca de la fé y de las cos-

tumbres, condena, en primer lugar, la doctrina de que, «todo hombre es libre para abrazar y profesar la religion que, guiado de la luz de la razon, juzgáre por verdadera. (1) Condena, en segundo lugar, la doctrina de que, «en el culto de cualquiera religion pueden los hombres hallar el camino de la salud eterna, y conseguir la eterna salvacion.» (2) Condena, en tercer lugar, la doctrina de que, «debe esperarse, al menos, la eterna salvacion de los que no están en la verdadera Iglesia de Cristo.» (3) Además, declara errónea la proposicion de que, «en nuestra edad no conviene ya que la Religion católica sea la única religion del Estado, con exclusion de otros cualesquiera cultos.» (4) Como complemento de la anterior, declara tambien errónea la doctrina de que, «laudablemente se ha establecido por esta causa en los

- 
- (1) Proposicion XV del Syllabus.
  - (2) Proposicion XVI del Syllabus.
  - (3) Proposicion XVII del Syllabus.
  - (4) Proposicion LXXVII del Syllabus.

países católicos, que á los extranjeros que vayan allí, les sea lícito tener público ejercicio del culto propio de cada uno.» (1) También condena la de que, «es falso que la libertad civil de cualquiera culto, y lo mismo la amplia facultad concedida á todos de manifestar abiertamente y en público, cualesquiera opiniones y pensamientos, conduzca á corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos y á propagar la peste del indiferentismo.» (2)

Por si hay algunos, que aun duden acerca de la gran responsabilidad que pesa sobre los partidarios de la libertad de cultos, y de los grandes y terribles castigos que Dios fulmina contra ellos, expondré algunas palabras del *Deuteronomio*, en el que despues de manifestar nuestro Dios y Señor, el sin número de bendiciones que dará á todos los fieles servidores de su santa ley, añade:

---

(1) Proposición LXXVIII del Syllabus.

(2) Proposición LXXIX del Syllabus.

«Pero todo esto será, si escuchares los mandamientos del Señor tu Dios, y no te apartares de ellos; *si no siguieres dioses ajenos, y les dieres culto.*»

»Más si, por el contrario, no quisieres oír al Señor tu Dios, y guardar sus mandamientos y ceremonias, vendrán sobre tí todas estas maldiciones:

»Serás maldito en la ciudad, maldito en el campo.

»Maldito tu granero, malditos tus ahorros.

»Maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, las manadas de tus vacas y los rebaños de tus ovejas.

»Serás maldito, cuando entres, y maldito, cuando sales.

»El señor enviará sobre tí hambre y necesidad, y maldicion sobre todas las obras que hicieres, hasta que te desmenuce y pierda prontamente, *á causa de las malísimas invenciones, por las cuales me abandonaste.*

»Vuélvase de bronce el Cielo que está sobre tí, y de hierro la tierra que pisas.

«Eche el Señor sobre tu tierra polvo en vez de lluvia, y baje del Cielo sobre tí ceniza hasta que te veas arruinado.

«Haga el Señor que caigas delante de tus enemigos; que salgas por un camino contra ellos, y huyas por siete.

«Tus hijos y tus hijas sean entregados á otro pueblo, viéndolo tus ojos.

«Y así como el Señor se había complacido en vosotros, haciéndoos bien y multiplicándoos, así se complacerá en destruirlos y acabarlos.» (1)

No pueden ser más claras, ni más terminantes, las palabras de esta parte de las Sagradas Escrituras. Si los partidarios de la tolerancia religiosa, ó lo que es lo mismo, si los que han influido en el rompimiento de la unidad católica, estiman y consideran, en todo cuanto valen, los libros divi-

---

(1) Deuteronomio, cap. 28.—El que quiera, puede consultar este capítulo, en donde encontrará muchas más maldiciones, las que omito, ya por la brevedad, ya por ser suficientes las arriba indicadas.

nos, no creo estén muy satisfechos de su p rfida obra, cuyas funestas consecuencias, h  largo tiempo, viene sintiendo nuestra madre pátria, sin que de otra causa procedan tantos males, sinó de las grandes aberraciones de sus mismos *hijos*, los que en vez de conservar su dignidad y engrandecerla, la pierden y la vilipendian, hundiéndose en las cenagosas   inmundas corrientes del más vil materialismo; pues, como dice el Profeta, «el más noble de los s eres, el hombre, ha perdido la inteligencia de su dignidad, se ha comparado   los brutos, y se les ha hecho semejante.» (1)

En efecto, los hombres, hoy obran como si no tuvieran alma, ofenden   Dios, como si éste no existiera, y como si nada hubiera más allá de la tumba. Apesar de los llamamientos constantes del Señor por sí y por medio de su santa Iglesia, los hombres

---

(1) *Homo cum in honore esset, non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.*—Ps. 48, v. 13.

permanecen endurecidos en todo género de crímenes; pues casi no se oye hablar sino de suicidios, de muertes alevosas, de injusticias, de violencias, de robos, de sacrilegios, de calumnias, de murmuraciones y de impurezas. Aun en el seno mismo del Catolicismo vemos que se establecen sociedades secretas y públicas de hombres corrompidos, que son idólatras de las riquezas, que no les importa el modo de adquirir las; que se burlan de Dios y de sus ministros, que desprecian las verdades más santas, atacando, por todos los medios que les son posibles, á nuestra Religión divina. Nada basta para enternecer el empedernido corazón de la incredulidad y del sensualismo, ni las revoluciones desastrosas, ni las guerras intestinas, ni las sequías, ni el hambre, ni el miedo que tiene sobrecogida á toda Europa, ni tantas calamidades como sobre todos pesan... Nunca, nunca confesarán los sofistas é incrédulos que todas estas desdichas son justos castigos del Cielo. ¡Gran Dios! ¿Hasta dónde vá á llegar la ceguedad del espíritu humano?

¿En dónde está aquella fé de los primitivos tiempos, aquella santa fé que atrajo al culto del verdadero Dios á millones de personas? ¿En dónde se encuentra, ahora, aquella fé viva y ardiente, por cuya defensa derramaron su preciosa sangre millares de mártires? Nadie negará, que, entonces, los ateos y paganos se hacian católicos; mientras que, hoy, los católicos se hacen ateos y paganos. Este es un horrible crimen, cuyos tristes efectos sentiremos pronto, si con corazon puro no nos postramos suplicantes ante los altares del que es infinitamente justo, para aplacar su cólera divina!

Nuestro Salvador Jesús está constantemente llamando á nuestras puertas, y nosotros no le queremos abrir; incesantemente derrama tiernas lágrimas sobre nosotros, como en otro tiempo, las derramó sobre la culpable Jerusalem. Hé aquí las dulces y magníficas palabras que nuestro Dios y Señor dirige á esta ciudad corrompida, y las que tanto convienen á este siglo incrédulo, sensual y pagano: «¡Ah! si tú reco-

nocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz! más ahora está cubierto á tus ojos; porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, te pondrán cerco, te estrecharán por todas partes, te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visita-  
cion.» (1) Este día terrible llegará también para nosotros, porque nos dejamos arrastrar por las corrientes revolucionarias, porque atacamos nuestra santa fé, en vez de defenderla del furor de sus enemigos, porque no nos convertimos, en fin, á nuestro Padre Celestial, portándonos con El como muy ingratos hijos.

«Ciudad culpable, pero amada de mí la repite: ¡cuántas veces he querido reunir á tus moradores alrededor de mí, como la gallina reúne sus polluelos bajo sus alas,

---

(1) Lucas, 19, 41, 44.

y tú no has querido.—Sorda hasta hoy á la voz de mi ternura, te hablo ya hoy con la voz de mi justicia. Pero en medio de su severidad, mi justicia vá guiada por mi amor; y si te castigo, es para corregirte, nó para perderte. Como el padre prudente quita de la mano de su hijo, y le rompe los juguetes con que se distrae, olvidando sus deberes; de este propio modo, para hacerte volver en tí, voy á quitarte tus placeres, y á romper el hilo de tu vida disipada y liviana.»

«A despecho de mi prohibicion, dice el Señor: tú trabajabas todos los domingos; pues ya no te dejaré trabajar ni aun durante la semana. Ataviada como una ramera, corrias de fiesta en fiesta y de placer en placer; pues hoy andarás enlutada, con la barba en el pecho; y el ruido del cañon reemplazará al de los instrumentos de música. Orgullosa y opulenta, veias tus palacios habitados por los ricos de la tierra, y tus calles surcadas por sus brillantes carrozas; pues tus plazas van á quedar desiertas, tus calles en silencio sepulcral, y

á tus puertas llegará inexorable la misericordia.» (1)

Hé aquí lo que el Omnipotente anuncia al pueblo pecador, por medio de sus Profetas, para que se arrepienta de corazón de sus crímenes, para que no dude de la causa de sus infortunios y calamidades y para que no se separe del camino firme que la Religion le marca. «Porque desertais de mi casa, dice el Señor, se suspenderán las lluvias, la tierra no producirá sus frutos, pondré la espada sobre la tierra, y sobre el vino, y sobre el aceite y sobre los ganados.» (2) Lloverá en una ciudad, y no en otra. En una parte abundancia, y en otra se secará la tierra. Apenas tendreis que beber, si no os convertis al Señor.» (3) La higuera no dará su fruto,

---

(1) *Et veniet tibi, quasi victor egestas, et pauperes quasi vir armatus.*—Prov. 6.—Monseñor Gaume.  
—*Etude sur les evenements actuels.*

(2) Agg. 1.—9.—S. S.

(3) *Et pluam super unam civitatem, et super aliam non pluam. Pars una compluetur, et pars super quam non pluerit, arefecit... Et non... Am.*—4.—7.—S. S.

ni la viña. Faltará la cosecha de la oliva, y los campos no darán que comer. La oveja no tendrá que pastar, y el buey encontrará los pesebres vacíos.» (1) «Oid la palabra de Dios, hijos de Israel, porque es el juicio del Señor contra los que habitan la tierra. Llorará la tierra con todos sus habitantes, con las bestias y serpientes del campo, con los pájaros del cielo, y morirán los peces del mar, porque no se encuentra en la tierra la verdad y el conocimiento de Dios, sinó execración y mentira, muertes, robos y adulterios.» (2)

Ya lo veis, hombres disolutos, revolucionarios de la época actual, partidarios de la libertad de cultos y todos los que adorais *dioses ajenos!* Presentes teneis todas las desgracias y calamidades, con que Dios amenaza á todos los pueblos, que despreciando la verdad, se sepultan en la sima

(1) *Ficus non afferet fructum, et non erunt nascentia in vineis... Hab. 3.—17.—S. S.*

(2) *Audite sermonem Domini, filii Israel, quia iudicium... Os.—4.—1.—S. S.*

del error. Ya es tiempo de que refreneis fuerte y enérgicamente vuestras suble-  
 vadas pasiones, para que llevando la paz á  
 vuestra alma, se estienda por todo el  
 mundo, pues mucho la necesita. Ya es  
 tiempo de que la resplandeciente antorcha  
 de la fé católica ilumine vuestra intelligen-  
 cia extraviada, y transforme vuestro culpa-  
 ble corazon, para que no deis culto, sino  
 al único y verdadero Dios. Hoy, mañana y  
 siempre debéis afirmar con entera convic-  
 cion, que ha llegado el momento de medi-  
 tar profundamente aquella sábia recomen-  
 dacion del divino *Maestro*: «Caminad mien-  
 tras sea de dia, porque pronto vendrá la  
 noche, en que nada podrá hacerse.» (1)  
 «Ahora que teneis tiempo, haced bien para  
 con todos.» (2) «Venid, adoremos al Señor,  
 ensalcémosle, postrémonos ante su divina  
 y celestial presencia, porque es el Señor  
 nuestro Dios.» (3)

(1) *Ambulate dum lucem habetis... Joam.—12.—35.*

(2) *Paul. ad Galatas.—6.—10.*

(3) *Venite, adoremus, et procidamus: quia ipse est Dominus Deus noster.—Psalm. 94.*

## ARTÍCULO VI.

**Continuación del mismo asunto.**

Todos observamos que las divinas palabras del Señor por sus Profetas, van teniendo su cumplimiento. Y sinó, que lo diga el mundo, que lo diga la Europa, que lo diga muy especialmente nuestra muy amada patria; sí, esta nación sin ventura, en la que no podemos ver más terminante el divino brazo de la justicia infinita, como también el de la infinita misericordia. Dejad, modernos sofistas, de acusar á la Providencia por sus justos castigos; démosle gracias todos, porque muchos más nos merecemos. «¿Será perdido el trabajo que nos tomemos, queriendo iluminar al ciego, hablar al sordo y convencer al inci-

piente?» (1) Pues no os admireis, si en justo castigo de vuestro desprecio á la virtud y de vuestra obstinacion en el vicio, el cielo nos priva del hermoso rocío, y á la tierra de sus deliciosos, delicados y sabrosos frutos. (2) No extrañeis que el Altísimo repita contra sus enemigos lo que dijo por el Profeta: «No quiero tener más cargo de apacentaros: lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo; y los demás que se coman unos á otros.» (3) ¡Qué tremendo, qué horrible será el día, en que por nuestras iniquidades se realicen estas desconsolantes palabras de la eterna justicia!!

Dejad ya, modernos paganos, vuestros festines y deleites... Cesad de una vez, de injuriar á la Providencia, no abusando de

(1) *Labor irritus et nullus effectus, offerre lumen caeco, sermonem surdo, sapientiam bruto.* S. Cipriani Liber.

(2) *Et tu miraris... in hac obstinatione el contemptu vestro, si rara desuper pluvia descendat, si terra silu pulveris squalcat, si vix jejunas et pallidas herbas sterilis gleba producat...* Ibidem ad Demetrium 7.

(3) Zach.- 11.—9.

su misericordia, ni blasfemando contra su justicia. ¿Cómo os atreveis á maldecir á Dios, bienhechor de todos?» (1) *Venga la muerte sobre los que blasfeman, y desciendan al infierno. Veniat mors super illos, et descendant in infernum viventes.* (2) *Aquí están, dice Baruch, los principes de las gentes, que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, y se revelaron contra Dios. Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron.* «Pues así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta, se halla burlado y hambriento, y así como el que tiene sed, y sueña que bebe, cuando despierta, tiene la misma sed, y conoce que fué vano su contentamiento, cuando pensaba que bebia; así sucederá á todas las gentes, que pelearon contra el monte Sion.» (3) «Toda nacion,

(1) *Tu Deo benefacienti tibi, et tui curam habenti maledicis? Crysost. hom. 1 ad pop.*

(2) *Ps. 54.—16.*

(3) *Isaias.—29.—8.*

todo reino, añade, que se niegue á servir á Dios, perecerá.» (1)

Innumerables son los avisos del Cielo, para que los pueblos se conviertan al verdadero Dios; pero apesar de las catástrofes que les amenazan, persisten en todo linage de iniquidades y de errores, queriendo arrancar de *cuajo*, como dicen, hasta la más pequeña raíz del Catolicismo. Hé aquí el programa infernal de la impía revolución.» El Catolicismo, dicen los enemigos de Cristo, es el partido de lo que ya pasó. El Catolicismo se opone al advenimiento de toda idea, de toda doctrina, de toda institucion marcada *con el sello del progreso*: todos los liberales lo saben. Para los hombres del progreso, sean cualesquiera sus disidencias intestinas, hay un enemigo comun, y este no es otro sinó el Catolicismo. A ese es al que hay que vencer; para aniquilarle, hay que unirse. Hombres del

(1) *Gens enim et regnum quod non servierit tibi, peribit, Isaias.*—60.—v. 12.

progreso; acabad de entenderlo; solo con los escombros del Catolicismo podeis edificar el porvenir del género humano. ¡Union, union! Combinad vuestros esfuerzos, á fin de aplastar al enemigo de toda luz: *al Catolicismo.*» (1) Entre otras innumerables impiedades, que seria prolijo enumerar, hé aquí el último testimonio de la revolucion: *Es menester que el Cristianismo desaparezca.* El despotismo religioso no puede ser estirpado, *sin que nos salgamos de la legalidad.* Es un ciego contra el cual no se puede emplear sinó la intervencion de la fuerza ciega. No más treguas con la injusticia: yo, *de ella no acepto ninguna.* Hay que ahogar *al Catolicismo en el fango.* (2) ¡Cuántas impiedades, cuántas blasfemias (3) Dios del

(1) Congreso liberal, Julio, 1857.

(2) Quinet.—Prefacio á las obras de Marnix.

(3) Las blasfemias de los revolucionarios de Paris eran horrendas, apesar de estar sitiados por las bombas prusianas. Hé aquí la que uno profirió en un club con gran aplauso de los espectadores. «Yo no temo al rayo, ciudadanos: yo aborrezco á Dios, á ese miserable Dios de los curas.

Cielo!!!; Católicos! ¿Qué haremos para conjurar tanto vandalismo y tanta barbárie? No perdamos jamás nuestras fundadas esperanzas en las divinas promesas, porque escrito está con indestructibles caracteres:

*Las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la Iglesia de Cristo.* El Señor jamás abandonará á sus hijos fieles. «Hé aquí, dice el Señor, que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» *Ecce ego voviscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.* La barquilla de Pedro no puede perecer, porque es obra divina, y como tal está fundada en Dios mismo. Pero tambien puede suceder, que, en justo

— *UnU .noissilivio sbot sb sarril sul el*  
*v .sbsbsiqni sus mntas pasq nono*  
 y quisiera, como los Titanes, escalar el cielo para ir á darle de puñaladas.» En verdad, Garibaldi no fué á Francia para protegerla, dice Monseñor Gaume. Bien lo prueban sus hazañas contra el clero. Con razon el Papa escribia al Obispo de Tours: «No dejéis de dar á esa noble nación los prudentes y graves consejos de no prestar oídos á las perniciosas doctrinas, que incesantemente derramarán y propagarán en su seno hombres desordenados que acabarán de ir allá, so pretexto de ayudarla con sus armas.»--Carta del Sto. Padre en 12 de Noviembre de 1870 al Obispo de Tours.

castigo de nuestras iniquidades y de nuestro indiferentismo, la Religion católica se vaya á otros pueblos más dignos de poseerla. Y entonces, ¿que será de nosotros?.. No permitamos nunca que llegué esta hora tan triste y tan fatal, porque lo perderiamos todo: nuestra honra, nuestra dignidad, nuestra grandeza, nuestra eterna felicidad!..

El gran Señor de la misericordia y de la justicia constantemente nos llama y nos impulsa para que nos sobrepongamos no solo á nuestras adversidades y aflicciones, sufriendolas con santa resignacion, sino tambien á todos esos implacables enemigos de la luz divina y de toda civilizacion. Unámonos, para destruir sus impiedades y desvaríos. Esforcémonos, para evitar que sus doctrinas disolventes y corruptoras cometan más desastres en nuestro suelo. Huyamos de sus engañosas seducciones, para que no nos arrebaten nuestra grandeza de cristianos. Para conseguir la victoria sobre nuestros enemigos, es indispensable clamar incesantemente á nuestro

Padre celestial, y estad todos seguros, que El jamás nos desamparará, porque dulcemente nos dice: «*Clamará á mí, y yo le oiré; con él estoy en medio de su tribulacion; yo prestaré atento oido á sus quejas, acogeré sus gemidos, enjugaré sus lágrimas.*» (1) Oremos, sin cesar, para que no se desprendan sobre nosotros aquellas horribles calamidades, que redujeron á cenizas á las impenitentes ciudades de Jerusalem, de Sodoma y de Gomorra. Oremos, «*porque la oracion amansa aquel divino pecho, más que de diamante para los soberbios, y más que de cera blanda para los penitentes y humildes.*» (2) Imitemos al Vicario del Verbo Encarnado, á ese representante de Dios en la tierra, á ese cautivo y afligido anciano, sin el que no existe ni Iglesia, ni Catolicismo, ni verdadera luz, ni verdadera virtud (3); sí, al Supremo y Santo Pontífice,

---

(1) *Clamabit at me, et ego exaudiam eum; cum ipso sum in tribulatione... Ps. 90.*

(2) Fr. Luis de Granada. *Memorial de la vida cristiana.* Trat. 2.º

(3) Gaume

que siempre está en asidua oracion, haciendo orar, á la vez, públicamente por nuestra querida pátria y por el universo entero. Cumplamos la magnífica y divina orden del Profeta, que tambien se dirige á nosotros en la época presente. «Sonad la trompeta, decia en Sion, convocad la Asamblea, reunid á los ancianos y á los niños; que el esposo y la esposa salgan de su morada. Entre el vestibulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y le dirán: Señor, ten misericordia de tu pueblo, y el Señor amparará á su pueblo y le colmará de bienes.» (1)

---

(1) Joel. Cap. 2.º

## ARTÍCULO VII.

**Filosofía.—Su definición.—Influencia del Catolicismo en el pensamiento humano.**

¿Qué es Filosofía? Filosofía, según la etimología de la palabra, significa lo mismo que *amor á la sabiduría*; es, pues, una voz que se deriva de la griega *philos*, que significa *amor*, y *sofos*, que significa *sabiduría*. Pero, en general, la Filosofía es el ejercicio de la razón, la actividad del espíritu humano que tiene por objeto estudiarse á sí mismo, é investigar las causas secundarias y contingentes, que se encierran todas en una causa infinita, eterna, absoluta, necesaria, principio y fundamento de los conocimientos del hombre y de sus de-

beres para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

No faltan incrédulos, que rechazan como innecesarias la Teología y la Filosofía. ¡Insensatos! ¿Qué es la Teología, sinó el pensamiento divino, manifestado al hombre por la revelacion? Si quitais el pensamiento divino, entonces, la razon humana muy pronto se entregará á todo linaje de extravíos, á todos los crímenes de que es capaz abandonada á sí misma.—Qué es la Filosofía, sinó el pensamiento del hombre, que se eleva hasta Dios, fuente inagotable de este mismo pensamiento? Pues quitad al pensamiento humano la actividad que le impulsa hácia la Divinidad, y entonces, la refulgente antorcha de la fé desaparecerá de nuestra razon, quedando casi en completas tinieblas. Nos pasará indudablemente como á los ciegos con el sol, que apenas si ven sus luminosos resplandores.

Negar la necesidad de la verdadera Filosofía, seria lo mismo que negar la existencia de Dios, lo cual seria un tremendo absurdo; porque al crear el Omnipotente

al hombre á su imájen y semejanza, (1) grabó en su alma con caractéres indelebles la idea de un Sér Supremo, Creador absoluto de todo cuanto existe, y puede existir, de un Sér perfectísimo, El que no puede ser sinó Dios mismo, ni puede dejar de existir realmente, porque lo imposible no es ni puede ser jamás objeto de idea. Este Sér tiene que ser infinito, eterno, á menos de decir, que existió en un tiempo, en que nada habia existente; desprendiéndose de esta falsísima suposicion un gran absurdo, que no se le ocurriria, quizá á un imbécil, pues hasta los más ignorantes saben, que no pueden existir efectos, sin la causa que los produce; al ver una obra, lo primero que se nos ocurre es la idea de su artífice. (2)

Sentados y admitidos estos principios,

---

(1) *Ad imaginem et similitudinem nostram. Génesis, Cap. 1.*

(2) Puede verse sobre este punto el artículo segundo.

es indudable la grande y dichosa influencia que ejerce el Catolicismo en la Filosofía, ó en el pensamiento humano. Ya hemos dicho «que la Filosofía es el pensamiento del hombre, que se eleva hasta Dios, y que Dios es el Creador absoluto de este pensamiento,» al que debe el hombre toda su grandeza, toda su superioridad sobre todos los demás seres, que le rodean. ¿Por quién, sinó por el pensamiento, que el Supremo Creador ha concedido al hombre, es éste rey de la Creacion? ¿Por quién sinó por el pensamiento dá el hombre á la materia toda clase de formas, y apropiándola á sus necesidades, la hace producir maravillosos efectos? ¿A quién debe sinó al pensamiento el gran dominio sobre esos animales indómitos y feroces, por los que sería destrozado, si estuviese abandonado á sus fuerzas materiales? ¿Por quién sinó por ese destello de la luz divina se eleva el hombre hasta los Cielos, penetra hasta en las profundidades de la majestad infinita, y meditando sus magníficas perfecciones, experimenta indecibles goces. al abrigo de

todo peligro, á menos que la soberbia, que el horrible orgullo introduzca una inmundada corrupcion en los sublimes y deliciosos frutos del pensamiento?—La soberbia ¡Oh! Cuántos desvarios ha hecho y hace producir á la razon! ¡Cuántas torpezas, cuántas calamidades, cuántas desventuras tiene, á cada instante, que lamentar la humanidad por ese horrendo pecado!

El pensamiento del hombre, frágil y limitado, no puede percibir, acá en la tierra, inmediatamente la verdad; pues segun el Apóstol San Pablo, los más sublimes misterios no se imprimen en su alma, sino cuando la palabra de Jesucristo toca en su oido; y entonces, aunque una fé viva, profunda y ardiente le tenga sin cesar en la presencia de nuestro Dios y Señor, no le vé *cara á cara, facie ad faciem*, como en la otra vida, sino únicamente en enigma y en el espejo de la creacion. Cuando se presentan á nuestra consideracion esas grandes cuestiones que tanto interesan á nuestra alma, como la existencia de Dios, la inmortalidad del espíritu humano, la distin-

cion del bien y del mal, la divinidad del Catolicismo, el castigo del vicio, la recompensa de la virtud... ¡Ah! ¡Con qué ardor las queremos profundizar, durante dias enteros! ¡Cuántas veces derramamos amargas lágrimas sobre la debilidad del hombre despues de haber sufrido esa intranquilidad, esa desagradable agitacion que producen muchas noches sin reposo, por resolver las dificultades que nos presenta la ciencia! Pero ¡qué gran placer, qué indecible alegría, qué extraordinario gozo sentimos, cuando una iluminacion interior viene á disipar con su viva y refulgente luz la nube que turbaba nuestra inteligencia! ¡Con qué entusiasmo tan arrebatador vemos nuevamente al sol de la verdad brillar con todo su esplendor ante las miradas de nuestra alma!

La corrupcion, la depravacion del sensualismo es el más fuerte, el más cruel enemigo del espíritu humano. Despues de examinarnos á nosotros mismos, recordemos siquiera por un momento la enseñanza de la historia, y muy pronto nos con-

vencerémos, que los individuos como los pueblos sensuales carecen casi por completo de pensamientos profundos, grandes, enérgicos, sublimes... Su Filosofía, si es que en realidad la tienen, no puede ser sinó sensual, materialista y escéptica, lo que en mi concepto, no es Filosofía verdadera y propiamente dicha.

Nuestra Religion divina es la única que influye poderosamente en todo el desarrollo y en toda la fuerza del pensamiento. Esta cariñosa y magnífica Madre dice dulcemente á todos sus hijos: «Conducios segun el espíritu, y jamás realiceis los deseos impuros de la carne. Porque la carne está siempre en constante lucha con el espíritu, y éste con la carne, debeis siempre practicar los hermosos y saludables frutos del espíritu, y vencer los repugnantes frutos de la carne, para que libre vuestro pensamiento de la impureza, de la disolucion, de las enemistades, de las discordias, y de tantos otros vicios como le turban, pueda elevarse hasta Dios, y allí contemplar sus divinas perfecciones. Para vencer

los funestos frutos de la carne, añade esta divina Maestra, es absolutamente necesario, que practiqueis la caridad, la paciencia, la humildad, la perseverancia, la bondad, la fé y todas las demás virtudes.»

La Religion católica no solamente nos prescribe, para pensar rectamente, el ayuno, la abstinencia y la mortificacion de las pasiones, sinó que nos recomienda muy especialmente la humildad; porque el orgullo del hombre, una vez herido, turba á la razon, encerrando al pensamiento en las tinieblas de la más oscura prision, y entonces, nada respeta, no reconoce reglas ni medida, se atreve á negar al mismo Dios su cualidad de primer principio, no queriendo honrarle ni aun como autor de todos los bienes. ¡Ingratos! diré con el grande Apóstol: «¿Qué teneis, que no hayais recibido? ¿Y si lo habeis recibido, porqué os gloriais como sinó lo hubiéseis recibido?» (1) Las Sagradas Escrituras están llenas de testimonios, en los que Jesucris-

---

(1) 1.<sup>a</sup> Cor. 4.

to nos exhorta á practicar la humildad, y á despreciar ese horroroso y perturbador pecado de la soberbia. Debemos estar siempre en íntima union con Dios, contemplando sus divinos atributos, y no ser tan temerarios, que, orgullosos por nuestra miserable y débil capacidad, se verifiquen en nosotros las palabras del Evangelio: «El Señor ha disipado los proyectos, que los orgullosos formaban en su corazón, y ha confundido todos sus pensamientos.» (1) El Espíritu Santo nos asegura, «que Dios resiste á los soberbios, y que se comunica á los humildes, haciéndolos participantes de sus más ricos dones.» (2) Es indudable, que la soberbia es el vicio que más puede turbar el pensamiento humano, y por eso nuestra sacrosanta y divina Religión nos enseña á practicar constantemente la humildad: «¡Bienaventurados, dice, los humildes de corazón, porque Dios los colmará de bendiciones y los elevará!

---

(1) Luc. 1.—51.

(2) Jac. 4.

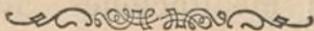
¡Desventurados los soberbios y presuntuosos, porque Dios los confundirá y rechazará!» El mismo Jesucristo se nos presenta como perfecto modelo de humildad, pues haciendo suyas todas nuestras iniquidades, padeció y murió, diciéndonos; «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» (1)

La Religión cristiana es la única que inspira al humilde, en su más profunda sumisión, no solo pensamientos nobles y generosos, sinó sublimes y elevados, teniendo innumerables ejemplos de esta gran verdad. Omitiendo otros muchos, ¿qué fué del ilustre San Agustín, con todas sus excelentes y bellas cualidades de inteligencia y de corazón, mientras estuvo entregado á sus pasiones sensuales? Dominado completamente por la soberbia, no le fué posible tomar el vuelo, á que le impulsaba su alta inteligencia; pero llamado á Dios, por las

---

(1) *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde.*  
—*Math.* 11.

continuas y fervientes oraciones de su piadosa madre, y por la atractiva y arrebatadora elocuencia de un orador católico, instantáneamente se aumentó su gran capacidad, se ensanchó su inteligencia, y henchido su corazón de un fuego divino, se lanzó, como un héroe glorioso, á defender la fé católica, considerándole y llamándole con justicia «antorcha de la Religion, columna de la Iglesia y gloria de la humanidad.» A este insigne Padre debemos las materias de la más pura y más alta Filosofía, pues es el que mejor ha sabido conciliarlas con nuestra santa y divina Religion. «Creemos y enseñamos (1) que la Filosofía, esto es, el amor de la sabiduría y de la Religion de J. C. son una sola y misma cosa.»



---

(1) S. Agustin.—Libro de la verdadera Religion.

---

---

## ARTÍCULO VIII.

---

### **Necesidad del Catolicismo para evitar los extravíos de la razón.**

Hemos probado que el pensamiento del hombre constituye su grandeza, su más alta dignidad, su felicidad, su vida misma; y que nuestra Religión santa influye poderosamente en el desarrollo de este pensamiento, desligándonos de nuestras desenfrenadas pasiones, y elevándonos á grandes y sublimes meditaciones. Resta probar que es muy importante ajustar, dentro de sus límites, á esas inteligencias delirantes que en actividad constante, pretenden, aunque en vano, indagarlo todo, penetrarlo todo, hasta lo que la infinita sabiduría

ha elevado sobre nuestro alcance. ¡Qué insensatez! No es de extrañar, que todo lo confundan, que todo lo trastornen; y es indudable que nos conducirían á un excepcionalismo universal, sinó nos detuviese una autoridad infalible y divina!

La ignorancia, en la que el hombre cae, alguna vez, al fin de su carrera, me parece mucho más deplorable que la que encuentra á la entrada de su vida. ¿Qué es el hombre sinó un sér indigente y débil, antes que la brillante y hermosa luz de la verdad alumbre su limitada inteligencia? Para este tierno sér no hay pasado ni porvenir. Sus débiles ojos no vén más que el presente; y este presente, sumamente restringido. Si por un lado, está privado de los principales goces de la vida, por otro, ignora sus adversidades y miserias. Vive sin tormentos y sin inquietudes. Si, alguna vez, dirige sus dulces y tiernas miradas hácia el horizonte del mundo intelectual, es como aquel, que por la mañana vuelve sus ojos hácia el Oriente, poco antes que salga el sol. Un presentimiento secreto le

anuncia la feliz y placentera llegada del astro bienhechor, que debe iluminar su alma, y se siente de repente estremecido de extraordinaria alegría y de verdadera esperanza.

Pero, ¿cómo podré pintar debidamente el triste estado del hombre, que despues de haber tenido el venturoso placer de conocer la verdad en todo su brillo y esplendor, pierde su magnífica posesion, por haber querido mirar demasiado cerca esta luz de la inteligencia? La horrible indiferencia en las cosas más importantes, las angustias más insoportables de la duda, el tremendo disgusto de su amarga vida, hé aquí lo que generalmente experimenta el hombre; que abandonado á sus propias fuerzas, sin más guia que su *razon insana*, se separa orgulloso del recto y seguro camino de la verdad. Alguna vez, tornará su lánguida mirada hácia los Cielos, pero será sin esperanza, porque sus ojos no podrán abrirse, sinó muy difícilmente á la verdadera luz. ¿Y aun habrá quien dé culto á la razon, anteponiéndola á las esclentes y

sublimes verdades, que el mismo Dios nos ha revelado? ¡Oh frenesí monstruoso! ¡Oh amor propio extravagante, que se vuelve contra sí mismo!

Nuestra Religion santa es la única que puede imponer un saludable freno á esa engreida y dominante razon, para evitar su hundimiento en el más profundo cáos. Esta divina maestra de las verdades santas nos recomienda, en primer término, la desconfianza que debemos tener de nosotros mismos y la gran necesidad de considerar la humildad, como el fundamento más firme del dogma y de la moral. Siempre santa y siempre infalible, nos enseña, que nosotros no tenemos la razon de nuestra existencia: que solo el Sér infinito, necesario, absoluto, es el que tiene la razon de su propia existencia, como la de todos los séres contingentes; que nosotros hemossido creados á imágen y semejanza de Dios; (1) pero ¡qué semejanza tan débil y qué imá-

---

(1) *Ad imaginem et similitudinem nostram. Génesis. Cap. primero, v. 26.*

gen tan imperfecta! Que nuestra inteligencia es relativamente á la inteligencia humana, lo que un poco de polvo á la elevada montaña, que se pierde en las nubes, lo que la pequeña gota de rocío respecto del extenso Océano, lo que una imperceptible chispa de fuego, que instantáneamente se apaga, con relacion al resplandeciente foco de luz, que procede de la bondad infinita, para alumbrar á toda la tierra, y que no se extinguirá, sinó al fin de los siglos, al divino soplo de la justicia eterna.»

Lo que aumenta la obcecacion de nuestra inteligencia, es, que encerrada en la prision del cuerpo, no percibe sinó á través de los sentidos, la luz de la verdad, semejante á un desventurado cautivo, sepultado en un oscuro calabozo, que no puede ver la pálida luz del dia, sinó por un estrecho é indirecto respiradero.

Hé aquí el hombre tal como nos le presenta nuestra sacrosanta y divina Religion. Resulta de aquí la consecuencia muy natural, de que todos estamos muy obligados á oponernos á las frecuentes sugerencias de

nuestra altiva razon, principalmente, cuando quiere hacernos rechazar el sagrado depósito de esas verdades tan sublimes y tan saludables, traídas hasta nosotros por la unánime tradicion de los pueblos, por el asentimiento de todos los tiempos, y ante las que han inclinado su laureada y gloriosa frente los más peregrinos y más esclarecidos génios. Que no lo olviden los racionalistas y esos sofistas sin Dios: no sonará en sus oídos la dulce y armoniosa voz de la verdad, sinó haciendo sufrir á su *hinchada* y altanera razon una humillacion verdadera y legítima.

La más justa, la más saludable humillacion que puede experimentar la inteligencia humana, es, evidentemente, la que la Religion cristiana le hace de continuo sufrir. La Religion enseña á la razon un gran número de verdades que la satisfacen plenamente; pero le presenta muchas que esta limitada razon no puede comprender, «que la ofenden y la hieren rudamente,» valiéndome de la expresion de Pascal. Un Dios en tres personas; la encarnacion del

Verbo eterno; la inmolacion del Hombre-Dios sobre el santo madero de la Cruz, por la provechosa redencion del linaje humano; ese misterioso sacrificio, renovado, á cada instante, en nuestros altares; un Dios oculto, para servirnos de alimento, bajo las apariencias de pan, que deja instantáneamente de serlo; la accion provechosa de la gracia en un alma que no abusa de su libertad... ¡Ah! ¡Qué misterios tan sublimes hay encerrados en el símbolo católico!

No es más importante, ni más indispensable la magnífica enseñanza de estos divinos misterios bajo el punto de vista teológico, que bajo el punto de vista de la Filosofía. Alimentando oportunamente á la razon con el rico y delicioso sabor de tan excelentes verdades, repitiéndole, á cada momento, que si no las admite y abraza estrechamente, no hay para ella salvacion posible, antónces es cuando se aterra y domina su rebelion y reprime su insaciable avidez de profundizarlo todo. Cuando en el estudio de la ciencia, que exige

muchísima fé intimamente unida á la inteligencia, la razon humana llega al misterio, humildemente exclama: «¡Excelso Dios, yo que soy una pequeñísima emanacion de tu luz infinita, ¿cómo podré penetrar tus incomprensibles magnificencias?» Incrédulos y racionalistas, la ciencia, aun la que como nosotros llamais profana, ¿qué es sinó la más clara y exacta explicacion de Dios en sus bellísimas obras?

Es un espectáculo lleno de instruccion y de consuelo para el creyente católico, el que nos ofrecen esas extraordinarias inteligencias, que no tienen otro recurso que la fé santa, para librarse de un escepticismo absoluto. Subiendo de cuestion en cuestion y de duda en duda, llegan fatigadas á la última grada de la escala, sobre la cual no se encuentra más que la nada de quiméricas ilusiones. Viendo aun la *Cruz*, sostenida misteriosamente por una poderosa y divina mano, que hace en ella demasiado independiente la actividad del pensamiento, van á descansar á sus piés, y se consuelan mirando á los Cielos!

Las verdades de nuestra santa fé católica son suficientes, *en rigor*, para alimentar nuestra inteligencia. ¿No abrazan todas las cosas visibles é invisibles? ¿No descienden del Supremo creador á la criatura, desde donde nos hacen elevarnos hasta los Cielos? Lo mismo al filósofo que al cristiano se dirigen estas sublimes como elocuentes palabras: (1) «*No hay más que una sola cosa necesaria.*» Sin embargo, como las verdades religiosas están íntimamente ligadas con las verdades terrestres, si así puedo expresarme, de aquí resulta, que la inteligencia, constantemente unida á las verdades de la fé, admite igualmente las demás verdades que juzgaba tan inciertas. Ella planta fuerte y profundamente en la orilla el ancla salvadora, que la Providencia le lanzó desde lo más alto de los Cielos; despues, avanzando osadamente hácia el abismo, que Dios abandona á nuestras indagaciones, allí se sumerge, y le explora en todos sentidos. Si, alguna vez, las

---

(1) *Porro unum est necessarium. Luc. 10, v. 42.*

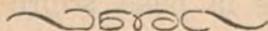
tinieblas se condensan en torno suyo, si el viento sopla con violencia y subleva las ondas, en presencia del abismo entreabierto, con ademan suplicante exclama: (1) *¡Señor, salvadme. que voy á perecer!* Y su fé le ha salvado.

Pascal y Malebranche, génios tan extraordinarios, ¿no es precisamente lo que á vosotros mismos os ha sucedido? Vosotros habeis querido revolver las cuestiones, que interesan más vivamente á la humanidad. Vosotros habeis descendido hasta el fundamento de la razon, y habeis sondeado atrevidamente la base sobre la cual descansa. La maréa siempre creciente de la duda invadió vuestros piés de gigante, y os amenazó tragaros. La realidad de los cuerpos, la certeza de la razon, la vida misma, todo se mostraba sucesivamente como vagas ilusiones á vuestras asombradas miradas. Entónces, habeis llamado la

---

(1) *Domine, salvum me fac. Math. 14, v. 30.*

fé católica, tan fuertemente arraigada en vuestra alma, y, apoyados sobre esta base inquebrantable, habeis trazado con mano segura esos grandes y sublimes pensamientos, que tanto han admirado al mundo.



## ARTÍCULO IX.

### Continuacion del mismo asunto.

¡Incrédulos y racionalistas! Si arrebatáis al mundo la fé, sobre la cual puede, en último extremo, apoyarse la razon, os ruego lo entendais bien: esa *diosa razon* á la que tanto culto dais, se hundirá en la más horrible duda, é irá de error en error y de precipicio en precipicio, hasta ser sepultada en el más profundo abismo. Consultad la experiencia de todas las edades, apelad al gran testimonio de los más potentes y más esclarecidos génios. ¿Quién fué más sábio que Sócrates entre los griegos? Y, sin embargo, todos sabemos cuál fué su *fin*, despues de haber filosofado, durante su vida entera. El mismo confesó públicamen-

te, que nada habia aprendido, sinó que nada sabía. ¿Quién fué más erudito que Plinio entre los latinos? ¡Y bien! Despues de un extraordinario trabajo, del que no podemos, sin gran dificultad, formarnos una ligera idea, llegó á la misma conclusion que el anterior, la que sacó, lanzando, al mismo tiempo, un grito de desesperacion, muy propio para confundir vuestra altivez y vuestra fiereza: *La única cosa cierta* (exclamaba) *es que nada hay cierto, y ningun sér es más miserable ni más orgulloso que el hombre!* Si algunos se permiten afirmar, caen indudablemente en los más groseros errores. Como hace notar el elocuentísimo Ciceron, «no hay absurdo, que no haya sido dicho por algun filósofo.»

¡Vosotros decís con altiva arrogancia, «que la Religion petrifica el pensamiento, que es la gran rémora de la inteligencia humana, y que envuelve á la razon como una momia en el sudario del dogma y en las sombras de la fé» (1). ¡Qué acusacion

---

(1) P. Felix. Confers.

tan audaz y tan infundada! ¿Es posible darse mayor calumnia contra nuestra sacrosanta y divina Religion, á la que todo se lo debemos, y por la que hemos de alcanzar nuestra eterna salvacion? Puesto que con tanta insolencia dais á conocer vuestro error; ¿quereis saber lo que en este punto hace nuestra Religion santa? Ya lo hemos dicho, y para repetirlo, reproduciré las mismas palabras de un eminente escritor de nuestros dias: (1) «La fe no es la muerte, es la vida: *Justus autem ex fide vivit*. No: la fé no tiene encerrado al ingenio en una oscura prision, privándole de espacio y de luz, ni convierte en ciegos y cautivos á los reyes del pensamiento. Pero sinó es esto, me direis, ¿que es lo que hace?

¿Que hace? Descubrir ante el ingenio horizontes infinitos por entre las oscuridades de sus dogmas, y respecto á aquellos hombres que no son de la especie de los buhos, que por instinto buscan las tinie-

---

(1) P. Felix. Confers.

blas y la noche; para aquellos que son de la raza de las águilas, yo sé muy bien lo que hace la fé, oídlo: En vez de cortarles las alas, hace que se remonte su vuelo; en lugar de tapparles los ojos, los conduce á la cima de la fé, sobre las nubes que envuelven al vulgo de los pensadores, y asentándolos como sobre una roca sobre el dogma inmutable, les proporciona que puedan salir al sol, desde mas cerca. Las sombras que entonces se presentan todavía ante aquellos hombres, son cual nubes doradas por la luz, y lejos de amortiguarla, acrecientan su ambicion por ver sin sombra alguna aquel sol, que aun desde léjos les envia rayos tan magníficos. En los éxtasis sublimes que les produce la verdad, en aquellas alturas, en donde la fé los alumbrá y la esperanza los eleva, lejos de detenerse, porque todavía no han obtenido la plena luz que dá hartura á la inteligencia, sienten la necesidad de trasportar su curiosidad fogosa y su escitada investigación hasta unas profundidades, que espantan al mismo racionalismo.»

Habiéndonos dado la Providencia divina una razon, que nos sirve de guia, no ha querido excluirla absolutamente de todas las materias de la Religion, ni de modo alguno destruirla. Quiere, sí, someterla á sus grandes y sublimes verdades y humillarla; pero no impedirle su libre ejercicio, ni tampoco rechazarla. De otra manera, no tendríamos sinó una fé incierta y vacilante, una fé sin consistencia, forzada y sin mérito alguno. Podreis decir, que esos poderosos y convincentes motivos que nos impulsan á creer, no producen la misma impresion entre los libertinos; ¿y sabeis por qué? Porque no se toman siquiera el pequeño trabajo de pensar en ellos; porque no los meditan, ni los examinan, ni los estudian para bien comprenderlos; porque carecen de firme y pura fé, y de corazon bastante libre, para juzgarlos sin preocupacion, y sin esas livianas pasiones, que perturban la inteligencia, produciendo la muerte moral de la humanidad.

Cada dia se levantan, aun en el seno del Catolicismo, perversas socieda-

des de hombres desordenados, que por medio de sus impiedades, profanan las cosas mas santas y desacreditan el excelente servicio que debemos dar al Rey de cielos y tierra: que atacan al mismo Dios, y quisieran borrar de nuestra mente el magnífico pensamiento, que de tan excelso Señor en ella tenemos esculpido con caractéres indelebles: que dudan hasta de su esencia, y se esfuerzan, aunque en vano, en hacerle pasar por una divinidad imaginaria: que desprecian sus mandamientos y su culto, y consideran como supersticiones los homenajes que le son debidos: que procuran, con inaudito empeño, arrebatarse sus mas fieles servidores, apartándoles de sus sagrados altares; y burlándose de sus piadosas prácticas, lanzan sobre ellos la calumniosa y atrevida acusacion de hipocresía ó de simplicidad... Permitidme que ahora os pregunte: ¿es posible que la refulgente antorcha de la fé ilumine la débil inteligencia de estos hombres tan innobles y tan perversos, encontrándose sepultados en la disolucion del mundo? Nó,

y mil veces nó; porque no hay más que apelar á la verdadera enseñanza de la historia, y reconoceremos todos, que los individuos, como los pueblos sensuales, materialistas y escépticos, rechazan todo divino pensamiento. Embotada su inteligencia por horrosos crímenes y vicios sin fin, no pueden percibir los bellísimos resplandores de la divina luz, que procede de la fé católica.

La gran ventaja, el extraordinario mérito de nuestra santa fé consiste tambien en ser bastante misteriosa en el fondo de sus excelentes y sublimes verdades, para ejercer la mas humilde y la mas ciega sumision. Hé aquí por qué el Hijo de Dios decia á Santo Tomás: «Bienaventurados los que no han visto y han creído.» (1)

Bienaventurado el que cree y no vé, porque si viese, no creeria, puesto que

(1) *Beati, qui non viderunt et crediderunt.*—Joan. 20. v. 29.

creer, es conformarse con lo que no se vé; bienaventurado el que cree y no vé, porque si viese, su conformidad no sería una virtud, ni un objeto de recompensa, porque no dependería de su voluntad ni de su consentimiento.

Nos llenan de verdadera alegría y de gran admiración la infinita misericordia y la suprema sabiduría de nuestro Dios y Señor, al querernos salvar por la dulce y armoniosa voz de la fé cristiana. Todo lo ha abrazado: su gloria y nuestra santificación. Plugo á su divina voluntad, que nuestra fé honrase su adorable y soberana verdad, y así como por el amor le sacrificamos nuestro corazón, le sacrificásemos también nuestra inteligencia por medio de la fé, dándonos por recompensa el Cielo! Es evidente, que en el fondo de sus verdades y de sus misterios, que nos revela, la fé por su oscuridad es en efecto, la prueba más grande y más meritoria, que podemos experimentar, y la que los verdaderamente católicos experimentan siempre, henchidos sus nobles corazones de una gran

convicción y de un extraordinario júbilo.

Porque ¿qué verdades nos propone para creer, y cuáles son sus misterios? Misterios que están muy por encima de nuestra inteligencia, y en donde la razón, por muy penetrante que sea, se estrella contra el fuerte muro, que la marcan sus justos límites, más allá de los cuales no se encuentra sino un caos tenebroso y profundo. ¿Y qué creencia debemos dar á esos misterios tan inaccesibles á la razón humana? Una creencia tan firme y tan absoluta, que por ella rechazamos nuestros sentidos, imponiendo silencio á nuestra razón y sujetándola completamente á su suave yugo; una creencia tan pura, que no podemos escuchar la menor dificultad, ni formar la más ínfima duda; una creencia tan plena y tan perfecta, que debe extenderse á todos los artículos de la fé que profesamos; una creencia, en fin, tan resuelta y tan firme, de la que nada absolutamente nos pueda separar, «ni el temor, ni la esperanza, ni las amenazas, ni las promesas, ni los po-

deres, ni las grandezas, ni las persecuciones, ni los tormentos, ni la vida, ni la muerte.» (1)

Esta es la grande y provechosa enseñanza, que nos ha trazado nuestra divina Religión, para evitar los extravíos de nuestra razón, tan débil y limitada. Se ven, sin embargo, inteligencias audaces y presuntuosas, que por su misma debilidad é inexperiencia, rechazan con soberbio desden estas extraordinarias y sublimes verdades, que siempre constituyen y han de constituir toda su fuerza y todo su consuelo. «No podemos admitirlas,» objetan. —¿Qué creereis, pues? —«Absolutamente nada», responden con insolencia. Y cerrando los ojos á la verdadera luz, se duermen tranquilamente en un excepticismo universal.

Escuchemos todo lo que se dice en torno nuestro, todo lo que se imprime por todas partes; ¿no es este el estado casi general de la sociedad? Este horrible estado se irá agravando cada dia más, á no ser que la

(1) *S. Paul.—Ep. ad Roms.*

Religion católica, elevando en medio de esta sociedad enferma el estandarte inclinado de la Cruz, bañe á esas soberbias y enervadas inteligencias en la preciosa sangre del divino Cordero, del dulcísimo Jesús, que ha regenerado al mundo, para que, haciéndose digno de sus méritos, vaya á gozar eternas delicias en la mansion de los bienaventurados.

## ARTÍCULO X.

## LETRAS.

**Historia. — Su definicion y division. — Sus condiciones esenciales. — Influencia que en ella ejerce el Catolicismo.**

Las *bellas letras* comprenden en general la historia, la elocuencia y la poesía. Comenzamos por la historia, por ser, puede decirse, el fundamento de la literatura, en la que tambien influye poderosamente nuestra Religion divina.

Historia general *es la relacion verídica de todos los acontecimientos pasados, en el trascurso de los siglos, sus causas y resultados, para la enseñanza, reforma y recreo del hombre.* = Universal *es la narracion metódica, verdadera y cierta de los hechos realizados libremente por la humanidad.* Tambien

podemos decir que *historia universal* es la que abraza todas las partes del mundo, y omitiendo los menores sucesos, refiere los más importantes, uniéndolos con el más exacto orden para que resulte un todo completo. *Nacional*, como su mismo nombre lo indica, es la narracion de los acontecimientos ciertos y verdaderos que hayan ocurrido en una nacion. *Biográfica*, en fin, es la que tiene por objeto relatar la vida de un hombre, que ha tenido grande influencia sobre su siglo, haciéndose notable por sus hechos. (1)

La Sagrada Escritura abraza, en rigor, toda la historia universal; pues en ambas deben concurrir precisamente tres condiciones, que les son muy esenciales, á saber: unidad de *origen*, unidad de *objeto* y unidad de *direccion*. ¿Quién será tan osado que se atreva á negar, que hay unidad de origen en Dios, de quien todo procede, y en nues-

---

(1) La historia se divide además en sagrada, eclesiástica, profana, de la Edad media y moderna, cuya division puede decirse que está comprendida en la arriba indicada.

tro primer padre, á quien Dios creó en el comienzo de los tiempos? ¿Quién puede dudar siquiera que hay unidad de objeto en Dios, centro universal, hácia el cual se inclinan principalmente todas las inteligencias que han salido de su santísimo seno? Todo ha sido creado por Dios, porque nada existía antes que El. Es, pues, evidente, que toda existencia mana de Dios, y que la creacion entera con sus innumerables soles y mundos, no es sinó la magnífica aureola de este Sér absoluto, supremo, infinito, perfectísimo.—Nadie puede negar la clara y terminante unidad de *direccion* en Dios, ante el cual todos los hombres son iguales, cuidando de todas las criaturas, desde la más grande y más noble hasta el más pequeño y más débil insecto, que se arrastra por la tierra. Nunca, nunca podrá el hombre destruir esta unidad de *direccion* en Dios, por muchos y grandes esfuerzos que haga, porque El solo domina con su omnipotencia, á todo el mundo, y abraza con su inmensa mirada el vasto torrente de las edades, las

que tomando su origen en la eternidad, tienen su fin en la eternidad misma.

Los monumentos sagrados de los católicos contienen la historia primitiva del hombre y del universo, la del pueblo judío, sus leyes, las profecías y milagros, cuyo depósito le había sido confiado, la vida de Jesucristo, sus enseñanzas, su santa y sublime doctrina, recogida por los Santos Apóstoles, y en fin, la historia profética de la sociedad que El mismo había establecido sobre base inquebrantable. De estas dos partes tan magníficas, llamadas el *antiguo y nuevo* Testamento, se componen las Sagradas Escrituras, libro maravilloso y divino, cuyo principio y fin es nuestro Dios y Señor.

En estos *Santos Libros* se encuentra precisamente esta triple unidad de *origen*, de *objeto* y de *direccion*, la que les ha sido concedida por nuestra Religion divina, ó mas bien, es nuestra Religion misma, porque es la fuente inagotable de todas las verdades contenidas en *aquellos*. El historiador que rechace esta triple unidad, rechaza

tambien la unidad de Dios, la verdadera Religion, manantial abundante de todas las verdades, y por consiguiente, desprecia atrevidamente el origen de la humanidad, la igualdad de los pueblos ante la divina Providencia, y, segun decia el sábio Fenelon «desprecia á Dios, al universo, á la pátria, á la familia.» El órden que el historiador debe seguir, está grabado con divinos caractéres en nuestros santos preceptos. Este es el órden que Dios recomienda siempre, que el Catolicismo promulga y predica constantemente, y que la inteligencia del hombre con verdadero entusiasmo admira.

La historia, en general, es, pues, el relato público, la narracion exacta de los hechos, anteriormente realizados; es el gran libro de la vida humana, en que están inscritos sobre la tierra los más notables hechos de los hombres, segun los cuales, serán éstos justificados ó condenados; es el exacto juicio llevado sobre lo pasado, para la debida instruccion del presente y del porvenir. ¡Qué terrible,

que fuerte es el tribunal de la historia! Jamás emplearía su indulgencia, sinó con aquel que hubiese vivido en la más completa ignorancia. Ese grande y severo tribunal revela los hechos, que se podían creer sepultados para siempre en la más tenebrosa oscuridad.

El historiador, que se encarga de redactar, bajo su responsabilidad, esos juicios llevados por una generacion entera, y frecuentemente por muchas generaciones sucesivas, no debe perder jamás de vista la importancia, la sublimidad de sus funciones, teniendo, á la vez, siempre presentes esos principios inmutables, por los que se juzgan la vida de los pueblos, como la de los individuos, sin dejar nunca de meditarlos, de profundizarlos en cuanto le sea posible, para formar sobre ellos la sólida base que deben tener sus irrevocables decisiones.

¡Historiadores! No son únicamente los individuos, nó, á los que llamais al severo tribunal de la opinion pública, son tambien á los pueblos, á las naciones, al mundo

entero. No es solamente la vida, que rápidamente vuela y desaparece como el humo, al menor soplo del viento, á la que debeis extender vuestros juicios, es tambien á la continuada memoria de esta vida que se prolonga sin fin.

Nuestra Religion divina incesantemente nos enseña, «que los historiadores nunca deben perder de vista el Código Sagrado de sus santas leyes, y sobre ellas formar la indestructible base de sus definitivas resoluciones.» Porque ¿cómo han de tener regla fija para juzgar las acciones humanas, si arrancan osadamente de éstas la realidad? ¿En dónde encontrarán la base de la verdad política, si á ésta le arrebatan la verdad moral? ¡Oh! Funestísimas consecuencias resultarian de aquí, porque, entonces, no habria razon, para preferir el orden á la más completa anarquía, ni la verdad al error, ni la divina luz á las más horrendas tinieblas!

Es altamente necesario, que el historiador rechace ese fatalismo salvaje, que destruye por completo la hermosa libertad del

hombre, y por consiguiente, la moralidad de las acciones humanas. Porque querer hoy levantar la formidable estatua de esa divinidad ciega y sanguinaria del *Jagrenat* de la India, no solamente seria demasiado retroceder, sinó que seria el mayor de los absurdos. Privado el hombre del libre alvedrio, que Dios le ha concedido, ya no hay distincion posible entre el vicio y la virtud, siendo lo mismo salvado ó condenado el hombre justo que el injusto, lo que no puede ser más ilógico ni más criminal. Sin embargo; el hombre permanece siempre bajo la alta y sábia direccion del Omnipotente. Ejecuta, dentro del círculo más ó menos extenso, trazado en torno suyo; pero cuando llega al límite, más allá del cual Dios le prohíbe pasar, se siente detenido por una fuerza superior, contra la que, en vano, pretendería luchar. Ni puede ser de otro modo, porque quien vá ser tan insensato que crea poder arrebatár al Creador Supremo el dominio que tiene sobre las criaturas, que Él mismo creó con la sola

eficacia de su palabra divina? ¿Quién es la miserable y débil criatura, para que pretenda escalar el cielo y trastornar los sublimes planes del Todopoderoso?

Debe, sí, el historiador tener siempre presentes esos grandes principios, esas excelentes máximas de verdadera humildad, mostrando á la vez, á los ojos de sus lectores, la divina Providencia, siempre tan solícita, siempre tan cuidadosa, siempre tan atenta á todo cuanto ocurre sobre la tierra. ¡Ah! Qué gran consuelo es para el débil el pensar, que si el mundo se bambolea, no tardará en afirmarse sobre su base, cualesquiera que sean los acontecimientos que le agiten! «El hombre se agita, pero Dios le guía,» dice el gran sábio Fenelon. Encontrándose el pueblo de Dios lleno de grandes miserias y agobiado de insoportables trabajos, en Egipto, bajo el fuerte yugo de la más cruel esclavitud, huyó con Moisés al desierto, cerca de Phihahiroth. Endurecido el insensible corazón de Fharaon, le persigue audazmente con una formidable ar-

mada. Como este se aproximase, los hijos de Israel alzaron los ojos, y al ver á los egipcios, se llenaron de terror. Por delante tenían el mar, por detrás un ejército numeroso y aguerrido, y por los lados inaccessibles montañas. En tan triste y tan espantosa situación, los hijos de Israel clamaron á Jehová, y digeron á Moisés: «No habia, por ventura, sepulcros en Egipto, que nos has sacado, para que muramos en el desierto? (1) Entonces Moisés enérgicamente les dice: «No temais porque hoy vereis resplandecer la misericordia infinita de vuestro Dios; los egipcios que hoy habeis visto, nunca más para siempre los vereis. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estareis tranquilos.» (2) Inmediatamente extiende su mano sobre el mar. Las aguas se tienen milagrosamente suspendidas á derecha é izquierda, como dos fuertes murallas. Los hijos de Israel mar-

(1) *Forsitan non erant sepulcra in Egipto, ideo tuliste nos..... Exod. cap. 14, v. 11.*

(2) *Nolite timere; state et videte..... Dominus pugnavit pro vobis, et vos tacebitis. Exod. 14, v. 13. y 14.*

chan sobre el mar, como sobre tierra firme. Faraon y su ejército se precipitan en su persecucion; pero instantáneamente se hace sentir el sublime y misterioso soplo del Omnipotente y son sepultados en los profundos abismos del mar. ¿Quién no observa, en este brevísimos resumen de la historia del mundo el divino dedo de la Providencia? Y quién puede dudar, siquiera por un momento, que al historiador pertenece el hacer notar este mismo dedo de Dios, que, aunque no siempre nos parezca ostensible, jamás nos abandona? ¡Qué gran consideracion es esta para llenar de consuelo y de santo júbilo al triste y al desgraciado! Qué saludable advertencia para los grandes de la tierra, los que despreciando la caridad y olvidándose de su pequeñez y de su miseria, olvidan tambien *que son polvo, y en polvo se han de convertir!*...

El historiador debe, en fin, referir los hechos con la fidelidad más concienzuda. De ningun modo le es permitido inventar, sino que, como un verdadero y fiel testigo,

está obligado á escribir los sucesos tales cuales son en realidad, dando siempre lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso. Al tener que juzgar hechos de alguna gravedad, no debe atender solamente á sus propios juicios, sinó á los de la opinion comun, la que debe fielmente interpretar, en cuanto le sea posible, para no caer en los grandes errores, en que muchos se han precipitado, por haber tenido la osadía de guiarse por sí mismos.

No se crea por esto, que pretendemos poner al historiador en el caso de un rutinario escribiente. Al historiador pertenece dar á sus palabras las más bellas formas, al expresar sus bien fundadas ideas. A él pertenece formar el cuadro, en donde se han recogido todos los sucesos. A él corresponde el estilo, esa rica variedad de colores, que impresionan mucho más que los sucesos mismos. ¿A quién no impresionan esos gritos del historiador, los que muchas veces se escapan de su alma apasionada? A él corresponde, en suma, las más profundas reflexiones que debe hacer sobre los

hechos, sus grandes y nobles pensamientos, su completa convicción, la que debe hacer pasar de su inteligencia á la de sus lectores, para que no sean envueltos en las funestas confusiones, que naturalmente produce la duda, por la falta de verdad en la narracion de los hechos, no apoyados en autoridades competentes.

El historiador que rechaza esas grandes máximas y esos inmutables principios, que nuestra Religion divina le prescribe, no cumple con su alta mision. Es imposible que llene el santo objeto de la historia, que no es otro que moralizar é instruir. Ahora bien; jamás podrá moralizar la duda, y mucho menos el error, en que se precipita el escritor, cuando carece de esa regla fija y absoluta que no se encuentra, sinó en el seno precioso de la Iglesia católica.

Instruir no es hundir, nó, á la inteligencia en un profundo mar de contradicciones; es enseñarla, sí, á comparar hechos verdaderos, principios ciertos y legítimos, para deducir consecuencias tambien ciertas y legítimas; es enseñarla á distinguir

el bien del mal, y á no confundir jamás la verdad con el error. «Y (1) ¿cómo se ha de afirmar, dice un célebre escritor, la inteligencia en un juicio absoluto sobre las cosas y sobre los hombres, si nó tiene más que una regla vaga, mal definida, sujeta á todos los debates de opiniones fluctuantes, de opiniones que los autores modifican siempre, según las circunstancias?—No es permitido á la escuela fatalista ni á la moralista apreciar el pasado y el presente: únicamente se les permite apreciarlos, cuando los llegan á dominar, es decir, cuando en vez de un criterium, que no puede ser sinó relativo ó arbitrario, se afirma un criterium inmutable y absoluto, el criterium religioso.» De estas grandes verdades, las que solo un demente podría negar, se desprende lógicamente la poderosa influencia que el Catolicismo ejerce en la única manera, con que debe escribirse la historia.

---

(1) L'auteur des *Grandeurs du Catholicisme*.

## ARTÍCULO XI.

**Elocuencia.—Su definición.—Su historia.—  
Influencia que en ella tiene el Catolicismo.  
—Elocuencia de las Santas Escrituras.**

Elocuencia es el arte de hablar de manera que se consigan los fines para que se habla, que son enseñar, mover, persuadir y vencer.—La historia de la elocuencia se remonta á los primeros tiempos de la creacion del mundo. El mismo Dios la enseñó á nuestros primeros padres, la continuaron Moisés y los Profetas; los Apóstoles y demás discípulos de Jesucristo la elevaron al más alto grado, brillando en las iglesias griega y latina, en que tanto la enaltecieron San Juan Crisóstomo, San Justino, los dos Gregorios, San Basilio, San Jerónimo, San Agustin y San Ambro-

sio. ¡Qué ideas tan sublimes, que elocuencia tan excelente y tan seductora observamos en los discursos magníficos de estos grandes apologistas cristianos! En los siglos medios, apesar de encontrarse envueltos en las tinieblas horribles de la ignorancia y de la barbarie, cultivaron con gran ventaja la elocuencia el insigne San Bernardo, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, que de tanta gloria y de tanto esplendor colmaron á aquellos tiempos memorables. En la edad moderna, la Iglesia, nuestra madre, no ha dejado, ni por un instante, de dedicar á sus más preclaros hijos al provechoso estudio de la elocuencia, cuyas obras admiran hoy al mundo civilizado. ¿A quién no asombran las *Oraciones fúnebres* del ilustre Bossuet? ¿A quien no arrebatan los *Diálogos sobre la elocuencia* del inmortal Fenelon? ¿A quién no encanta la *Cuaresma* del célebre Massillon? ¿Quién no lee con verdadero entusiasmo los elocuentes escritos del Cardenal Maury, las excelentes obras de Bourdalou y la *Retórica eclesiástica* de Fray Luis

de Granada? Y ¿cómo no recordar con júbilo á San Juan de la Cruz, á Cervantes, á Maldonado, á Sepúlveda, á Luis Vives, Cano, Victoria y otros tantos inmortales géneos españoles, que nos han legado copiosas y eminentes obras, que tanto engrandecen á nuestra pátria?

Sofistas de la época presente, no calumniéis más á nuestra santa fé, considerándola hostil á las bellas letras; porque (1) «de esta alianza bellísima de las letras con la fé, para mantener vivo su espíritu, brota sin pena un limpio manantial de risueñas inspiraciones. ¿Quién las podrá enumerar y encarecer? El solo nombre de Calderon bastaria para que admirásemos ese concierto suave y esa maravilla indecible del espíritu de piedad, esforzando el vuelo de los ingenios. El cielo del Señor con sus místicas revelaciones, el uno y otro hemisferio con los prodigios de naturaleza;

---

(1) Arbolí. — *Oracion fúnebre* de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles.

el mar de olas hinchadas por la cólera del Altísimo, ó de tranquilos espejos que dan paso al luminar de la noche; la elevacion de la montaña en que Dios suele hablar á sus profetas, y la profundidad de los valles en que discurren las brisas; el torbellino del mundo con sus funestos encantos y la esquividad y apartamiento de las selvas que convida á la plegaria... ¿habrá ni un sólo concepto, ni una sola inspiracion, ni un solo matiz en esa variada floresta de las musas, que no se haya interpretado mil veces por nuestros poetas y hablistas en provecho de la idea religiosa y del severo código del cristianismo?»

No, y mil veces nó, protestantes modernos: nunca, nunca el Catolicismo ha sido la rémora del génio, ni jamás se ha opuesto á los adelantos de la civilizacion del mundo, como atrevidamente decis. Contra esta injusta acusacion claman los sábios fines de su mision divina, el gran empuje que ha dado á los progresos de las ciencias y el ardiente amor que siempre ha profesado á las bellas letras. Recordad, sinó, la carta

del Soberano Pontífice Leon X á vuestro Príncipe protestante: «He amado siempre, dice, á los doctos y á las buenas letras; nació este amor conmigo, y la edad no ha hecho más que acrecentarlo, porque siempre ví que los que cultivan las letras son apegados de corazón á los dogmas de la fé, y que ellas son el ornamento y la gloria de la Iglesia católica.» (1) ¡Cuánto, cuánto ha sufrido nuestra Religion sacrosanta en pró de la civilizacion del mundo! San Gregorio Nazianceno, en contra del apóstata Juliano, con profundo dolor exclamaba: «¿Quién inspirarte pudo el pensamiento de prohibirnos el uso de las ciencias? Nada tengo más querido, despues de los intereses del cielo y de las esperanzas de la eternidad, y justo es que tome su partido y las defienda con todo el vigor de mi palabra y todo el fuego de mi pecho.» (2)

Nadie puede siquiera dudar la fuerza, el gran poder, el extraordinario dominio que

---

(1) Leon X, carta á Enrique VIII.

(2) S. Gregor. Naz., Discurso 4.º contra Juliano.

ejerce la palabra, ¿Quién ignora que por ella se han formado grandes imperios? ¿A quién debió Grecia su extension y su poderío sinó á la influencia de la palabra? No es por el pensamiento, sinó por la palabra, que Dios ha creado al mundo: *Dijo, y todo fué hecho* (1) Por la palabra, el hombre, formado á imágen y semejanza de Dios, ejerce sobre la creacion su autoridad soberana, domina y dirige los animales, y gobierna á sus semejantes... Un buen orador, un Demóstenes, un San Bernardo, un Fenelon, un Massillon puede conducir al pueblo más indócil con la misma facilidad que un escudero conduce á un caballo fogoso. Le habla con toda precaucion, le acaricia, le impone al mismo tiempo un freno saludable. Despues le dice: «¡Detente!» y se queda inmóvil; «¡avanza!» y se precipita; vuela más allá de los mares, á través de los más grandes peligros, prodiga tus riquezas y derrama tu sangre! ¡Tú perecerás, quizá,

(1) *Dixit et facta sunt.* Ps. 33, v. 9.

pero perecerás en la gloria! Y el pueblo atónito, enmudece, pronto á obedecer!....

La elocuencia tiene una virtud prodigiosa, casi divina. Es, segun mi modo de entender, el talento más grande que Dios, ha concedido al hombre. Teología, filosofía, historia, poesía, todo, todo se encuentra en la elocuencia. Es, puede decirse, todo el hombre, pues exige el ejercicio simultáneo de todas nuestras facultades.

Observémos á un buen orador, cautivando la multitud oprimida en torno suyo. Su imaginacion vivamente excitada, dá á los pensamientos las más bellas formas, los colores más seductores. Su palabra lenta y circunspecta en un principio, se parece al arroyuelo, que se escapa de su origen con dulces murmullos; pero poco á poco se fortifica hasta que adquiere su completo desarrollo, manifestándose, entonces, con todo su poder. Ora se asemeja á un rio magestuoso, que pasea sin ruido sus aguas bienhechoras en medio de fértiles campos; ora á un torrente que salta, y todo lo arrastra en su tumultuosa corriente.

El auditorio cautivado, cede á la menor impulsión de su palabra dominadora. Durante algun tiempo, reina tan gran silencio, que por no turbarle, cada uno parece haber contenido su respiracion. Inmediatamente se levanta de una extremidad del auditorio un ligero ruido aprobador, que muy pronto se comunica á la otra extremidad, como por un eléctrico movimiento. El orador sufre, á la vez, la reflexion de los movimientos que ha comunicado al auditorio. Su fuerza, ya tan grande, se multiplica... No es solo su elocuente palabra la que sirve para expresar sus sublimes y grandiosos pensamientos; su actitud, su ademán, su mirada, sus ojos centellantes, el sudor que corre por su frente, todo en él anuncia la conviccion, y contribuye á establecerla en el corazon de sus oyentes, los que arrebatados y profundamente conmovidos, derraman, muchas veces, abundantes lágrimas.

Nadie duda, que todo esto puede aplicarse al orador en general; pero nos hemos referido más particularmente al orador sa-

grado. Como hemos probado, ¿no es al Catolicismo, al que debe la elocuencia sus más grandes maravillas y todos sus asombrosos progresos? ¡Qué abundantes, qué útiles, qué numerosos, que importantes son los recursos que prodiga al orador nuestra Religión divina!

Esos grandes misterios, cuya firme creencia tanto importa á nuestra alma, esas verdades morales, que el orador sagrado desenvuelve, ¿no le aseguran indudablemente una superioridad incontestable sobre el orador profano? Este tendrá que tratar, alguna vez, asuntos de inmenso interés; pero en general, no defenderá, sinó miserables intereses, limitados á cierto lugar y tiempo. El orador católico es, pues, de todos los lugares y de todos los tiempos, porque las verdades que nos anuncia, conciernen á la humanidad entera.

¿Cómo se ha de encontrar el orador protestante en la misma posición que el orador católico, habiendo aquel rechazado atrevidamente un sin número de dógmas? Y qué dógmas, Dios eterno! Es la real pre-

sencia de Cristo en la Eucaristia, esa inagotable fuente de vivisimas emociones, ese gran misterio, que humilla, cada dia, la altura de los Cielos, coloca al justo sobre la tierra, y renueva bajo una forma no sangrienta el gran sacrificio de la Cruz! Es la que ha dado nacimiento al Salvador del mundo!...

¡Qué bellisimos cuadros, qué magnificas pinturas se presentan al orador acerca de esta excelsa hija de Nazaret! Séa que considerémos á esta Virgen purisima enriquecida con todas las virtudes, ante la que se prosterna el mundo, por ser el consuelo y el refugio de todos los que á Ella acuden con confianza. Séa que la admirémos en el establo, adorando con los pastores y magos á su divino Infante. Séa que la considerémos civilizando al mundo, y mezclándose en todas las obras que tienen su cumplimiento en las naciones cristianas: ora interviniendo en la Encarnacion del Verbo, en la Redencion de la humanidad y en la fundacion de la Santa Iglesia; ora asociándose á la regeneracion social de

los pueblos; ora escuchando con bondad la oracion del piloto amedrentado por la tempestad y calmando con su sonrisa el furor de las olas sublevadas... Séa que la admirémos con entusiasmo en el Calvario, orando al pié de la Cruz, y despues llevada por los Angeles á lo más alto de los Cielos, desde donde dirige miradas de misericordia sobre sus muy amados hijos... ¡Ah! Purísima María! exclamaré con el Evangelista: (1) *Sé una y mil veces bendita entre todas las mujeres! Salve llena de gracia, el Señor es contigo!* (2) *Muchas hijas reunieron riquezas, pero Tu las has excedido á todas,*» porque eres la fuente inagotable de los más ricos tesoros de bondad, de belleza y de misericordia, porque tu sola imágen es una elocuentísima enseñanza, y un manantial perenne de inefables consuelos y de alegrías sin fin!..

¡Qué bellísimos hechos encontramos tambien para el orador sagrado en la vida de los Santos! Y esos gloriosos mártires, con

---

(1) S. Luc. cap. I. v. 28.

(2) Provs. cap. XXXI. v. 29.

cuyo valor nada puede compararse; y esos anacoretas exhalando en áridos desiertos el rico perfume de sus virtudes; y esas tímidas vírgenes adornadas de todos los encantos de la inocencia y de la santidad, que se han elevado hasta el Cielo sobre las fuertes alas del amor divino!..

¡Nó, y mil veces nó! Es de todo punto imposible, que el orador protestante hable á sus hermanos extraviados acerca de esa *Iglesia que sufre*. No puede, nó, como el orador católico excitar la conmiseracion de los vivos en favor de los difuntos, en alivio de esas almas destinadas á los suplicios temporales, para que, escuchando sus oraciones y sus lágrimas la divina Justicia, se conviertan sus tormentos y suspiros en dulces cantos de eterna alegría!

Si los protestantes han roto esa hermosa unidad católica, la que reuniendo á todas las inteligencias humanas, y haciéndolas converger hácia un mismo centro con las inteligencias celestiales, nos dán la idea más bella que podemos tener de las magníficas armonías de la creacion; si todos

sus *truncados dogmas* se apoyan en la base frágil de esa funesta razon individual, ¿podrán enseñar, como teniendo autoridad, á ejemplo de Jesucristo? De ninguna manera. Discuten, sí, pero poniéndose en contradiccion con sus principios y hasta con su conciencia; arrebatando á la Iglesia su imponente autoridad, y comunicando á los incautos el resultado incierto de todas sus discusiones. Su falsa y satánica enseñanza no puede compararse, nó, con la verdadera, magestuosa y divina enseñanza católica, la que cayendo desde lo más alto de los Cielos sobre el corazon del hombre, produce en él los más profundos, los más consolantes, los más dulces sentimientos!

En la cátedra protestante, no apoyándose esta sinó en la ruinoso base del orgullo, no puede verse sinó al hombre soberbio. La Religion católica ha elevado la elocuencia no solamente á una tribuna, sinó á un trono, y este trono es la cátedra cristiana, á la que Dios ha dado por fundamento la fé y la humildad. Allí se encuentra el sacerdote católico, como suspendido entre el

Cielo y la tierra, para oír la palabra divina y repetirla á su pueblo. En aquel lugar sagrado, no vemos al hombre; allí solo vemos al ministro del Evangelio, «porque las palabras que pronuncia, no son verdaderamente tuyas, sino de Jesucristo que le envió.» *Verba mea non sunt mea, sed ejus qui misit me.* Lo que enseña en el santo y magestuoso templo, en donde todo contribuye á exaltar su imaginacion, la que produce vivos y magníficos colores, para conmover á su auditorio, es enseñado al mismo tiempo en todos los pueblos del mundo; lo que repite hoy, se ha dicho en todas las edades. Con los Evangelistas y los Apóstoles enseña la divina moral de nuestro adorable Salvador; con los Profetas anuncia el venturoso ó funesto porvenir de los pueblos, segun que estos amen ó desprecien á su Creador Supremo; con los Patriarcas hace aprender al hombre, que esta vida, tan limitada y tan miserable, es una durísima peregrinacion, á la que solamente puede dulcificar la esperanza en la vida eterna.

. . . . . I. . . . . (1) .

Es indudable, que en las Sagradas Escrituras encuentra el orador innumerables y abundantísimas fuentes de la más pura elocuencia. Oradores: ¿quereis hablar á la inteligencia humana? ¿Pretendeis adornar vuestros elocuentes discursos de esos profundos, sublimes y magníficos pensamientos que admiran al auditorio? Estudiad detenidamente las Santas Escrituras, y no pasaréis una sola página, sin haber antes admirado muchos pensamientos elevados, enérgicos, sublimes, porque ni una sola página hay, donde no se encuentre un objeto grande, conmovedor, impresionable, maravilloso, presentado por el mismo Dios. Ni un solo tratado de literatura habrá, quizá, en donde no se haga admirar la belleza de estos grandiosos pensamientos: *Dios dijo: Hágase la luz; y la luz fué hecha* (1). *El es el que es.—El Cielo es su trono, y la tierra sirve de escabel á sus*

---

(1) Genes. cap. I.

piés.—*La tierra enmudece en su presencia!*... ¡Qué pensamientos tan admirables, tan grandes y tan profundos encontrareis también en esos saludables preceptos, que encierra la preciosa y noble virtud de la caridad!

En la Santa Biblia es en donde se hallan grabados esos dramas divinos, cuyo resorte parte de los Cielos, y que reaniman y conmueven profundamente nuestro corazón. ¿Quién puede leer, sin emocionarse, la admirable historia de Joseph, hijo de Jacob? Con dificultad se pueden contener las lágrimas, cuando al meditar este tierno pasaje bíblico, nos creemos verle enjugar las suyas, y sobre todo, cuando nos imaginamos oírle exclamar: *Yo soy Joseph. ¿Mi padre vive aún? Yo soy Joseph vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto.* (1) Este bellissimo lugar de la Escritura hacia llorar de admiración al mismo Voltaire, él que,

---

(1) Genes. cap. 45.

aunque no leia la Biblia con los ojos de la fé católica, decia: «Yo os confieso que la magestad de las Escrituras me asombra, la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: cuán pequeños son al lado de este!»

Esos gritos del Profeta, él que parece haber igualado las lamentaciones á las calamidades, ¿no resuenan en todos los corazones? Cuando se vé á la señora de las naciones, en otro tiempo, tan populosa, y despues convertida en un árido desierto; cuando se oyen á los sacerdotes y á las virgenes gemir dia y noche, á los tiernos niños pedir, llorando, un poco de pan y sin poder obtenerle, exclamamos instantáneamente con Jeremias: «¿Quién dará á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar los infortunios de Jerusalem?» Sí, en las Sagradas Escrituras encontramos todo cuanto puede conmover nuestro corazon. En ese bellissimo libro se halla impregnado ese fuego santo y divino que nuestro Redentor llevó sobre la tierra, para unir es-

trechamente á todos los hombres; en él admirámos con gran entusiasmo los sentimientos más tiernos, más dulces, más consolantes y más enérgicos que puede experimentar el corazón humano. Oradores: si alguna vez, os teneis que dirigir, á los que están abrumados bajo el peso del odio y de la maldicion de los hombres, hacedles oír este precioso y magnífico lenguaje de la Santa Escritura: *Vosotros sois dichosos, aunque os maldigan, aunque os persigan, aunque digan toda especie de mal contra vosotros. Regocijaos entonces, y saltad de alegría, porque una gran recompensa os está reservada en el Cielo.* ¿Quién no ha leído con la más profunda ternura la parábola del *hijo pródigo*, olvidando entre los brazos paternos, sus excesivos extravíos y su vida llena de dissolution?....

El lenguaje, esa belleza de expresion que observámos en la Santa Biblia, nos admira y entusiasma. ¡Qué relato tan conciso, qué precision, qué viveza, qué majestad encontrámos en el sagrado libro del Pentateuco! ¡Qué esplendor, que elevacion en

los Profetas! ¡Qué fuerza, qué energía tan incomparable, qué aspiraciones tan sublimes en el magnífico libro de los Salmos! ¡Quién no admira las seductoras bellezas, unidas á la encantadora sencillez del Evangelio, como la grandeza tan imponente de las Epístolas? ¿A quién no asombra, á quién no conmueve y encanta el interesante relato del Apocalipsis?—Afirmámos, por último, que si los Padres de la Iglesia han tenido un estilo grandioso, arrebatador y magestuoso, es porque se dedicaron al estudio de la Escritura, impregnándose de su magnífico lenguaje. El esplendor que admirámos en su precioso estilo, es muchas veces un reflejo de la Escritura santa. Lo mismo observámos en todos nuestros más notables maestros de literatura: á la Sagrada Biblia es á la que deben su estilo no menos elevado que sus pensamientos. «Suprimid la Biblia con la imaginacion, decia un ilustre académico, y habreis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habreis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos

atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.» (1)

Lo que hemos dicho del orador, puede aplicarse muy bien al escritor; pues en la elocuencia escrita tambien influye poderosamente nuestra santa Religion. Leámos á nuestros grandes apologistas antiguos y modernos, á todos los que se han dedicado al estudio de las bellas letras al abrigo del Catolicismo: ¡cuánta precision, cuánta grandeza, cuánta sublimidad encontramos en sus pensamientos! ¡Qué fuerza, qué energia, qué elocuencia tan arrebatadora en sus palabras, para llevar sus pensamientos hasta las extremidades de la tierra y hasta la más alejada posteridad! ¡Cómo admiran y entusiasman al mundo esos eminentes escritores, cuando tratan un asunto universal!!

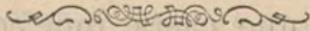
Algunas veces, tambien nos enseñan en particular, si así podemos expresarnos. Entonces, hablan á nuestro corazon, como un

---

(1) Valdegamas.—Discurso de recepcion en la Real Academia española.

buen amigo habla á su verdadero amigo: Tales son las *Cartas espirituales* del memorable Fenelon. ¡Cómo nos deleita, cómo nos encanta y seduce su amable y dulce sencillez! Pero en este género de elocuencia nada hay que iguale al precioso libro de la *Imitacion de Jesucristo*. ¡Qué libro tan bello tan encantador y tan divino! ¡Qué union tan inexplicable se encuentra en él!... Que nos muestre la incredulidad, si fuera del Catolicismo hay algo escrito, no digo que pueda comparársele, sinó que con él tenga alguna semejanza. No es posible leer una página, sin emocionarse. Hé aquí una reflexion, que ha sido hecha antes por muchos: «¿Cómo en la Edad Media, cuando la inteligencia estaba sin cultura, y el corazon entregado completamente á las más groseras pasiones, un solitario ha encontrado esa medida de expresion, ese perfecto conocimiento del hombre, que admira hoy al maestro más hábil en la vida espiritual? Quién le habia enseñado esos misterios de la elocuencia y del corazon?» Nuestra santa fé católica, respondemos

con júbilo y entusiasmo. ¡Sí! esa fé viva, ardiente y divina que ha salvado, que ha ilustrado altamente al mundo! (1) ¡Sí! lo decimos con profunda convicción: ese grandioso y magnífico libro es la prueba más clara, más decisiva y más convincente de la divinidad de nuestra sacrosanta Religion y de la poderosísima influencia que esta divina Maestra ejerce en la elocuencia.



---

(1) *Hæc est victoria, quæ vincit mundum: fides nostra. Epist. B. Joannis. Ap. — 5. — 4*

## ARTÍCULO XII.

**Influencia del Catolicismo en la poesía.—La  
poesía bíblica es superior á la pagana. (1)**

Ignoro en qué se funden los incrédulos, cuando en vano pretenden sostener, que el Catolicismo es hostil á la poesía. ¡Qué error! Que quiten la Religion cristiana, é inmediatamente cortarán las alas al génio del poeta, él que caerá, indefectiblemente envuelto, en las angustiosas abominaciones de este mundo, tan lleno de abyeccion y de miseria. Todo se engrandece, por el con-

---

(1) En el arreglo de estos artículos y de los siguientes me ha servido mucho una obra titulada *Le génie du Catholicisme*, de donde he tomado la mayor parte de los principales testimonios, aunque en diferente forma.

trario, y el horizonte se despeja y se extiende sin límites, á sus ojos, en la inmensidad de Dios, teniendo por fundamento y por guía la fé, esa fé viva, unida á la caridad, que es ese amor puro, que sustenta y eleva el corazon del hombre á las regiones celestiales. Nadie de sano juicio podrá negarme esta verdad tan inconcusa, que no hay medio de combatirla; pero algunos, arrastrados por las violentas y arrebatadoras corrientes de su razon extraviada, se atreven á sostener, que la mitología pagana era más favorable á la poesía que nuestra Religion santa. Nó, y mil veces nó! Se equivocan miserablemente los que piensan tal absurdo! Cuanto más completa es la Religion, ¿no encontramos más verdad en sus misterios, en su moral y en su culto? ¿No es más favorable al talento poético, como á cualquier otro talento? Dios no dá jamás el error por alimento al génio. Decir lo contrario, es blasfemar; es ridiculizar y ofender altamente á la Divinidad. Nunca es ventajosa la mentira, mientras que la verdad en

todo tiene una virtud secreta, que nada podrá reemplazarla, por proceder de Dios mismo.

Se ha dicho con bastante fundamento, que jamás se ha hecho bien la descripción de la morada de los bienaventurados. El gran Apostol nos dá la principal razon, cuando afirma, «que somos incapaces de concebir nada que pueda compararse con las recompensas celestiales.» Sin embargo, si algo nos puede dar una imperfecta idea de esa magnífica y eterna mansion, tan inaccesible á nuestra limitada inteligencia, es indudablemente nuestra santa fé católica. Leámos lo que á este propósito ha dicho un *creyente*, precisamente cuando se habia debilitado en él la fé divina, primera causa de su gloria y de su poder: «Yo veía como un Océano inmóvil, inmenso, infinito; y en este Océano tres Océanos: un Océano de fuerza, un Océano de luz, un Océano de vida; y estos tres Océanos, penetrándose sin confundirse, formaban un mismo Océano, una misma unidad indivisible, absoluta, eterna. Y es-

ta unidad era Aquel que es; y en el fondo de su sér, un inefable nudo ligaba entre sí tres personas que me fueron nombradas, y sus nombres eran el Padre, el Hijo y el Espíritu; y allí habia una generacion misteriosa, un soplo misterioso, viviente, fecundo, y el Padre y el Hijo y el Espíritu eran Aquel que es. Y el Padre me apareció como un poder, que dentro del Sér infinito, uno con él, no hay más que un solo acto, permanente, completo, ilimitado, que es el mismo Sér infinito. Y el Hijo me apareció como una palabra permanente, completa, ilimitada, que dicta lo que obra el poder del Padre, lo que es, lo que es el Sér infinito. Y el Espíritu me aparecia como amor, como efusion, como inspiracion mútua entre el Padre y el Hijo, animándoles de una vida comun, animándoles de una vida permanente, completa, ilimitada, el Sér infinito. Y estos tres eran uno, y estos tres eran Dios, y se abrazaban y se unian bajo el impenetrable santuario de la sustancia una; y este abrazo, esta union se realizaba en el seno de la in-

mensidad, de la eterna alegría, del eterno goce de Aquel que es.

Y en las profundidades de este Océano del sér, nadaba y flotaba y se dilataba la creacion á la manera de una isla, que incessantemente dilataria sus riberas en medio de un mar sin límites. Se esparcía como una flor, que lanza sus raíces en las aguas, y que extiende sus largos tallos y corolas por la superficie. Y yo veía encadenados unos séres con otros; y les veía producirse y desarrollarse en su innumerable variedad, alimentándose de una sávia que jamás se agota, de la fuerza, de la luz y de la vida de Aquel que es. Y todo lo que hasta entonces estaba para mí oculto, se descubría á mis miradas, que no se detenían ante la cubierta material de las esencias. Desligado de las trabas terrestres, me iba de mundo en mundo, como aquí bajo el espíritu vá de un pensamiento á otro pensamiento; y despues de estar hundido, perdido en esas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, me hundía, me perdía en el mismo origen del amor, de la sabiduría y del po-

der. Y sentia todo lo que es la pátria; y me saciaba de luz, y mi alma arrebatada por las olas de la armonía, se dormía sobre las celestes hondas, en un indecible éxtasis.

Y despues, yo veia al Cristo á la derecha de su Padre, resplandeciendo de una gloria inmortal. Y le veia tambien como un cordero místico, inmolado sobre un altar: diez mil ángeles y todos los hombres rescatados con su sangre le rodeaban, y cantando sus alabanzas, le daban gracias en el lenguaje de los cielos. Y una gota de sangre del Cordero caia sobre la naturaleza lánguida y enferma, y la ví trasfigurarse; y todas las criaturas que encierra, palpitaron una nueva vida, y todas elevaron la voz, y esta voz decia: Santo, santo, santo es El que ha destruido el mal y ha vencido la muerte.

Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino, y los cielos en silencio se estremecian.»

Comparémos únicamente estas últimas

palabras con el verso siguiente, tan justamente ponderado: *Annuít et totum nutu tremefecit Olympum* (1). ¡Qué gran diferencia! Encontraríamos, quizá, la misma belleza de imagen y de expresión; pero ¿cómo encontrar la misma elevación y la misma rectitud de pensamiento?

Aun este mismo verso *Annuít...* que es de los más selectos de la poesía pagana, ¿cómo conciliarlo con el *Respicit terram, et facit eam tremere*.—*Montes sicut cera fluxerunt à facie ejus*.—*Tangit montes, et fumigant* del inspirado David? ¿Cómo comparar nunca las alabanzas, que Virgilio dirige á Augusto con el magnífico cántico del grande historiador, del divino poeta Moisés, cuando dá gracias al Dios de Israel, después de haber pasado el mar Rojo? Así canta Moisés: *Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem...* Un solo hálito de su boca bastó, para que fueran sepultados en el mar Faraon y su ejército, los que perseguían al pueblo de Dios para

---

(1) Este verso lo tomó Virgilio de Homero.

destrózarle: *Flavit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus* (1). Un insigne poeta, uno de nuestros más distinguidos é ilustrados académicos romanceó los anteriores versos en la forma siguiente:

«Iré, dijo el contrario en su locura,  
Caerá en mis garras el inicuo bando:  
Repartiré el botín, y hasta la hartura,  
henchido ya, la espada desnudando,  
Mi mano le dará muerte segura;  
Pero, Vos, ¡oh Señor! un soplo dando...  
Tragóselos la mar; se hundieron como  
En las revueltas aguas se hunde el plomo.»

¿Cómo comparar el poder del Dios Júpiter, cuando el poeta Ovidio le presenta, lanzando rayos sobre los Titanes, que escalan el cielo, para hacerle una guerra feroz, *Tunc pater omnipotens misso perfregit Olympum.—Fulmine et escusit subjecto Pelio Ossam* (2), con la sublimidad y la grandeza del Dios de David, que se rie de sus enemi-

(1) Eyod. cap. XVII v. 9 y 10.

(2) Metamorph, lib. I. versiculos 153 y 154.

gos, *Qui habitat in cælis irridebit eos: et Dominus subsanabit eos*, y que destruye, no solo al impío, sino hasta el lugar en donde soberbio se levantaba? *Vidi impium superexaltatum et elevatum sicut cedros Libani: —Et transivi, et ecce non erat: et quæsi eum, et non est inventus locus ejus.* (1).

¿Cómo igualar al Dios de Moisés, de David, de los Profetas y de los Apóstoles, que es nuestro verdadero Dios y Señor, con esas estúpidas divinidades del paganismo? ¿Cómo ofrecer el incienso de la poesía á esa turba de dioses sanguinarios, falsos profetas, impúdicos, que no se ocupan sino de engañar, y que excitan la risa hasta á los niños? ¿Cómo podrá un poeta inspirarse en esa afinidad irritante y escandalosa, que se encuentra entre el Cielo y el infierno de los paganos? ¿Podrán, acaso, conciliarse el mal y el bien, el vicio y la virtud, el error y la verdad? ¡Imposible! Pues tampoco puede haber afinidad entre el Cie-

---

(1) Ps 36. vs. 35 y 36.

lo y el infierno. Aquel fué formado por Dios para morada de los ángeles, de los santos y de los justos. Este le formó el pecado... Un Arcángel soberbio cayó desde lo más alto de los Cielos hasta lo más profundo de los abismos infernales, por haberse revelado contra el Omnipotente, y con el rebote de su caída inconmensurable, se estremeció el mundo, que su divino Autor acababa de crear; él que su Hijo unigénito se apresuró á afirmar fuertemente, muriendo en una afrentada *Cruz*, para regenerarle y salvarle.

La grandeza del Supremo Señor de Cielos y tierra no puede conciliarse nunca con la nada de esa miserable divinidad pagana, que, según Lista, «suponíase dividida entre los grandes señores del Olimpo, como la soberanía en el régimen feudal.» El Dios de la Biblia, el Dios del Catolicismo abraza y domina al universo entero, bastándole una sola palabra para crearle: *Dixit, et facta sunt.*—*Fiat lux, et facta est lux.* La bellísima pintura, que en el salmo 103 hace el divino poeta David, él que, al contemplar la

naturaleza, dirige á su Autor Supremo bendiciones y alabanzas, dice muy alto, que jamás podrá conciliarse la poesía artificiosa y *desierta de ideas* del paganismo con la grandeza, la magnificencia y la sublimidad de la poesía bíblica. Así canta el inspirado David: *Benedic, anima mea, Domino: Domine Deus meus, magnificatus est vehementer... Extendens cælum sicut pellem: qui tegis aquis superiora ejus.—Qui ponis nubem ascensum tuum: qui ambulas super pennas ventorum.—Qui facis ángeles tuos...* Uno de nuestros ilustres académicos tradujo este grandioso y magnífico salmo, en el siguiente verso:

1. «¡Oh cuán engrandecido  
Yo te encuentro, mi Dios, en la creacion!  
De gloria y magestad te ves henchido.
2. Cubierto de la luz, cual de un vestido,  
Los cielos extendiste en pabellon.
3. Poblado has sus alturas  
Con aguas, y las nubes  
Son el carro en que subes,  
Y en alas de los vientos te apresuras.
4. A tus ángeles haces  
Como el viento fugaces;

Y como activo fuego  
A tus ministros, que te sirven luego.

5. La tierra cimentaste  
Sobre tu propia base, tan potente,  
Que no se ha de inclinar eternamente.

6. Cual velo, los abismos  
De las aguas, cubríanla en redor:  
Sobre los montes mismos  
Alzaban su oleaje bramador.

7. Y al increparlas Tú, precipitadas,  
En fuga se despeñan,  
A la voz de tu trueno amedrentadas.

8. Y van formando montes,  
O ya valles profundos,  
Hasta hundirse en sus senos infecundos.

9. Tu mano las encierra  
Con límites que no traspasarán;  
Para inundar la tierra  
Jamás se tornarán.»

«¿No es verdad que es un Dios magnífico el que llama á la luz para que le sirva de trage; que extiende los cielos como quien desdobra una tela; que asienta el globo sobre base firmísima; que ahonda el cauce de los mares y los condena á mugir en él eternamente? Sí, todo esto es sublime, y tanto más sublime, cuanto que todo es sábio: llena el entendimiento y exalta la

imaginación, porque es la viva luz de la verdad, que se deja traducir por el arte, comunicándole sus eternos resplandores.» (1)

Nada hay comparable con la fuerza y energía del siguiente pasaje de la Biblia, en que el Espíritu Santo, hablando el lenguaje de los hombres, nos representa al Omnipotente irritado contra la culpable humanidad: «Su cólera ha subido como un torbellino de humo, su rostro ha aparecido como la llama, y su enojo como un fuego ardiente. *El* ha hecho que bajen los Cielos; *El* ha descendido, y las nubes estaban bajo sus piés; *El* ha tomado su vuelo sobre las alas de los querubines; *El* se ha balanceado sobre los vientos. Las nubes amontonadas, formaban en torno suyo un pabellon de tinieblas: el resplandor de su rostro las ha disipado, y una nube de fuego ha

---

(1) Este bello pasaje con la poesía anterior, le he tomado de unas hojas sueltas que encontré entre mis libros; y no cito el nombre de su autor, por no haber podido hallar la primera hoja de su discurso.

caído de su seno. El señor ha hecho tronar desde lo alto de los Cielos; el Todopoderoso ha hecho oír su voz; su voz ha estallado como una tempestad abrasadora. *El* ha lanzado sus flechas, y ha disipado mis enemigos; *El* ha redoblado sus rayos, los que les han destruido. Entonces las aguas han sido descubiertas en sus fuentes, los fundamentos de la tierra han aparecido al descubierto, porque les habeis amenazado, Señor, y ellos han sentido el soplo de vuestra cólera.»

Si el anterior pasaje es rico en grandeza, sublimidad y magnificencia, no lo es menos el siguiente, en que David, dirigiéndose á todos los hombres, los llama viva y enérgicamente al reconocimiento que deben tener al verdadero Dios: «Naciones del universo, dice, alabad todas al Señor; escuchadme todos los que habitais los tiempos. El Señor es bueno para todos los hombres, y su misericordia se derrama sobre todas sus obras. Su reino abraza todos los siglos y todas las generaciones. Pueblos de la tierra, lanzad hácia Dios gritos de ale-

gría, cantad himnos á la gloria de su nombre, celebrad su grandeza por medio de vuestros cánticos... Que estas páginas sean escritas por las generaciones futuras, y los pueblos que aun no existen, bendecirán al Señor.»

Ese enérgico llamamiento á la verdadera luz, ese ferviente voto, que espontáneamente brota del ardiente y puro corazón del divino poeta, resplandece en todas sus grandiosas y sublimes composiciones.—Faltan, pues, miserablemente á la verdad los incrédulos, cuando pretenden sostener, que la poesía pagana es superior á la poesía bíblica. Esto es imposible, porque los poetas del paganismo se inspiran en una divinidad ciega, extravagante y absurda, mientras que los poetas de la Sagrada Biblia se inspiran en un Dios sapientísimo, inmenso, omnipotente, infinito...; sus cantos participan de la eternidad; los inflamados acentos, confiados á las cuerdas de su lira divina, retumban en el universo entero, y todos los poetas de las naciones católicas, beben, sin jamás en-

contrar hartura, en esas inagotables fuentes, en las que el Altísimo ha derramado su luz infinita; las que con entusiasmo admiran, y de las que no pueden menos de compararse los poetas anticristianos. ¿A quién debe el célebre lírico Rousseau una gran parte de su gloria sinó á los magníficos sálmos de David? ¿Quién no lee con admiración estas bellas y magestuosas estrofas, aunque es una poesía muy inferior al original, de donde la sacó el mismo Rousseau?

Les cieux instruisent la terre

A révérer leur auteur:

Tout ce que leur globe enserre

Célèbre un Dieu createur.

Sería demasiado prolijo tratar aquí de todas las grandes composiciones, cuyos autores se han inspirado en las Sagradas Escrituras. Todas esas concepciones gigantescas que encontramos en la *Divina Comedia*, en el *Paraiso Perdido*, en la *Jerusalem Libertada*, en *Pablo y Virginia*, en el *Telmaco*, y otras muchas obras que pudiera citar, ¿de dónde han brotado sinó de los ricos y perennes manantiales de verdad,

de esplendor, de belleza y de magnificencia que encierra la Santa Biblia? Con razón decía nuestro *Donoso*, «que la Biblia es un libro, donde leemos todos los días, leemos todas las noches, y nunca se acaba su lectura.» «Suprimid la Biblia con la imaginación, añadía nuestro ilustre literato, y decidnos qué queda grande, espiritual y bello en la literatura de los últimos veinte siglos.» «Hasta en Filosofía, en las artes, en las lenguas, en toda intelectual cultura, dice Schlegel, ha sido grande la influencia de la Biblia, respecto de todos los pueblos cristianos.» «¡Cuánto más debió serlo en la poesía con su carácter hermosamente figurado y profundamente simbólico!» (1)

Si recorremos una por una las composiciones de los poetas católicos, observaremos, que todos se han inspirado en las Sagradas Escrituras. Así es, que unos son enérgicos y profundos, queriendo imitar á Moisés, cuando pinta á nuestro Dios Omnipotente y Creador; otros son grandiosos y

(1) Chateaubriand.

á la vez, humildes, procurando imitar á David, cuando tan admirablemente describe la magnificencia y la misericordia del Señor de Cielos y tierra; otros se muestran fúnebres y dolientes, para imitar á Job, cuando tan de cerca toca la divina Justicia; otros son trágicos y sublimes, para imitar á Jeremías, al ver las espantosas ruinas de su muy amada Jerusalen; otros, en fin, aparecen sentimentales y dulces, para imitar á Isaías, cuando anunciaba las humillaciones y los más crueles tormentos, que habia de sufrir el divino Redentor del género humano.

Todo es grande, magnífico y sublime en la Santa Escritura, pero el más extraordinario de sus libros, respecto al pensamiento y á la expresion, es, sin disputa, el Apocalipsis, en donde nos imaginamos sentir «que la tierra se humilla, que un lado del mundo se hunde, y que el Omnipotente se avanza, para absorberlo todo en su inmensidad y reinar solo eternamente:» *Et princeps regum terræ... Et fecit nos regnum... ipsi gloria et imperium in secula secu-*

*lorum... Ecce venit cum nubibus... Ego sum alpha et omega, principium et finis, dicit Dominus Deus: qui est, et qui erat, et qui venturus est, Omnipotens.* (1) Con lo grandioso de estos versículos nada hay comparable, ni aún los tan ponderados versos que leemos en la entrada del *Averno* de Virgilio: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram...* (2) Este pasaje tan bello y tan patético, le ha imitado perfectamente con su extraordinario génio el Dante en la famosa inscripción, que se lee en la puerta de la entrada de su *Infierno*, concebida en estos bellísimos versos:

Per me si va nella città dolente,  
 Per me si va nell' eterno dolore,  
 Per me si va tra la perduta gente.

.....  
 Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.

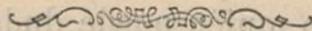
Todo el que léa ámbas poesías, observará las mismas bellezas en el poeta latino, que en el poeta italiano. «En esos tres *per*

(1) Apocalipsis, cap. 1.

(2) Eneid. libro 6.<sup>o</sup>

*me si va*, dice un sabio escritor, (1) se cree sentir el hielo de la agonía del cristiano. El *lasciate ogni speranza* es comparable al más grande rasgo del *infierno* de Virgilio.» Pero todas esas palabras, por muy fuertes y terribles que sean, ¿cómo compararlas con las que el divino Juez pronunciará en el día del Juicio, contra los réprobos, las que les precipitarán hasta el fondo del infierno: *Discedite a me, maledicti, in ignem æternum?* (2)

No puede haber comparacion, nó, entre la poesía pagana y la bella y sublime poesía de la Biblia, como no puede haberla entre la inteligencia del hombre y la inteligencia infinita, ni entre la sombra de verdad y la verdad misma, que es Dios.



(1) Chateaubriand.

(2) Math, 25-41.

### ARTÍCULO XIII.

#### SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**Nuevos medios de inspiracion, que el Catolicismo ofrece al poeta. — Peligros á que este se expone, abandonado á si mismo.**

Se engañan muchos, en verdad, al creer, que el Catolicismo, encerrado en su santuario, no se ocupa sinó de la salvacion de las almas, y que fuera de este importante asunto, su accion es completamente nula. Es evidente, que el Catolicismo santifica las almas, por ser esta su principal mision; pero ¿quién puede dudar siquiera, que realiza esta santificacion de una manera grande, fuerte, enérgica, sublime, que exalta todas las facultades del hombre? Colocado en el centro de la tierra, para elevar hasta Dios los homenajes de los hom-

bres, entre los que distribuye con equidad las bendiciones celestiales, nos muestra los justos premios de la eterna felicidad, y á la vez, los justos castigos de la eterna desventura. ¡Ah! ¡Qué vastísimo campo para el genio del poeta! ¡Qué asuntos tan grandiosos y tan sublimes presenta á sus meditaciones nuestra Religion divina!

Es indudable, que nuestro purgatorio, que ese lugar de purificacion, en donde las almas se limpian de toda lijera mancha, es un gran medio de inspiracion, que el Catholicismo ofrece al genio del poeta. ¿Quién no se entusiasma, al meditar sobre ese lugar de temporal expiacion, él que tan perfectamente reconcilia la justicia y la misericordia, esos dos atributos divinos, opuestos tan solo en apariencia? Es evidente y satisfactoria para la razon esa escala de sufrimientos, proporcionados á todos los extravíos de las almas, las que sufren, segun el lugar que ocupan entre la doble eternidad de las penas y de los goces. Nuestros suspiros, nuestras lágrimas, nuestras oraciones, todas nuestras buenas obras

son las que suben desde la tierra al Cielo, para que una vez purificadas, se vayan, sonriendo con los Angeles, á la mansion de los justos...

Poetas modernos: ¿no os impresiona ver esa solicitud, ese vivisimo y santo fervor, con que el buen hijo se inclina, llorando, sobre la tumba de su padre querido, la madre sobre la de su amado hijo, el amigo sobre la de su amigo? ¡Vates de la tierra! haced resonar, en este concepto divino, vuestros dulces y melodiosos acentos! ¡Cantad el dolor de vuestros hermanos, vuestro propio dolor! ¡Dejad ya esos cantos profanos, que han manchado la resplandeciente pureza de esas almas, que hoy expian un instante de placeres culpables por un siglo de horrosos tormentos! ¡Lanzad sobre vuestra lira el velo del dolor! ¡Que vuestra piadosa armonía suba hasta el Cielo sobre las alas santas de la oracion, para aplacar la cólera divina, tan justamente irritada contra vosotros!

La naturaleza es otro medio de inspiracion para el poeta, si la considera tal como

nos la representa nuestra Religión divina. Poetas incrédulos: ¿no veis aparecer esa tierra tan llena de verdor, de frescura y de vida á la voz del Creador Supremo? El rey de la naturaleza, el hombre desobedece á la absoluta voluntad de Dios, y todo cambia instantáneamente. El Señor, en justo castigo de la desobediencia de nuestros primeros padres, maldice la tierra, cubriéndola de espinas y abrojos; á los animales que habia creado para embellecerla, les hace esparcir por todas partes el terror y el espanto; condena al hombre á comer el pan con el sudor de su frente en este valle de lágrimas; á la mujer, á ese bello sér de la naturaleza, la condena á parir con dolor *in dolore paries filios* á los que deben prolongar su desgraciada existencia. La tierra se vé enrojecida por la sangre de Abel, á causa del cruel fratricidio de su pérfido hermano Cain. Entonces empieza la muerte á cometer sus horrorosos estragos. No son los crímenes de algunos individuos, los que muy pronto manchen la tierra; la perversidad es general, y recla-

mando una resplandeciente justicia, parece la humanidad en las aguas del *diluvio*, salvándose Noé con su familia, por causa de su virtud. Los hijos de Noé vuelven á poblar el globo, y le llenan de crímenes, de abjeccion y de miseria. Ya no es la justicia; es la misericordia la que se propone regenerar la tierra. ¡Los Cielos se humillan, tomando carne el Verbo divino en las purísimas entrañas de una *Virgen*! Instantáneamente, se llena el mundo de esplendor y de santidad, porque el Hijo de Dios ha sufrido por rescatarle injurias, dolores sin fin y la más afrentosa muerte de cruz. Del pié inquebrantable de esta cruz sublime, parten sus discípulos, encargados de continuar su altísima misión: es nuestra santa Iglesia, que se desarrolla y se extiende de la manera más admirable. Tan antigua como el hombre, esta Madre divina debe acompañarle hasta el fin, en su peregrinación sobre la tierra. ¡Qué sucesos tan considerables y tan prodigiosos suscita, por todos lados, tan excelente Maestra! ¡Qué personajes tan notables y tan admirables ha-

ce aparecer en la escena del mundo! Son los Patriarcas, conservando aún una sombra de esa inmortalidad, que debía ser la justa recompensa del hombre sin pecado. Son los Profetas, ante cuyos ojos se descubre lo venidero. Son todos nuestros Mártires, llevando con extraordinaria intrepidez la palma de la victoria. Son nuestros Caballeros sin temor y sin ningun género de tacha... ¡Cuán pequeños nos parecen esos héroes, esos dioses del paganismo ante nuestros héroes cristianos! Ajax huía, y temblaba en la presencia de Héctor, él que también huía y temblaba delante de Aquiles; pero el ménos afamado de nuestros Caballeros jamás huyó ni tembló delante del más temible adversario, ni aun en presencia de la muerte. Sí, lo decimos muy alto: el guerrero católico es superior á todos los demás guerreros, porque tiene por sólido fundamento las virtudes de la fé cristiana!

No hay duda, que los poetas paganos han hecho todo cuanto es posible en lo humano, al escribir tan bellas cosas acerca de sus divinidades; pero todas estas cosas, por

muy bellas que sean, ¿dejan algo interesante en el fondo del corazón? ¿Qué resulta de todas esas *grandes* bellezas para nuestra alma? ¡Ah! ¡Cuánto más favorecido es el poeta católico en la soledad, en donde tiene á Dios por compañero! Libres los bosques de esa funesta turba de dioses ridículos, se han llenado de una Divinidad inmensa. El don de profecía y de sabiduría, el misterio y la Religion, parece que residen en sus profundidades sagradas. Diríamos que el poeta católico se encuentra *solo* en el fondo de las selvas; pero no... porque la inteligencia del hombre, auxiliada por la luz divina, llena fácilmente los grandes espacios de la naturaleza; y un solo pensamiento de su alma es mucho más vasto que todas las soledades de la tierra!

Es evidente, que nuestra Religion divina ofrece un género de poesía mucho mejor, que el que nos ofrece el paganismo.—Un buque vá á perecer: el Capellan por medio de las palabras que purifican las almas, perdona á cada uno sus faltas; dirige al Cielo la fervorosa oracion, que en medio de

un torbellino envía el espíritu del náufrago al Dios de las tempestades. Ora el Océano se abre para tragarse á los marineros; ora las ondas, elevando sus tristes voces entre las rocas, parece que comienzan sus cantos fúnebres; inmediatamente un rayo de luz penetra en la tempestad: *la Estrella de los mares*, María, la patrona de los marineros aparece en medio de la nube. Ella tiene á su hijo en sus brazos, y calma las ondas con su sonrisa: encantadora Religión, que opone á lo que la naturaleza tiene de más terrible, lo que el Cielo tiene de más dulce! A las tempestades del Océano, un pequeño niño y una tierna madre»

No satisfecha nuestra Religión divina con ofrecer al poeta importantísimos asuntos y riquísimos materiales, le ayuda también en la ejecución de su obra. Ya lo hemos dicho: «el poeta es el hombre de la soledad, del recogimiento interior y de la meditación.» Si la mayor parte de las obras del día están vacías de pensamientos, y son débiles de expresión, es porque los escritores aturdidos y arrastrados, en medio del

mundo, por el torbellino de los negocios y de los goces materiales, trabajan siempre con gran precipitacion, á la manera de la espesa nube, que se esparce en el aire, la que no nos deja entrever sinó una ligera vaguedad, que muy pronto desaparece completamente. Las obras del hombre, principalmente la poesía, exige un trabajo concienzudo, la meditacion de la soledad. Poetas, los que habeis elegido un asunto árduo: ¿quereis acertar? Alejáos del bullicio, salid del mundo, siquiera por algun tiempo; id á meditar á la sombra de un bosque; venid á orar á nuestras viejas catedrales, al pié de la Cruz, cerca de las tumbas; pedid á los *mismos hijos de la soledad* la difícil práctica del silencio y de la meditacion. ¿Quereis pintar la naturaleza? Aprended de antemano á conocerla. ¿Quereis hablar del hombre? Entrad en vosotros mismos y consultad vuestro corazon. ¿Aspira vuestro pensamiento elevarse hasta Dios?—Escuchad siempre con atencion y respeto lo que os enseña nuestra santa fé católica.

La Religion, en suma, puede muy bien impedir los gravísimos y multiplicados extravíos de la poesía. El primer peligro á que está expuesto el poeta, es el aislamiento, en que muchas veces está obligado á vivir. Solitario viajero por los senderos poco conocidos del pensamiento, despues que ha tomado una falsa direccion, se aleja de su objeto con una extraordinaria rapidez. Al fin, desaparece la luz, la noche le cubre con su tenebroso manto, é infaliblemente se precipita en el abismo.—Un segundo peligro para el poeta es la elevacion misma de sus pensamientos. Para agradar, se eleva y toma su vuelo hácia los cielos. ¿No vémos, pues, un inmenso peligro en esta elevacion? Pierde de vista la tierra de donde ha partido, y adonde debe bajar; desconoce la mano que le elevó, y se desconoce á sí mismo; pretende elevarse aún, pero en vano: su cabeza se aturde, sus pensamientos se extravían, y si nó se acoje á la Religion con prontitud, es segura su completa ruina.

— La poesía es aún peligrosa, á causa de la belleza de su expresion y de la armo-

nía de su lenguaje. Poetas modernos: vosotros no pensais extraviaros, marchando por esos senderos cubiertos de flores; tened presente, que los que os sigan, participarán de vuestra ilusion. Si Voltaire hubiera referido de una manera comun las grandes infamias de ese *poema*, que tan culpable le hace ante la Religion cristiana, hubiera llenado de indignacion á toda la Francia, hubiera, quizá, levantado en él ese sentido moral que dificilmente se sofoca; pero ha cubierto con las bellas flores de la poesia la degradante corrupcion de sus pensamientos, y la imágen impura entra sin obstáculo en el corazon del hombre bajo el velo de las palabras.

— Por esos grandes peligros á que nos expone la poesia, el célebre filósofo Platon la desterró de su república. Nosotros, lejos de rechazar el génio, lo respetamos como una cosa sagrada. Considerámos, nó como una falta ordinaria, sinó como un sacrilegio horrendo, esa deplorable degradacion de los poetas sin Dios, los que poseidos de feroz audacia, desprecian la ma-

no flexible y benévola de nuestra sacrosanta y divina Religion. Vosotros, los que jóvenes aún, sentís el fuego de la poesía, y aspirais ya á recorrer esa tan peligrosa carrera, si quereis evitar los numerosos escollos, sembrados en vuestro camino, grabad con caracteres indelebles, en vuestra alma, los grandes y sublimes pensamientos del Catolicismo; clavad fuertemente en la ribera el ancla santa de la fé, para despues vogar, sin temor, en el Océano de los mundos.

Quando nuestra sacrosanta y divina Religion se estableció sobre la tierra, todo se inclinaba á una ruina casi inevitable; pero esta universal restauración levantó de la degradación del polvo, en que estaba envuelta, á la humilde y modesta. Nosotros, fecha con dar á las ciencias y á las artes un gran esplendor, los comunicó parte de su divinidad. Despreciada en un principio, perseguida y horriblemente rechazada por los que factos puros de esta divina madre

(1) Las bellas artes comprenden la música, la pintura, la escultura y la arquitectura de las que me ocupo sucesivamente.

## ARTÍCULO XIV.

### ARTES. (1)

#### **Influencia del Catolicismo en la música.**

Cuando nuestra sacrosanta y divina Religión se estableció sobre la tierra, todo se inclinaba á una ruina casi inevitable; pero esta universal restauradora levantó de la degradacion y del polvo, en que estaba envuelta, á la humillada naturaleza. No satisfecha con dar á las ciencias y á las artes un gran esplendor, les comunicó parte de su divinidad. Despreciada en un principio, perseguida y horriblemente rechazada por los que tantos bienes de esta divina madre

---

(1) Las bellas artes comprenden la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, de las que me ocupo sucesivamente.

recibieron, se vió obligada á librarse, por algun tiempo, de sus más crueles y terribles enemigos. Oculta en los desiertos, en la oscuridad de las catacumbas, cargada de cadenas sobre los cadalsos enrojecidos con su sangre, no podía ocuparse sinó de la santificacion de las almas, que era su principal mision. Pero en el momento, en que imprimió el pensamiento divino en el fondo de las almas, este pensamiento se desenvolvió, muy pronto, y produjo infinidad de esplendores diversos. De aquí resultaron las ciencias y las artes. En cuanto al arte musical, del que ahora nos ocupamos, mucho menos que ningun otro, podria desarrollarse, en un principio. Durante aquellas horrorosas persecuciones, ¿qué cantos podian existir en la Iglesia sinó esa interior melodía, esos sordos gemidos que el alma exhala, elevándose hácia los Cielos? Pero muy pronto salio la Religion cristiana de las catacumbas. Penetrando victoriosa en los templos despojados de sus ídolos, y hasta en los palacios de los Césares convertidos al Catolicismo, entonó

el himno de triunfo y de reconocimiento. Cuando la Iglesia se hubo extendido, cuando hubo desarrollado esa poderosa constitucion, que le habia dado su divino Fundador, comprendió perfectamente la importancia de la música y la utilidad de un método, que estuviese en relacion con las santas creencias, que enseñaba á los pueblos. Esta magnífica obra fué comenzada por San Ambrosio, la continuó San Gregorio, y Guí de Arezzo la elevó á la perfeccion. Tales en breves palabras el origen del canto-llano, de donde nos ha provenido la música moderna, la que debe tambien sus más notables inspiraciones á nuestra Religion divina. Pero, como el canto-llano ha sido adoptado con especialidad por la Iglesia católica, debémos ocuparnos principalmente de tan precioso arte.

La marcha lenta y grave del canto-llano conviene perfectamente á la doctrina elevada y austera de la Religion católica, y á la imponente magestad de su culto. Para todos los actos religiosos, tiene cantos magníficos nuestra Santa Iglesia,

en los que se encuentra una continua uniformidad, que á nadie debe sorprender. Es siempre el alma que gime en este valle de lágrimas, *in hac lacrimarum valle*, y que aspira ansiosa á los eternos goces de la bienaventuranza!

Darémos ligeramente algunas pinceladas sobre los cantos de la Iglesia, siguiendo el orden del año litúrgico. Al comenzar este año, poco se canta en la Iglesia, porque ésta representa con santo fervor la espera del Mesías, y nadie duda, que la espera es silenciosa. Despues se oyen cantos de una melodiosa languidez; estos son los suspiros del alma y los gritos del deseo! Habiendo salido de la tierra, hace más de cuatro mil años, estos gritos van á tocar hasta la bóveda de los Cielos! Los Serafines los repiten en sus celestiales conciertos, en presencia del Todopoderoso, y vuelven á la tierra cargados con los preciosos y magníficos tesoros de la gracia! El don más grande, y más excelente, que la tierra ha recibido del Cielo, es evidentemente el Hijo de Dios vivo, *el esperado por todas las gentes*,

Mesías verdadero. Ha aparecido entre nosotros, y la Iglesia manifiesta su alegría en sus divinos cantos. Notémosle bien, es una alegría tranquila, lenta, moderada, parece como que se detiene en sus grandes transportes de santo júbilo y extraordinario entusiasmo! Ha nacido un Dios, es verdad, pero un Dios niño, cargado de nuestras enfermedades y miserias. Algunos rayos del Sol que acaban de llenar de refulgente luz las naciones, se han manifestado á la tierra, y al mismo tiempo, la Iglesia ha hecho resplandecer su indecible y santo regocijo, como la material naturaleza, al despertar el bello astro del dia!..

Hacia el fin de su santa mision, el Hombre-Dios entra en su carrera triste y dolorosa, entristeciéndose tambien la Iglesia con El. Esta divina Madre muestra en sus solennes cantos los inefables dolores, las misteriosas angustias del pacientísimo Jesús. Encontrámos sobre todo algunos pasages de un patético sobresalto! ¿Quién puede oír, sin conmoverse, el sublime canto de la pasion de Jesús? El relato del his-

torizador, los gritos de un populacho sublevado, las respuestas tan tranquilas y tan nobles del *Justo* calumniado forman un drama verdaderamente divino. ¿Quién no toma parte en los vehementes y vivísimos dolores de la Virgen Santísima, al pié de la Cruz, al oír el canto tan natural del *Stabat Mater Dolorosa*? ¡Bendita séas una y mil veces, divina Religion, por haber impreso en tus magníficos cantos, lo que nadie ha podido siquiera imitar!

La Iglesia, siempre tan compasiva para los males de sus hijos, ha comprendido mejor que nadie, lo que pasaba en el alma de la *Madre Dolorosa*. Y los cantos del Profeta, que parece haber igualado las lamentaciones á los dolores, ¿cómo oírlas, sin que una indecible tristeza penetre en el fondo de nuestras almas? Cuando esos gritos tan poderosos del dolor retumban en el vasto recinto de una gran Basilica casi desierta, nos creemos estar en el recinto de esa Jerusalem, otras veces tan populosa *plena populo*, y hoy tan desolada! Despues de estos lamentables gritos, la Iglesia guarda

un profundo silencio, como agotada por los grandes y repetidos esfuerzos de profundo dolor. Ya no oímos el sonido misterioso de la campana, suspendida inmóvil en medio de los aires: es el silencio de la muerte! Todo calla en torno del sepulcro, en donde fué sepultado nuestro divino Redentor. Mientras que, recogidos en el fondo del templo, los fieles oran, derramando abundantes lágrimas cerca de Jesús en reposo, un gran prodigio se obra: *El Señor ha resucitado: resurrexit, no est hic, no le busqueis en el sepulcro!* En este nuevo instante todo cambia, todo se agita en el seno de la Iglesia católica, en el universo entero y la *Alleluia* que repetiremos eternamente en los Cielos, despues de la universal resurrección, ya comienza sobre la tierra con la resurrección del Crucificado. Elevada con los Apóstoles sobre la montaña, desde donde Jesús se elevó hasta su excelso trono de gloria, la Iglesia manifiesta en sus cantos una extraordinaria alegría, á la vista de ese hermoso Cielo entreabierto, él que debe ser, algun dia, su eterna y feliz morada!

¿A quién no admiran esos sublimes y misteriosos cantos de la Iglesia católica, cuando celebra la venida del Espíritu Santo sobre sus Apóstoles? ¡Qué recogimiento tan grave y tan magestuoso observámos en la *casa* del rey de Cielos y tierra! En ese hermoso día, nos creemos estar en el cenáculo; porque instantáneamente nos representámos á aquellos heróicos hombres, que henchidos de un fuego divino, se lanzaban con admirable valor y extraordinaria intrepidez á la difícil conquista del mundo, sumergido, entónces, en la más completa barbarie.

¡Qué júbilo experimentámos, cuando nuestra Santa Iglesia celebra la gloria de los que gozan en el infinito seno de Dios! ¡Qué cantos de triunfo y de regocijo sentimos en ese día! ¡Cómo agrada á nuestra madre la Iglesia, dilatar sus maternales entrañas, á la vista de un sin número de fieles coronados en los Cielos! Pero como nó todos van inmediatamente á la pátria celestial, sinó que pueden ir también al lugar de expiación, llamado Purgatorio, la Iglesia inter-

cede muy especialmente por las almas que en él se encuentren, en el día que sigue á la fiesta de *Todos los Santos*. ¡Qué suplicas tan conmovedoras, qué exclamaciones tan lamentables nos hace oír en ese día nuestra Religion divina! No hay canto que produzca más emociones... ¡Cuántas veces nos hace derramar lágrimas! Es indudable, que en la Religion como en la naturaleza, Dios nuestro Señor, ha grabado en el corazon de la madre los sentimientos afectuosos de aquellos de sus hijos, que más necesitan de su amor. Durante el oficio divino, nos figurámos oír los profundos gemidos de todas aquellas almas, que desde el fondo del abismo imploran la misericordia infinita, para alcanzar el término de sus grandes sufrimientos!

Los inteligentes son los únicos, que pueden apreciar las bellezas de nuestra música religiosa, porque es indudablemente la música popular por excelencia. ¡A quién no gusta unir su voz á la de sus hermanos, cuando retumban, bajo la bóveda del templo, esos sublimes cánticos, que con júbi-

lo dirige á Dios el inspirado David? Son innumerables las personas que se convierten al Catolicismo por los grandes atractivos de sus cantos; y aún en la conversion de los salvajes no influyen menos los cantos religiosos, que las constantes predicaciones de nuestros virtuosos misioneros. Aún entre nosotros, la más conmovedora, la más persuasiva elocuencia ¿no es, algunas veces, la elocuencia de nuestros cantos? El corazon, que suspira ante la imágen de la Virgen ó de su Santísimo Hijo, experimenta una emocion, que en vano ha buscado en las más dulces armonías de la música profana.

Si, como hemos probado, nuestra Religion divina tiene una poderosa influencia en la música vocal, no influye menos en la música, que llamamos instrumental. En efecto, la Religion católica es la única que inspira á la inteligencia del hombre sus más grandes y más nobles inspiraciones, y á su corazon los más enérgicos sentimientos, los que, elevándole, le sostienen en esas regiones superiores, en donde se for-

man los grandes y verdaderos artistas. El hombre, por sí frágil y limitado, nada bueno puede hacer, abandonado á sus propias fuerzas; luego al terminar esos instrumentos de música tan acabados, debe humillarse, estrellándose su soberbia contra su pequeñez, y exclamar: ¡Señor, os lo debo todo! ¡Gracias os doy, Supremo Creador, por tantos y tan grandes beneficios! ¿Qué podría yo hacer, Dios misericordioso, si vuestra luz divina no hubiera iluminado mi débil inteligencia? Así hablan los humildes, y por eso hace Dios brillar su inteligencia; mientras que los soberbios se hunden en el abismo sin fondo, en que los sepulta siempre su feroz orgullo.

Lo que hay de más extraordinario en nuestros templos, es la campana. Podemos compararla con la voz del hombre, pues así como ésta se encuentra en la parte superior del cuerpo humano, aquella se encuentra en la parte superior del templo católico, para enseñar á sus numerosos fieles á elevar sus corazones al Rey de Cielos y tierra por medio de la oracion. Podemos

tambien compararla con una amante madre, que se regocija ó se entristece con sus hijos: unas veces les manda, otras les aconseja... Pues bien; la campana tambien se entristece y se regocija con los hombres; unas veces nos manda, como cuando en los dias de precepto dirige su hermosa voz á todos los fieles, para que presencién y admiren el inefable sacrificio de la santa Misa. Nos aconseja, cuando nos impulsa; al nacer el alba, al medió dia y al anochecer, á que elevémos nuestros corazones á la Reina de los Angeles y de los hombres. Quizá no haya sonido que nos toque más profundamente al corazon, que el de campana. ¡Cuántas veces le oimos con júbilo y entusiasmo! ¡Cuántas veces nos hace derramar abundantes lágrimas!...

El órgano es el instrumento por excelencia, para cantar las alabanzas de nuestro Dios y Señor. No admite comparacion ni por su fuerza, ni por su extension, ni por su brillo. Es la voz sonora de la Iglesia católica, y como el éco de un mundo invisible, que se manifiesta simbólicamente.

Ora nos excita á la contemplacion; ora nos posee de una tristeza santa; ora inflama nuestros corazones de un ardor celestial, elevándonos á las hermosas y resplandecientes regiones del Sér infinito, pareciéndonos estar, en medio de nuestro trasporte, entre los coros de los Angeles.

Seria demasiado prolijo tratar aquí de cada uno de los instrumentos musicales. Por esta razon, y por no ser de nuestra incumbencia, los omitimos. Solo dirémos, en general, que cualquiera que sea su origen, nuestra Religion santa puede adoptarlos, dándoles á unos esos acentos dulces y conmovedores, que nos llenan de verdadero entusiasmo, y á otros esos sonidos fuertes, enérgicos y penetrantes, que esta divina Maestra sabe comunicar á la hermosa voz humana, órgano principal del bello arte musical.

Muy rara vez se emplea en la Iglesia la música instrumental separada de la música vocal. ¡Qué efectos tan magníficos resultan de la union de ámbas! ¡Cómo nos conmueven, cómo nos fortifican, cómo nos

elevan al Sér infinito! ¡Quién puede oír, sin emocionarse, el canto del *De profundis clamavi*? ¡Quién no llora con Jeremias, al oír sus tristes *Lamentaciones*? ¡Quién no se engrandece, al sentir el grandioso *Símbolo de la fé católica*? ¡Quién no gime, suplicando, en las *Letanias*? ¡Quién no se llena de un místico júbilo en los *Gozos* y en el *Gloria in excelsis*, y de una gran ternura en la *Salve*? ¡Quién no hunde su frente en la tierra, y derrama amargas lágrimas, al sentir el solemne canto del *Lacrymosa dies illa*? Con justísima razon decia San Agustín: *¡Cuánto lloré profundamente conmovido con los suaves himnos y cánticos de tu Iglesia! Aquellas voces penetraban en mis oídos, y la verdad se infiltraba en mi corazón, y se enardecía el afecto de la piedad, y corrían las lágrimas y yo era feliz.* (1)

Hay otro magnífico canto en nuestros templos, que no podemos menos de recordar con el corazón henchido de alegría: es el *Te Deum laudamus*! ¡Quién puede dudar de

---

(1) Confesiones.—Libro 9.—Cap. 6.°

la magnificencia de este canto tan grandioso, por el que elevámos al *Allísimo*, con voz unánime, la expresion de nuestro reconocimiento?

«El entusiasmo fué el que inspiró el *Te Deum*. Cuando detenido en unas llanuras, teatro de la victoria, en medio de los rayos y de la sangre humeante aún, al bélico son de los clarines y trompetas, un ejército surcado por el fuego de la guerra, doblaba la rodilla, y entonaba el himno de gratitud al Dios de las batallas; ó bien cuando en medio de las lámparas y de las mazas de oro, de los cirios y de los perfumes entre los prolongados suspiros del órgano, entre el alegre repique de campanas, entre la sorda vibracion de los *bajos*, este himno hacia resonar las vidrieras, los subterráneos y las cúpulas de una grandiosa Basílica, no habia, entonces, un solo hombre, que no experimentase algun movimiento de ese delirio, que divinizaba á Píndaro en los bosques de Olimpia, y á David en el torrente Cedron.» (1)

---

(1) Chateabriand.

Si no fuese, porque abrigo el temor de hacerme demasiado extenso, probaria más extensamente los grandes y extraordinarios servicios que nuestra Religion divina ha prestado á tan bellissimo arte; pero haré ligeramente algunas indicaciones, porque para tratar bien este asunto, necesitaria extensos volúmenes.—¡Incrédulos y sofistas! Si no os basta lo dicho para que os convenzais de la poderosa influencia del Catolicismo en la música, podeis abrir las brillantes páginas de la historia musical, é inmediataments encontraréis los celeberrimos nombres de los Padres Jesuitas Kircher, Arteaga y Eximeno; los de los monjes y religiosos Guido de Arezzo, Nasarre, Martin, Flecha y Soler; los de los Abades, Cerone y Baini, estando en primer término aquellos tan ilustres y tan esclarecidos génios, como son San Ambrosio, San Dámaso, San Isidoro, San Gregorio y San Eugenio. ¿De dónde sinó de la Iglesia católica han salido esos grandes maestros españoles, desde Morales y De Victoria hasta Ripa, Doyagüe y Ledesma? ¿Quién fué el

maestro del profundo Meyerbeer sinó el abate Vogler? ¿Quién el del gran Rossini, sinó el Padre Matei? ¿En dónde sinó en las escuelas musicales de nuestra Religion santa recibieron la enseñanza todos esos grandes compositores, como Gluck, Durante, Palestrina, el Canónigo Juan de Muris, el Sacerdote y Catedrático salmantino Salinas y tantos otros, cuyas magníficas obras seria prolijo enumerar, pero que con ellas han asombrado al mundo? No extrañeis, pues, que ahora os digamos, para terminar este artículo, que el arte musical entero se lo debe todo á la Religion católica, por ser la única que sabe imprimir y desenvolver el pensamiento divino en la limitada inteligencia humana. (1)

---

(1) Hé aquí los nombres de las escuelas musicales, que bajo el amparo de la Iglesia católica se sostenian en Italia, en el siglo XVIII: *L' Ospedaletto, Santo Onofrio, Santa Maria, Dei poveri de Giesu Cristo, Della Pietá y De Mendicanti*. Tambien se debe á la Iglesia el origen del género lírico-dramático. La primera Opera representada en Roma, en 1440, se titula *La Conversion de San Páblo*, á la que siguieron otras tomadas de asuntos de las Sagradas Escrituras.

## ARTÍCULO XV:

### **Influencia del Catolicismo en la pintura.**

Nadie de sano juicio y medianamente instruido en la historia, podrá negar que el génio de la pintura encuentra, como el génio de todas las demás artes, las causas más eficaces de su desenvolvimiento en nuestra Religion divina. Ella abastece al pintor de los dos elementos esenciales de que su obra se compone: Dios y la creacion. Los antiguos paganos rechazaron la creacion, lo que destruia necesariamente el arte; porque así como la creacion no puede existir sin Dios, la pintura tampoco puede existir sin la creacion. Si la creacion entera con toda su inmensa extension no es

sinó un sueño perpétuo ó un largo desvarío de Dios, ¿qué superioridad esperaban aquellos insensatos dar á su obra? ¿Dónde encontraban los modelos para poder reproducirlos? No son de extrañar todas las formas monstruósas de aquellos pueblos sin cultura; pero, si, como estamos ya amenazados, viniesen á dominar en la sociedad las mismas doctrinas; si de la literatura, en la que ya han comenzado á introducirse, pasasen al dominio del arte, tendríamos nuevos soñadores, los que viendo por todas partes fantásmas, se gozarían en representar las bizarras producciones de su imaginacion enferma, en vez de los objetos creados.

Algunas sectas disidentes han negado tambien al Catolicismo su poderosa influencia en este bellissimo arte, respecto de la reproduccion de las cosas sensibles. ¡Qué insensatez! ¿Ignoran acaso, que nuestra Religion santa es siempre para el hombre la causa eficaz de la más alta inspiracion? ¿No saben que, destruida ésta, se destruyè, por consiguiente el arte, ó á lo menos le

detienen en sus más bellos desenvolvimientos? Cada día se ven novadores fanáticos, que se imaginan allá, en su oscura inteligencia, ser agradable á la Divinidad el quemar todas las más hermosas obras maestras de la pintura. No es porque nieguen la creación, sino porque les parece muy peligrosa para la fé la reproducción material de los seres bajo el punto de vista religioso. «Si representais á Dios y á los espíritus celestes, dicen, bajo una forma sensible; si colocais en el templo la imagen de Jesús, de la Virgen y de los Santos, infaliblemente abriréis la puerta al materialismo y á la idolatría, como en otro tiempo, nos invadió en todas partes.» ¡Ciegos, que no ven, que esa representación de objetos materiales se encuentra naturalmente en nuestra inteligencia! ¡Insensatos, que no comprenden, que así acusan á Dios mismo de materialismo y de idolatría! *El* se reproduce, hasta cierto punto, en la creación; y numerosos pueblos, olvidando al Supremo Creador, han adorado á las criaturas. Pues bien; ¡elevad la mano, apa-

gad esa admirable antorcha, viva imagen del Sol eterno, puesto que los hombres lo han adorado! Negad, pues, ó maldecid la creacion entera, puesto que los hombres se han prosternado ante los objetos creados! Solo á una razon extraviada se le ocurren delirios tan insanos.—Otros han caido en el error contrario; pues despreciando el elemento espiritual, se han ocupado exclusivamente del elemento material. Tales fueron los griegos, los que hicieron nacer la pintura de la más sensual de todas las pasiones.

A nuestra Religion divina estaba reservado el abastecer al arte de la pintura de los dos elementos, material y espiritual, como más necesarios, como más indispensables; ella los combina admirablemente y los establece con la más exacta precision, segun el grado que exige la naturaleza de cada uno. Esta gran *Maestra* nos dice: «Existe *ab æterno* una sustancia espiritual, infinita, del seno de la cual manan los seres contingentes, que tienden volver hácia ella. Existe realmente tambien una sustan-

cia material, destinada á hacer impresion sobre los sentidos, y á través de la cual el pensamiento divino brilla siempre, más ó ménos, ante las miradas de la inteligencia. Reproducid, pues, por medio del arte el espíritu y la materia; pero notad, que todo viene del espíritu, que en él solamente se encuentra la vida real, inmutable; notad tambien, que el elemento material no es sinó un medio, que nos eleva fácilmente y con más seguridad hasta el sér espiritual, solo digno de nuestro amor. En vuestras obras, pues, el espíritu estará siempre sobre el fenómeno sensible, ó más bien, la materia no será sinó el velo trasparente del espíritu, á fin de que impresionado de tanta belleza, el pensamiento desplegando sus álas, vuele por encima de las regiones terrestres hácia el modelo perfecto, al que debe unirse únicamente.» Hé aquí por qué en la imitacion de los objetos creados, el arte católico se ocupa principalmente de la reproduccion del hombre, por estar él solo dotado, en la tierra, de una verdadera inteligencia. Hé ahí por qué, despreciando, en

cierto modo, el resto del cuerpo, se dedica con mayor cuidado á la cabeza, que es donde se encuentra especialmente la expresion de la inteligencia.

No solo nuestra Religion sacrosanta dá al arte los elementos necesarios, sinó que le presenta tambien modelos muy acabados. El primero de todos los modelos, el que más nos admira y entusiasma, es el gran modelo de la persona de Jesucristo. Nuestra santa fé católica nos enseña «que, para rehabilitar la humauidad manchada por el pecado, el Hijo único de Dios, igual á su Eterno Padre, tomó nuestra propia naturaleza, y la asoció á su naturaleza divina, sin confundirse la una con la otra.» El Verbo, hecho carne, habia cargado con todas nuestras miserias. Hé aquí por qué nos es representado, ya acostado en un pesebre, bajo el velo de la infancia; ya compadeciéndose de nuestras miserias y enfermedades; ya perseguido cruelmente por los que ha colmado de beneficios, y, en fin, espirando sobre una Cruz afrentosa, lleno de oprobios y de sufrimientos. Pero en cualquier

posicion que se encuentre, vemos siempre penetrar algunos rayos de su Divinidad, á través de la espesa cubierta, de la que ha querido revestirse. Hay especialmente en su mirada, sobre sus lábios, graves como la verdad, una gracia conmovedora, un atractivo tal, que trasforma y cautiva á los más rebeldes corazones. Tal era el Hombre-Dios antes que se cumpliese la redencion. Más despues de su resurreccion, se ha corrido el velo, la cubierta material se ha espiritualizado, y los resplandecientes rayos de la suprema belleza se escapan de su trasfigurado cuerpo.

Al divino Maestro siguen los discípulos, á los que envió á continuar su mision santa á todo el mundo. Estos hombres carnales y toscos en un principio, se van espiritualizando, poco á poco, en la alta escuela de su sapientísimo Maestro; y cuando su union con *El* fué consumada por el Espíritu Santo, *El* que unió también eternamente y de un modo infinito el Hijo al Padre, parece que ellos mismos participan de la naturaleza divina.

Instantáneamente percibimos una multitud innumerable de mártires de toda edad y de toda condicion, unos compareciendo con extraordinaria intrepidez en el tribunal de sus crueles perseguidores; otros llevando con santo amor, y sufriendo con indecible resignacion sus pesadas cadenas en una oscura prision; otros arrojados ignominiosamente sobre la tierra, para servir de presa á feroces é inmundas bestias, y de juguete criminal á un populacho insolente. Notámos en cada uno de ellos esa mezcla admirable de humildad y de grandeza de alma, de dulzura y de firmeza, todas esas virtudes inconciliables solo en apariencia, aprendidas tambien en la gran escuela del Redentor de la humanidad. Suben al Cielo llevándo en sus manos la palma de la victoria! Su sangre se convierte en una brillante púrpura, y en sus llagas resplandece la gloria celestial! Y los Pontífices y los Doctóres, que ocupan un lugar tan importante en el edificio espiritual, que Jesucristo ha fundado, y del que es la piedra angular! Sus miradas se vuelven continua-

mente hácia el Cielo, de donde les viene la inspiracion; y, sin embargo, se escapa del corazon de cada uno de ellos como un abundante río de paz, que fecundiza las almas y hace germinar la virtud! Incrédulos y racionalistas: puesto que sois tan inteligentes en todo, y tan bien discierne vuestra *diosa razon*, comparad esos magníficos modelos con los que nos ha legado el paganismo, y, despues, decidnos hácia qué lado se inclina la superioridad .....

Por encima de todos los tipos secundarios, derivados del incomparable modelo de nuestro Salvador Jesús, se encuentra el de la Virgen Santísima, que pertenece tambien á nuestra Religion. En la antigüedad, la mujer no era sinó una miserable esclava. Encarnándose en el seno de una Virgen, el Verbo eterno elevó la dignidad de la mujer. ¿A quién no agrada ver representada la figura seductora de esa *hija de Nazarét* al lado de la de su divino Hijo? *Ella* es indudablemente la mujer, segun el espíritu. La belleza ideal ha purificado de tal modo en *Ella* la cubierta material, que

jamás la manchó ninguna sensual mirada. Milagrosa flor, se eleva por encima de la tierra, rodeada de una luz misteriosa que la oculta á los ojos de la carne, manifestándola á las miradas del alma. Se reconoce en *Ella* todo á la vez: ora la benévola afabilidad de la Madre de los hombres, ora la augusta dignidad de la Madre de Dios. Ahora bien, incrédulos y sofistas, nuevamente os preguntamos: ¿En dónde encontraréis modelos semejantes? ¿En el paganismo? No, y mil veces nó; los modelos paganos no producen ni la más mínima sensación en nuestra alma.

Tened presente, que ese gran Patriarca que vemos sobre la montaña, elevando la mano para sacrificar á su hijo amado, es el padre de todos los creyentes y el modelo de una perfecta obediencia. Ese Hombre-Dios que vemos, ya recibiendo en un pesebre las adoraciones de los pastores y de los magos, ya conversando con sus discípulos, como un amigo con sus amigos, y después espirando dolorosamente sobre la cruz, es por salvarnos y salvar á todo el mundo, por

lo que ha venido, por lo que ha sufrido y por lo que ha muerto del modo más afrentoso. Esa Madre que vemos, con su corazón traspasado con la horrible espada del más agudo dolor, arrodillada al pié de la Cruz, sobre la que espira su divino Hijo, es el modelo más perfecto de todas las madres cristianas. Esos apóstoles, esos mártires, esas vírgenes, esos confesores son nuestros maestros, nuestros consoladores, nuestros modelos. Ese cielo, en fin, entreabierto por encima de sus cabezas, á todos nos llama despues de ellos. ¡Sacrosanta y divina Religion, sé mil y millones de veces bendita y alabada, tú que has representado tan perfectamente la *Imágen* de Jesús crucificado, el *Juicio final* por encima de los jueces de la tierra, una Resurreccion que indica nuestra resurreccion espiritual, y el Nacimiento del Redentor de la delincuente humanidad!

¡Qué campo tan vasto para el génio de la pintura presentan nuestros templos, verdaderos salvaguardias de la santa fé católica! ¡Qué cuadros tan preciosos vemos

suspendidos en sus magníficos muros! ¡Qué asuntos tan dignos de representación pueden encontrar los pintores en esas capillas laterales, en el fondo de esos santuarios, donde reside el Santo de los santos! ¡Qué paz, qué silencio tan imponente al par que placentéro observámos en ese misterioso lugar en el que el hombre, elevándose hácia el Cielo, encuentra al gran Rey de reyes, que se humilla hácia la tierra! En esa *casa* de Dios y del hombre nuestra Religión divina explica á los más ignorantes las ideas más sublimes del génio.

Veámos cómo se expresa un eminente escritor con toda la autoridad y con toda la energía que le dan su carácter, su virtud y su ciencia. (1) «Cuando se oye sostener que el Cristianismo es enemigo de las artes, se experimenta gran asombro, porque al instante se presentan á la memoria Miguel Angel, Rafael, Cerrachio, Dominico, Lesueur, Poussin, Loston y otros

---

(1) Chateaubriand.

tantos artistas, cuyos nombres llenarian volúmenes.

A mediados del siglo IV, el imperio romano, invadido por los bárbaros, y desgarrado por la heregia, se arruinó en todas partes. Las artes no hallaron entonces otro asilo, que el que los cristianos y los emperadores ortodoxos les concedieron. Teodoxio eximió á los pintores, en virtud de una ley especial, del pago de todo tributo y de alojamientos militares. Los padres de la Iglesia son inagotables en sus elogios á la pintura. San Gregorio se expresa de una manera digna de atencion: *Vidi scæpius inscriptionis imaginem, et sine lacrymis transire non potui, cum tam effecaciter ob oculos poneret historiam*; el santo se refiere á un cuadro, que representaba el sacrificio de Abraham. San Basilio avanza más, pues dice que los pintores *hacen tanto con sus cuadros como los oradores con su elocuencia*. Un monge, llamado Metodio, pintó, en el siglo XVIII, ese *Juicio final* que convirtió á Bogoris, rey de los búlgaros. Los sacerdotes habian reunido en el

colegio de la Ortodoxia, en Constantinopla, la más hermosa biblioteca del mundo y las obras maestras de las artes; entre otras veíase allí la Venus de Praxiteles; lo que prueba, á lo menos, que los fundadores del culto católico no eran unos bárbaros destituidos de gusto y entregados á una absurda superstición.

Ese colegio fué demolido por los emperadores iconoclastas, y sus profesores fueron quemados vivos; y solo con grave riesgo de su vida lograron los cristianos salvar la piel de dragon, de ciento veinte piés de longitud, en que estaban escritas, en letras de oro, las obras de Homero. Los cuadros de las Iglesias fueron presa de las llamas. Unos heresiarcas estúpidos y frenéticos, bastante parecidos á los puritanos de Cromwel, destruyeron á sablazos los mosaicos de la iglesia de Nuestra Señora de Constantinopla y del palacio de las *Blaquernas*. Las persecuciones llegaron tan lejos, que envolvieron á los mismos pintores, pues les fué prohibido, bajo pena capital, continuar sus estudios. El monge Lázaro tuvo

el valor de ser mártir de su arte. En vano le hizo Teófilo quemar las manos, para impedirle el manejo del pincel. Oculto en el subterráneo de la iglesia de San Juan Bautista, pintó con sus dedos mutilados el gran santo, cuyo suplicante era, digno ciertamente de ser el patron de los pintores, y de ser reconocido en esa familia sublime, á quien el soplo ardiente del génio levanta sobre el vulgo de los hombres.

En el imperio de los godos y de los lombardos, el Cristianismo continuó alargando una mano protectora á los talentos. Estos esfuerzos se advierten especialmente en las iglesias contruidas por Teodorico, Luitprando y Didier. El mismo espíritu de religion inspiró á Carlo-Magno, pues la iglesia de los Apóstoles, levantada por orden de este gran príncipe en Florencia, pasa aun actualmente por un monumento de bastante mérito.

Por último, hácia el siglo XIII, la Religion cristiana, despues de haber luchado con mil obstáculos, volvió á traer en triunfo á la tierra el coro de las Musas. Todo se

hizo para las Iglesias, y mediante la protección de los Pontífices y de los príncipes religiosos. Bouchet, griego de origen, fué el primer arquitecto; Nicolás, el primer escultor, y Cimabué el primer pintor, que exhumaron de las ruinas de Grecia y Roma el gusto antiguo. Desde entonces llegaron las artes, en diferentes manos y por diferentes géneos, al siglo de Leon X, en que brillaron, cual dos soles, Rafael y Miguel Angel.»

— ¿Por qué no hemos de decirlo? En esta época de tan triste memoria, una desastrosa revolución hizo que las bellas artes decayesen de un modo considerable. Descendiendo la pintura de las celestes regiones, á donde la elevó nuestra santa fé, se fué inclinando hácia el más vil materialismo. Varias escuelas se fundaron en Alemania, Flandes, Francia, Italia y en España. Al nombrar estas tres últimas, no podemos menos de recordar con entusiasmo los nombres de Murillo, Velazquez, Zurbarán, Claudio Lorrain y tantos otros, que, bajo el amparo del Catolicismo, han superado con

gran ventaja á todos los pintores, que más se han distinguido en las otras escuelas.

Incrédulos y racionalistas, debeis, como nosotros, reconocerlo: por donde se funda y se propaga la Religion católica, las bellas artes toman siempre un gran incremento, las que, participando, en cierto modo, de su destino, se elevan y se humillan con ella. Aunque mal os pese, la verdad histórica está siempre sobre vuestra vana é insolente razon. Reconoced, alguna vez, vuestra pequeñez y vuestra miseria.

Pintores! Huid de esos falsos profetas, que constantemente nos anuncian nuestra próxima disolucion. Consultadles, si os place, y no encontraréis en sus perversas y horrosas doctrinas sinó un excepticismo universal. La duda nunca podrá afirmar el pincel en vuestra mano, ni producirá jamás obras notables.

## ARTÍCULO XVI.

### **Influencia del Catolicismo en la escultura.**

No es nuestro ánimo desenvolver fundamentalmente este asunto, puesto que todo cuanto hemos dicho acerca de la pintura, puede muy bien aplicarse, en general, á la escultura. No repetiremos, sinó que añadiremos algunas consideraciones y nuevas pruebas, las que confirman más y más la gran influencia, que el Catolicismo ejerce en tan precioso arte.

Es evidente, (y esto nadie podrá dudarlo), que la primera y más bella estatua que vió el mundo, fué la que salió, tan perfecta, de las divinas manos del Artífice Supremo, cuando en el paraiso dijo: «¡Hagámos al hombre á nuestra imagen y semejanza!» (1)

---

(1) Gen. cap. I.

Ya es fácil comprender la gran influencia, que ejerce nuestra Religión santa en el bellísimo arte de la escultura. Es indudable, que el interior del templo, apropiado á las ceremonias de la Religión, es el más favorable medio de exposicion para la escultura. En el espacio que dejan vacío los cuadros, en la cima de las columnas, alrededor de aquellas grandes vidrieras, sobre aquellos numerosos cruceros, tan bien dispuestos para sostenerlas, y para variar sus bellas formas, en lo más alto de la bóveda, ¡qué magníficas esculturas de todas especies encontrámos! Aquí, vémos guirnaldas de flores, que trenzó la fé para ofrecerlas al Autor de la naturaleza. Al lado, se encuentran formas arrebatadoras, emblémas de nuestras virtudes, las que, como desligadas del sol, donde han tenido su nacimiento, suben hasta los cielos sostenidas por las manos de los ángeles. Tambien hay formas horrosas: estas son nuestros vicios. Como la consecuencia inmediata é inevitable de éstos es humillar la criatura inteligente, poniéndola al nivel de los séres

inferiores, el arte cristiano ha tenido la feliz idea de representarlos bajo las figuras de animales reales ó fantásticos. Allí están, para inspirar horror á los hombres que vilipendian su alta dignidad, entregándose á la disolucion del mundo. A la cabeza de estos seres degradados se encuentra Satanás, tipo del mal y del sufrimiento. Le vemos arrojado á sus piés, echado por tierra como un enemigo vencido, y muchas veces representado bajo las más horrorosas formas. Todos esos simbolos del horror y de la degradacion están ejecutados á la perfeccion. Ese contraste tan diferente de la belleza física y de la decadencia moral producen espanto, y dan lugar á profundas meditaciones.

La obra de la escultura se desata poco á poco del muro, en donde ha tenido su nacimiento, y desenvolviéndose más y más, alcanza las admirables proporciones que Dios ha concedido al cuerpo humano. Bajo esta forma, con algo de celestial que la realza, vemos á los santos Apóstoles, anunciando aún en el templo el Evangelio de

Jesucristo. Cerca de las fuentes bautismales está el Angel de la misericordia, que hace correr invisiblemente el torrente de la gracia sobre las almas manchadas por el pecado original.

Al lado del tabernáculo está el Angel del recogimiento y de la oracion. Por detrás del altar encontramos la Reina de los Angeles, María Santísima. Cuando nos aproximamos á esta divina Madre, la contemplamos tan hermosa, tendiéndonos los brazos é invitándonos por medio de su inefable sonrisa, á ponémos con toda confianza bajo su proteccion y amparo.

Es muchas veces necesario, que la pintura delicada, frágil se encierre en el interior de un templo; pero no sucede así con la escultura, la que desafía con arrogancia la intemperie de todas las estaciones. Salgámos del templo, y la volverémos á encontrar aún ocupada en devastar ese vastísimo cuerpo, á trabajarle, á animarle, por decirlo así, á extender en todas las partes inertes de esa enorme masa el movimiento, la vida, el pensamiento mismo. Aquí, vémos la

Creación; más lejos los Patriarcas y los Profetas; en otro lugar, reconocemos el Nacimiento de Jesucristo y todas las circunstancias de su ejemplar vida y de su pasión sacratísima. El espectáculo imponente del Juicio final se presenta también á nuestras miradas, y nos insta á implorar la divina misericordia en ese lugar, donde ha fijado su permanencia. Todo está ligado admirablemente, todo está dispuesto con orden é inteligencia. Ocultas, bajo el admirable trabajo del escultor, las junturas innumerables de las partes, que forman ese gran todo, se escapan, muchas veces, del ojo más perspicaz. Diríamos que era un vasto tapiz de piedra, en donde se encuentran representadas la historia del hombre y la historia de la Religión, grabadas por el arte sobre el templo del Señor, para atraer las más entusiastas miradas, é inspirar el más grande respeto y la más profunda veneración.

Hay también un lugar sagrado, estrechamente unido al templo, sinó por la proximidad física, al ménos por la proximidad

moral: es la morada de los muertos! En todo lugar y siempre, ha creído el hombre en la prolongación de su existencia después de la muerte, bajo una forma nueva; en todo lugar y siempre, aún entre los pueblos salvajes, se acostumbra recoger y conservar con gran cuidado sus despojos perecederos. Pero es indiscutible, que la Religión católica es la que graba de la manera más profunda en las almas la fé en la inmortalidad; ella es la que por sus creencias, por sus ceremonias expiáticas, trae al pensamiento de los vivos el recuerdo de los muertos. De aquí procede, principalmente entre nosotros, el culto de los sepulcros. El cementerio de los lugares es, quizá, el que más sensación produce en el ánimo de todos. Aquí, la naturaleza siempre joven y siempre fecunda, se apresura como una madre cuidadosa, á lanzar su tapiz de césped y de flores sobre los objetos de nuestro dolor!.. Observámos solamente algunas cruces de madera, en medio de las cuales se eleva la cruz más pesada del pastor del lugar, él que parece ve-

lar, como durante su vida, por el rebaño confiado á sus cuidados, esperando la resurreccion.

No hay en el Campo-Santo de las ciudades esa sencillez de la naturaleza, esa igualdad de la muerte, que hace descansar los corazones de las fatigas y de las injusticias de la vida; pero, por otro lado, ¡qué obras tan admirables ha producido allí la escultura! ¡Allí encontramos indudablemente como un ensayo de la *resurreccion*! Las obras de la escultura tienen algo de muerto y de vivo, todo á la vez: es el Cristianismo en el campo del reposo!

Veámos esos sepulcros, de toda forma y de toda grandeza, oprimidos en torno de la Cruz, que los pone aún al abrigo de su sombra! ¡Cuántas veces se presenta á nuestra vista una madre profundamente afligida, que pone solícita preciosas flores sobre los réstos de su hija querida! Torrentes de lágrimas brotan de sus ojos; muchas veces oímos los gemidos de su corazon, el murmullo de la oracion, que viene á espirar en sus lábios. Cerca de esta buena madre, en-

contrámos á su tierno hijo, ignorando aún los misterios de la muerte, como los de la vida, él que juega con las flores arrojadas sobre el sepulcro de su hermana. Este ángel de la tierra que Dios le ha dado, es ya un alivio á su inmenso dolor. Un Angel venido de *lo más alto*, acaba de llenarla de extraordinario consuelo, mostrándola los Cielos, los que contempla, henchido su corazón de un vivo y verdadero entusiasmo! Un poco más léjos, encontramos dos hermanas inconsolables, por la muerte de su hermano, que hacía su felicidad. Con los ojos vueltos hácia Jesús clavado en la Cruz, parece que le dicen, como otras veces las hermanas de Lázaro: «Señor, si vos nos hubiéseis oído favorablemente, nuestro hermano no hubiese muerto!» Y el Divino Maestro, siempre misericordioso, les responde con estas palabras consoladoras de la fé católica: «Vuestro hermano no está muerto, está dormido!» No es, en efecto, la muerte, no es ese espectro funesto y horrendo que habia imaginado el paganismo; es un sueño embellecido por la Divinidad.

Sus ojos cerrados, contemplan interiormente el Cielo! La paz reina sobre esa figura inmóvil y trasparente. Ese cuerpo entero, próximo á desmembrarse, parece que espera con impaciencia el sonido de la trompeta, para abandonar esta tierra miserable y volar al gran tribunal del Soberano Juez de vivos y muertos, en donde las almas puras gozan de ventura eterna!

## ARTÍCULO XVII.

**Influencia del Catolicismo en la  
arquitectura.**

El origen del bellissimo arte de la arquitectura se remonta á los primeros tiempos del mundo. Sin embargo, al ocuparnos de tan precioso arte, lo harémos, en obsequio á la brevedad, empezando por la arquitectura de los romanos.

Los romanos no se han esmerado mucho en el cultivo de las bellas artes en su primera edad; en aquel tiempo, que podemos llamar primitivo, les preocupaba otro cuidado: su objeto principal consistia en fundar la *ciudad eterna*, y de someter á su dominio todos los pueblos de la tierra, preparando, desde léjos, esa vastisima unidad de la familia cristiana, que debia consumir nuestra sacrosanta y divina Religion, á la que debémos tantas grandezas.

Los caminos, por donde los romanos llevaban su dominio, para reunir en el centro del imperio las partes más alejadas de la tierra; los acueductos, los puentes para el servicio de la armada, y para facilitar por todos lados su marcha victoriosa; las soberbias columnas, los arcos de triunfo, en presencia de los cuales se inclinan los pueblos dominados, que no pueden ir á prosternarse delante del Capitolio; teatros, alrededor de los cuales, aquellos numerosos esclávos olvidaban sus cadénas; palacios, pórticos, casas suntuosas de campo, á donde el romano, fatigado de triunfos, y aspirando á otros goces, se iba á descansar, entregándose á la molicie y al deleite; las basílicas, especie de templos, en donde el magistrado romano, ese dios de la tierra, interpretaba la ley y hacia justicia... Tales fueron las construcciones, de que principalmente se ocuparon. No habia en ellas, generalmente hablando, ni delicadeza, ni elegancia; pero, sí, una solidez á toda prueba. Participando, en cierto modo, de los destinos de la *ciudad eterna*, los monumen-

tos parecen tener una imperecedera duracion.

Inciertos de la verdad, en vez de dedicarse á la arquitectura religiosa, dejaban á cada pueblo vencido su religion y sus templos. Erigieron, sin embargo, muchos; pero como habian adoptado las concepciones religiosas y filosóficas de los griegos, adoptaron tambien su arquitectura, á la que hicieron sufrir algunas modificaciones importantes. En primer lugar, la hicieron crecer en grandes proporciones: tanta era la preocupacion, que tenian de la alta magestad del pueblo-rey. Ora consistia en alterar la elegancia, la esquisita delicadeza, la armonia del templo griego; ora consistia en darle esa grandeza, esa dignidad tan conveniente á su destino.

Como para comunicar á sus edificios religiosos algo de la estabilidad, que tenian ellos mismos sobre la tierra, introdujeron la bóveda tan necesaria á tan vastas construcciones. Esta bóveda no tenia la elegancia de la columnata griega, ni de su arquitrave; pero imitando la bóveda celes-

te, venía á ser el precioso origen de un nuevo género de bellezas, y como el primer ensayo de la cúpula sublime de nuestras inmensas y hermosas basílicas.

Las primeras asambleas cristianas fueron secretas. Perseguidos los fieles por la ceguedad de los judíos, por el orgullo de los filósofos y por la política de los Césares, hacían oración, en un principio, en el interior de las casas. Aumentando considerablemente el número de los cristianos, queriendo éstos dar al culto alguna solemnidad, y obligados por otro lado á librarse de sus crueles enemigos, se refugiaron en el interior de las catacumbas. Ciertas porciones de esculturas descubiertas, más tarde, han mostrado, que los misterios de nuestra santa fé católica habían sido celebrados en estos lugares subterráneos. Después de tres siglos de sangrientas persecuciones, Constantino volvió la paz á la Iglesia. Con la asistencia de este protector poderoso, y por efecto de esa virtud divina, que siempre existe en la Iglesia, la Religión cristiana se extendió con

una rapidez admirable por todos los ámbitos del imperio. Esta refulgente y divina antorcha debió consagrar á sus asambleas edificios anteriormente destinados á otros usos, despues de haberlos acomodado á las exigencias de su culto. Con estas modificaciones altamente necesarias, hicieron servir de modelos á los primeros templos erigidos por la fé. Nunca se perdieron de vista esos modelos primitivos, aunque alejándose en algun tanto de ellos; y de estos cambios sucesivos nació la arquitectura romana, si bien apropiada al carácter grave y sencillo del Cristianismo en su primitiva edad. El pleno-arco romano se une con la columna griega, considerablemente alterada en sus proporciones. Sostenidos por su propia solided, abrigados bajo las fuertes alas de la Religion católica, esencialmente conservadora, los primeros monumentos de la fé de nuestros padres se encuentran, en considerable número, aún entre nosotros. El tiempo los ha mutilado; pero tambien ha podido darles más que les ha quitado, porque ha derramado sobre ellos esa sombra,

color de los siglos, que hace de la vejez de los monumentos la edad de su grande y extraordinaria belleza.

Por muy notable que séa esa primera forma de nuestra arquitectura, aún no puede llamarse la manifestacion completa del pensamiento cristiano, que se desenvuelve plenamente desde el siglo XII hasta el XV en la Iglesia, tan impropriamente llamada gótica. La tosca basílica sufrió, entónces, una gran trasformacion. Todas las partes del edificio se desarrollan de una manera sorprendente. Se extiende, se eleva... Diríamos que una inteligencia celestial se ha encarnado en esa masa, para animarla: *mens agitat molem*. La bóveda se alza de edad en edad; sube sin fin y sin término... Creeríamos que las dos partes de que se compone, no se habrían juntado jamás, sinó hubiese sido necesario abrigar los fieles, retenidos, apesar suyo, sobre la tierra. Sin embargo, los dos arcos de la bóveda se encuentran á una grande altura; y despues de estar reunidos, parece se quieren elevar, como traídos por un imán ce-

leste, hacia esa magnífica bóveda, que el mismo Dios ha formado: es el arco diagonal que sube... Se le reconoce en todas las partes del edificio, al que le da una ligereza extraordinaria. Sostiene perfectamente esas magníficas vidrieras, las que golpeadas, digámoslo así, por los resplandecientes rayos del sol, producen efectos maravillosos. Diríamos que era una flor aérea en medio de centelleantes estrellas; o creeríamos ver subir una llama ligera, serpenteando por los aires.

Una vez cubierto el edificio, el artista no se detiene aquí, sigue... Dirige al punto de intersección de los dos brazos de la cruz una especie de flecha aguda, sonora, que parece querer, al hundirse en el cielo, desafiar las tempestades. Las torres son menos esbeltas y menos ligeras; pero qué osadas! Amontonando gradas sobre gradas, parece que no quieren pertenecer á la tierra. Es el contrapunto de la torre de Babel: al elevar la torre de Babel, el hombre rebelde pretende librarse de los justos castigos de un Dios vengador; al elevar las torres del edi-

ficio católico, el hombre fiel pretende aproximarse á un Dios remunerador. Esas veletas y esas torres dan á nuestras ciudades y á nuestros campos un carácter grave y religioso, que jamás ha podido tener la antigüedad. Elevado sobre todos los objetos terrestres, el campanario es como el dedo de la Religion, nuestra madre divina, que recuerda cariñosa á sus numerosos hijos los grandes y excelentes pensamientos de la eternidad, y el tranquilo y apacible camino del Cielo!

Quando despues de un largo paséo, á través del campo, nos aproximámos al lugar, donde los hombres han fijado su permanencia, alrededor de un bosque, en el descenso de una colina, es el primer objeto que interesa á nuestras miradas. ¡Qué pensamientos tan llénos de consuelo se despiertan, al mismo instante, en nuestro corazon, turbado, quizá, entónces, por el tumulto de las pasiones! Allí es, desde donde el bronce sagrado eleva por nosotros hasta el Cielo sus piadosos acentos! Su voz misteriosa anuncia á la

Santa Iglesia nuestra regeneracion espiritual.

No era aún suficiente, para dar al grande y suntuoso edificio la ligereza y la elevacion, que exigia la concepcion cristiana. Al exterior, como al interior del templo, entre las columnas de la nave y del coro, sobre la fachada principal, sobre todos los lados, sobre las torres, en las partes más elevadas del edificio, en todos los lugares, aún en los que el ojo más perspicaz no sabria penetrar, el artista católico ha representado, con admirable profusion, hombres, animales, flores, plantas, séres de todas especies, á imitacion del Creador Supremo, que ha poblado de séres de todas especies las diferentes partes del universo mundo.

La arquitectura cristiana sufrió una nueva é importante modificacion, en aquella época, que se llamó del *renacimiento*. La fé de los primeros tiempos, esa fé viva, ardiente, como desterrada sobre la tierra, impaciente de llegar al Cielo, para llevar á él todo lo que le pertenecia; esa fé, repetimos,

se debilitó considerablemente. Por una parte, las obras de la antigüedad, estudiadas con gran empeño y verdadero entusiasmo, como habían sido despreciadas, por largo tiempo, excitaron en Europa una admiración universal. Por otra parte, la fé, aún arraigada en el fondo de las almas, no permitía un cambio tan repentino. Una alianza se hizo entre el arte antiguo y el arte cristiano. Se imitaron las líneas elegantes y puras del templo griego; pero se conservaron, á la vez, los ricos y variados ornamentos del templo gótico.

Debemos reconocerlo: el arte cristiano produjo, en esta época, obras muy notables, las que puede ofrecer á los inteligentes como nuevos títulos de gloria. El dibujo es más puro y más correcto, la ejecución deja ménos que desear, la bóveda, al ensancharse, imita mejor que el arco diagonal la inmensa bóveda de los Cielos. Pero el edificio católico ha perdido mucho en otros conceptos. Esa media oscuridad tan favorable á la oracion y al recogimiento, parece que comienza á disiparse. Esa

rica variedad de todas las producciones de la naturaleza desaparecen de día en día. Esas columnas altas y delgadas, coronadas de capiteles, que no se parecen el uno al otro, colocadas en el templo con profusión, á la manera que los árboles sobre la tierra; esas columnas se han aclarado, se han humillado, digámoslo así, y recuerdan demasiado por su semejanza el trabajo uniforme del hombre. Las curvas de la bóveda se han detenido; y en vez de subir *sin fin* y de elevar los pensamientos y los deseos del hombre, se inclinan hácia la tierra. Colocado sobre esa pendiente, el arte decrece con rapidez, y el templo griego sustituye, en cierto modo, al templo cristiano.

Es evidente, que una vez provisto y asegurado el servicio del culto, la arquitectura hace siempre lo que mejor le parece. Estátuas, vidriéras, flóres, arabéscos, dentellónes, capitéles, bajo-relieves, todo lo combina primorosamente la arquitectura, segun el logaritmo que la conviene. De aquí resulta la prodigiosa variedad exterior de esos magníficos edificios, en cuyo

fondo encontrámos tanto orden, tanta simetría y tanta unidad. El tronco del árbol es inmutable; la vegetacion es caprichosa y preciosamente variada.

Si la incredulidad nos preguntase, quién ha dado el plano para la creacion de tan maravillosas basílicas, sería muy fácil nuestra respuesta. Es la fé ayudada por el génio; son esos Obispos y esos Sacerdotes, todos esos hombres poderosos por su inteligencia, y más poderosos aún por su extraordinario celo y por su entusiasmo religioso, los que han formado nuestras sociedades modernas, como las abejas han formado sus colménas. Retirados en los más áridos desiertos y en las soledades más reconditas, han estudiado y meditado profundamente la enseñanza de nuestra sacrosanta Religion; han contemplado, por largo tiempo, á través del prisma divino de la fé, todas las maravillas de la naturaleza; han sabido tambien lanzar, de cuando en cuando, una mirada observadora sobre las producciones del arte antiguo, cuyo bello depósito ellos solos poseian. Despues que

estos diversos elementos fueron combinados por la reflexion, y elevados por la inspiracion, han salido, poco á poco, esas formas notables, que muchos hombres han podido creer, que han sido traídas á la tierra por inteligencias sobrenaturales y divinas.

La tierra no es para el cristiano lo que era para los griegos, ávidos siempre de todos los goces de este mundo, hácia los que les arrastraba una religion de deleites. Para el cristiano es un lugar de expiacion y de prueba, sobre el que se encuentra sufriendo y llorando, hasta que abandonando su perecedero cuerpo, vaya su alma al tranquilo y apacible seno de la eterna felicidad. Hé ahí por qué el hombre vé la tierra hundida con él en un oscuro velo, como en un fúnebre crespon. El no podrá decir cuántas veces el brazo de la divina justicia ha pesado sobre ella; sin embargo, un terrible y horroroso castigo no se borrará jamás de su memoria: es el diluvio universal! El hombre justo, única esperanza del género humano, flotaba con

toda seguridad, encima del abismo, encerrado en el *arca* con su familia. La perversidad del nuevo mundo no tardó en igualarse á la perversidad del antiguo, y un castigo más fuerte, un suplicio eterno le amenazaba, cuando el Hijo de Dios vino á interponerse entre el Cielo irritado y la tierra culpable. La *Cruz* es el instrumento, sobre el que ha satisfecho plenamente á su Padre. Los infinitos méritos de su sangre preciosa nos son aplicados cada dia. Aunque satisfizo superabundantemente á la justicia divina por nuestras faltas, quiso tambien que los méritos de la Santísima Virgen nos fuesen tambien aplicados. Pues bien; todas estas magníficas y sublimes ideas se encuentran encerradas, por decirlo así, y materialmente realizadas en nuestras inmensas basílicas cristianas, que son otros tantos timbres de gloria de los innumerables, con que nos ha enriquecido nuestra santa fé católica!

le Cuando penetrámos en ese vastísimo circuito, aspirámos un aire tan puro, que calma nuestros sentidos y amortigua nuestras

pasiones. La palidez de la tarde, la sombra que descende de los altos y numerosos pilares, nos recuerdan el desfallecimiento de la naturaleza, oscurecida despues del pecado. La vida y la muerte, la esperanza y el temor, los santos goces y las misteriosas tristezas del alma forman en este sagrado lugar, por su mezcla indefinible, una atmósfera que nos aparta de todos los objetos terrestres, y nos hace suspirar por las cosas invisibles, ocultas bajo esas cubiertas materiales. Reconocémos, por encima de nuestras cabezas, la imágen del arca antigua que salvó al hombre, en tiempo del *diluvio*, como tambien la del arca espiritual, que nos lleva felizmente sobre las olas de este mundo, y *fuera de la cual no hay salvacion*. Las dos puertas, al cruzarse, nos recuerdan el precioso instrumento de eterna salud. Esos santos, esos espíritus celestiales, que incesantemente ruegan por nosotros, respetuosamente colocados alrededor del tabernáculo; esos altares tan dignos de adoracion, y que parecen volverse hácia el lugar, en donde reside oculto

el Todopoderoso y Redentor nuestro, todo en el edificio nos hace recordar la doctrina cristiana, relativa á la regeneracion de los hombres, manchados por el pecado.

Vemos esas magnificas y magestuosas procesiones avanzar con recogimiento, siempre precedidas de la Cruz, á la que dió nuestro Salvador la virtud reparadora. Una vez que sale del Santuario, el Sacerdote recorre la nave principal; en todas las partes del edificio penetra, invitando á los fieles y á los coros celestiales á unirse á sus oraciones; despues vuelve para consumir el sacrificio en el lugar, donde vá á descender la víctima, que dá al templo su forma, su virtud y su gloria!

Es indudable, que la arquitectura católica habia aprovechado los trabajos de la inteligencia humana en los tiempos precedentes, y que la mezcla de las diferentes arquitecturas de la antigüedad habia entrado como un elemento importante en la ereccion de nuestras Iglesias. En ellas reconocemos, efectivamente, la bóveda ro-

mana, estrechamente unida á la columna griega. Cada tipo ha perdido, quizá, algo de su belleza primitiva; pero el conjunto ha ganado por la profundidad del efecto, por ese vago sentimiento de lo infinito, que nos agrada experimentar siempre en la presencia de Dios. Reconocémos igualmente el tabernáculo oculto del templo de Salomon, y los querubines prosternados ante la dulce magestad del Santo de los santos. Los templos subterráneos del Egipto y de la India están representados por las sombrías y tristes criptas, que se encuentran, alguna vez, en ellos. Estas criptas nos recuerdan también las catacumbas, en las que la Iglesia primitiva celebraba sus misterios. Bello y saludable pensamiento! Esta divina Madre é indefectible Maestra de la verdad dice á los fieles cristianos, como á la sociedad de todos los hombres: «Acordáos que procedéis de la tierra, que el esplendor de que gozais en este destierro, no es sinó una gloria prestada, que se desvanecerá, cuando las realidades del mundo invisible reemplacen á las vanida-

des é ilusiones de este mundo miserable y perecedero.»

Algunos, acaso, nos preguntarán nuevamente: ¿De dónde, de qué tesoro se sacaron los recursos necesarios para la adquisicion de tantos materiales? ¡De los tesoros inagotables de la fé católica! Les responderémos con júbilo y entusiasmo. ¿Qué manos los han reunido, preparado, trabajado y levantado? ¡La fé, teniendo por palanca el poderoso brazo del pueblo cristiano!

FIN.

	Páginas.
Prólogo.....	5
ARTO I. ... <b>Ciencia y Teología en general.</b> —Su definición y división.—Argumentos en pro de la divina autoridad de la Iglesia.....	IX — 23
— III. ... Conformidad de la razón con la fé.....	38
— III. ... Esterilidad de la fé sin las obras.....	48
— IV. ... Reforma protestante.— Su origen.—Sus fines.—Sus consecuencias.—Ella lleva en sí un germen de muerte.....	61
— V. ... Observaciones sobre el tema anterior.....	82
— VI. ... Continuación del mismo asunto.....	98
— VII. ... Filosofía.—Su definición.—Influencia del Catolicismo en el pensamiento humano.....	107
— VIII. ... Necesidad del Catolicismo para evitar los extravíos de la razón.....	118

	<u>Páginas.</u>
ART. IX Continucion del mismo asunto.....	129
— X. <i>Letras.</i> —Historia.—Su definicion y division.—Sus condiciones esenciales.—Influencia que en ella ejerce el catolicismo.....	140
— XI. <i>Elocuencia.</i> —Su definicion.—Su historia.—Influencia que en ella ejerce el catolicismo.—Elocuencia de las Santas Escrituras....	154
— XII. Influencia del catolicismo en la poesía.....	176
— XIII. <i>Sobre el mismo asunto.</i> —Nuevos medios de inspiracion que el Catolicismo ofrece al poeta.—Peligros á que este se expone abandonado á sí mismo.....	196
— XIV. <i>Artes.</i> —Influencias del Catolicismo en la música....	208
— XV. Influencia del catolicismo en la pintura.....	225
— XVI. Influencia del Catolicismo en la escultura.....	242
— XVII. Influencia del Catolicismo en la arquitectura.....	251

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
26	9	El que comunica á todos una parte de las perfecciones de su Sér.	El que hace reflejar en todos las perfecciones infinitas de su Sér...
34	21	las que renuevan, á cada momento, en su seno, su vida...	las que continuamente se suceden y cuya vida...
53	22	porque este precioso don divino no puede existir sin..	porque la fé viva y verdadera no puede existir sin...
107	9	las causas secundarias y contingentes..	las causas secundarias que son á su vez efectos de una causa infinita...
122	2	inteligencia humana...	inteligencia divina...
142	6	que han salido de su seno?	que por El han sido creadas?
142	9	toda existencia mana de Dios...	toda existencia ha sido determinada por Dios...
147	7	Privado el hombre del libre albedrío, ya no es posible...	Si al hombre se le priva del libre albedrío, ya no hay para él distinción...

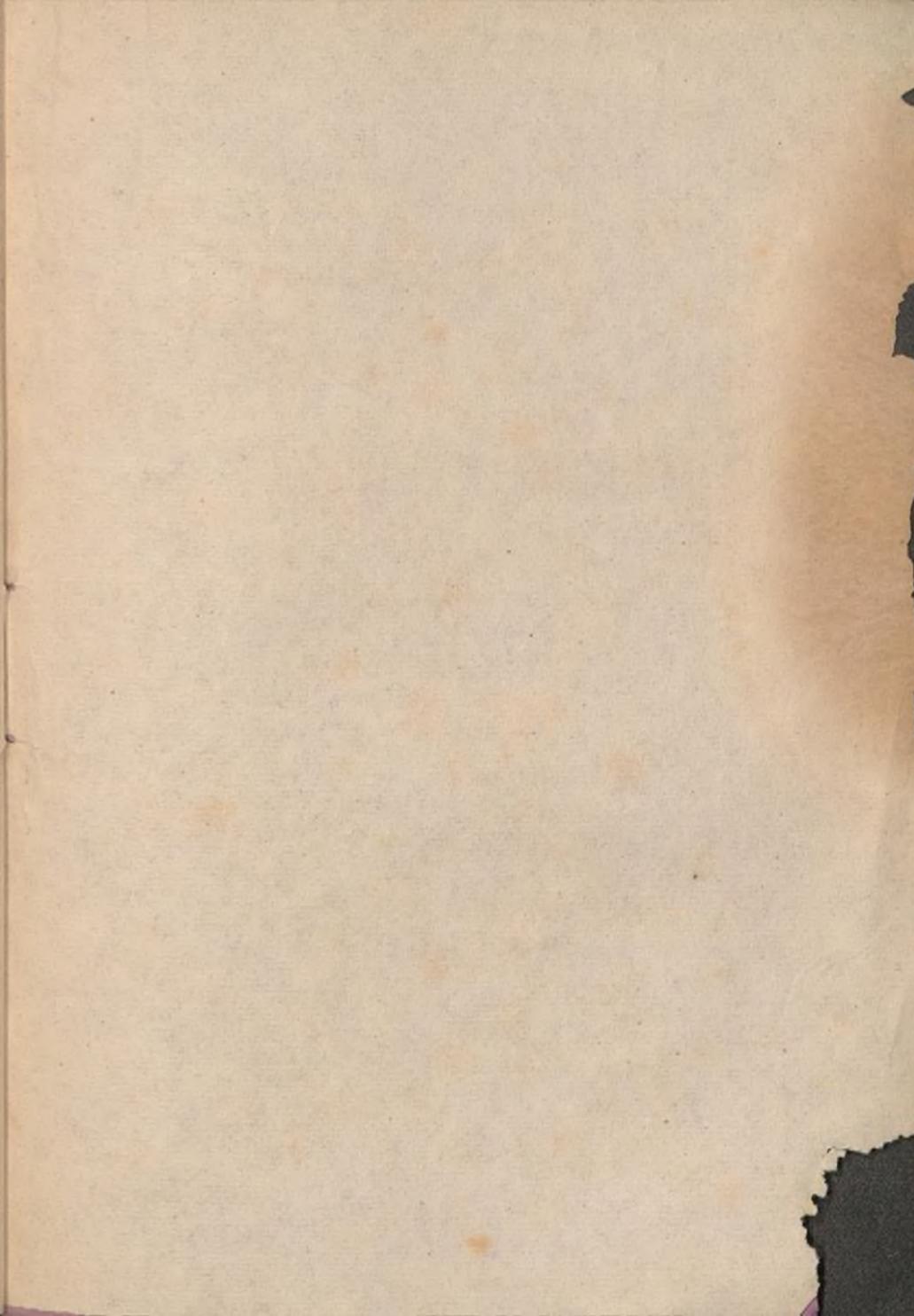
Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
163	6	Es la que ha dado nacimiento...	Es el don más excelente que ha dado á los hombres el Salvador del mundo!
171	24	libro del Pentateuco...	libros del Pentateuco...
228	22	una sustancia espiritual, infinita, del seno de la cual manan los séres contingentes...	un Sér Supremo é infinito, Creador de los séres contingentes...

### ADVERTENCIA.

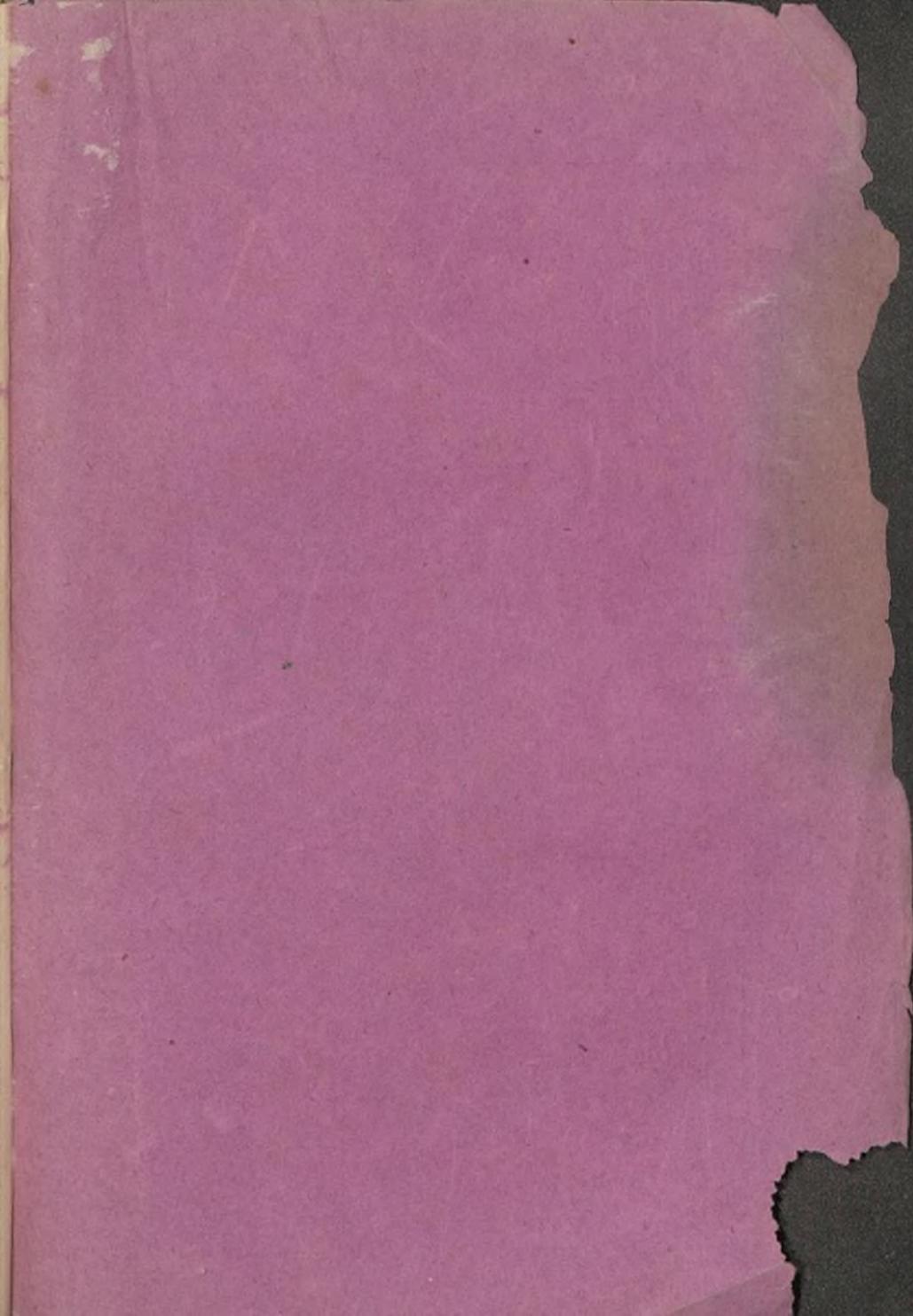
Aunque he sometido estos artículos al exámen, censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica, y he obtenido la licencia para su publicacion, terminantemente manifiesto, que no ha sido mi ánimo imprimir ni una sola palabra contraria al dogma católico y sana moral. Si alguna hubiere, téngase por no impresa, y desde hoy para siempre someto esta obrita á la correccion de la Iglesia católica.

Madrid, Setiembre 1877.

ANDRÉS DE SALAS Y GILAVERT.







2. 10.

